

AGRADECIDOS

Al iniciar este año 2005, el sexto de la revista “Aguas Vivas”, tenemos una profunda gratitud a nuestro Dios por la gracia concedida en estos años para llevar adelante esta tarea. Nos asombramos al ver cómo este pequeño servicio espiritual pueda ser desempeñado por gente tan común y con tan escasos recursos. Sin duda, la gracia de Dios es la que lo hace posible.

A fin de cumplir de mejor manera los objetivos de la revista, y de algunas secciones en particular, hemos introducido algunas modificaciones para este año. Así, por ejemplo, hemos restringido la parte gráfica para privilegiar la textual; hemos readecuado las secciones fijas para abrir espacio a la sección “Estudio bíblico”, y, por petición del equipo de colaboradores de las mismas, hemos “sacado” de la revista las secciones para niños, jovencitos y jóvenes, las que desde ahora irán en formato mayor y en suplementos separados. De esta manera, nuestros lectores menores podrán hacer mejor uso, y más libremente, del material preparado para ellos.

Esperamos también este año seguir incorporando al equipo de colaboradores permanentes de la revista a siervos de Dios de otros países –recientemente hemos invitado al obrero colombiano Gino Iafrancesco–, a fin de ayudar a la integración de todo el cuerpo de Cristo, tanto en Latinoamérica como en el resto del mundo.

Esperamos de esta manera servir mejor al propósito de “Aguas Vivas”, que es la edificación de todo el cuerpo de Cristo, en cada país y localidad donde el Señor nos permita llegar, a cada miembro en particular, sea pequeño o grande, sabio o no sabio, hombre o mujer, adulto o niño.

Encomendamos este trabajo a la inmarcesible gracia de Dios y al poder de su fuerza, para poder hacerlo como es digno del Señor. Que el Señor nos socorra.

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 6 · Nº 31 · Enero - Febrero 2005

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

4 La revolución de los bits y los q-bits

Una mirada a la tecnología y la informática de los próximos días.

UNA MIRADA PROFÉTICA

9 La profecía y los pactos

Un examen atento de las Escrituras permite establecer una estrecha conexión entre las profecías y los tres grandes pactos de Dios. *Christian Chen.*

TEMA DE PORTADA

15 La consagración

La consagración es la respuesta del creyente que ha sido tocado por el amor de Dios. *Stephen Kaung.*

21 Vivir bajo un nuevo gobierno

Dios no está tan interesado en el trabajo que podamos hacer para él como en el tipo de hijo que somos. *DeVern Fromke.*

26 La verdadera consagración

Ninguna consagración y servicio verdadero es posible fuera de Cristo, fuera de su Espíritu y fuera de la comunión del Cuerpo de Cristo. *Gino Iafrancesco.*

31 La consagración y el quebrantamiento del alma

Sin el quebrantamiento del alma no hay ninguna seguridad de que nuestra consagración sea espiritual. *Rubén Chacón.*

34 El aspecto divino de la consagración

Antes de que el creyente se consagre, Dios lo atrae hacia sí. *Eliseo Apablaza.*

LEGADO

37 Consagración

La consagración es un milagro de gracia. *Andrew Murray.*

41 Consagración a Dios

Un mensaje basado en la vida de Abraham. *C. H. Spurgeon.*

48 La belleza de la consagración

La consagración consiste en que Dios nos concede el honor de servirle. *Watchman Nee.*

54 Oración y consagración

El espíritu de consagración es el espíritu de oración. *E. M. Bounds.*

57 Aspectos prácticos de una vida consagrada

Cómo consagramos el tiempo, la recreación, los recursos, la familia y los amigos. *Handley C. G. Moule.*

ESPIGANDO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

- 62 El hombre de la Palabra**
Semblanza de Charles Campbell Morgan, el conocido maestro de las Escrituras.
- 66 El ejercicio del ministerio de la Palabra**
¿Cómo evitar que se pierda el sentido de gloria en el ejercicio de la predicación? *G. Campbell Morgan.*

ESTUDIO BÍBLICO

- 73 Principios para el Estudio Bíblico.** *A. T. Pierson.*
- 77 Viendo a Cristo como nuestro Rey**
El Evangelio según Mateo. *Stephen Kaung.*
- 87 Las salidas de Dios**
Estudios sobre el Éxodo. *J. Alec Motyer.*
- 96 Los nombres de Cristo**
El Hijo de Dios. *Harry Foster.*
- 98 Bosquejos**

BIBLIA

- 99 Los números en la Biblia**
«El número 7». *Christian Chen.*
- 102 Preguntas & Respuestas**
- 104 ¿Cuánto sabe de la Biblia?**
Ponga a prueba sus conocimientos sobre la hidrografía bíblica.

FAMILIA

- 106 Instruyendo con temor**
Sobre la necesidad de instruir al niño en su camino, pero esperando en la gracia de Dios. *César Albino.*

REPORTAJES

- 110 La fe de una niña africana**
Una maravillosa historia real. *Helen Roseveare.*

SECCIONES FIJAS

- 8 Maravillas de Dios.**
- 61 Joyas de Inspiración.**
- 72 Bocadoillos de la Mesa del Rey.**

Separatas: «Tesoros» (Niños) · «Despertar» (Adolescentes)
«Buscando Más» (Jóvenes).
(Sólo en Chile).

Foto de portada: «*Barcas en Angelmó (Puerto Montt, Chile)*».
Las imágenes de esta edición no tienen necesariamente relación con personas o lugares mencionados en los textos, salvo que se indique lo contrario.

Una mirada a la tecnología y la informática de los próximos días.

La revolución de los bits y los q-bits



Escuchar a un futurólogo de la tecnología y la informática hablar sobre lo que nos trae el mañana puede parecer irrisorio y descabellado; sin embargo, mucho de lo que era irrisorio y descabellado ayer hoy ya es una realidad.

Según estos expertos, en algunos años más sacar el teléfono celular para hacer una llamada será calificado de «pasado de moda», porque para entonces estarán incorporados en alguna parte del cuerpo. Objetos que «piensan» empezarán a interactuar con nosotros, de forma que estaremos rodeados de ellos en las calles, en las

casas, en nuestros cuerpos y posiblemente en nuestras cabezas.

Probablemente los textiles sean utilizados para incrementar la funcionalidad, la forma o la estética de tales objetos. De hecho, esos materiales ya están empezando a cambiar los diseños de los aparatos electrónicos. Algunos reproductores de MP3 – el artículo más solicitado del momento – probablemente sean muy pronto integrados en nuestra ropa. La tecnología portátil podría aprovechar el calor corporal para cargarse, mientras que los «video tatuajes» o lentes de contacto inteligentes podrían funcionar como pantallas de televisión para

aquellos que estén viajando.

Las posibilidades de la tecnología van a permitir la creación de productos muy difíciles de clasificar bajo los conceptos conocidos de cámaras, teléfono móvil, walkman o grabadora de voz. Todos estos dispositivos tendrán algo en común: conservarán la facilidad de uso de sus predecesores, pero contarán con información digital y estarán apoyados en la conexión a la red Internet. Y aquí es donde toda esta tecnología se potenciará enormemente, pues en esta «revolución de la comunicación», la red Internet estará en el centro de ella.

En este último campo, se prevé que el software ‘Open Source’ (abierto o libre) terminará por imponerse, y que a él seguirá una liberalización de los ‘copyright’ de muchas editoriales. Esto traerá una inundación aún mayor de información libre en todas las áreas.

El futuro es mañana

Pero no es necesario ir tan lejos en el tiempo para maravillarse por los avances de la tecnología. Muy pronto un par de grandes compañías aeronáuticas permitirán a los pasajeros utilizar sus teléfonos celulares, sin riesgo de que tales aparatos interfieran el sistema computacional de las naves. En algunos países de Europa muy pronto también los usuarios de teléfonos celulares podrán ver los programas de televisión favoritos en su celular las 24 horas del día.

La industria del entretenimiento es la primera en beneficiarse, y la creatividad allí no tiene límites. Algunas de las aplicaciones de la tecnología en ese campo parecen francamente super-

fluas. Por ejemplo, un escritor chino comenzó a escribir una novela que será transmitida en mensajes de texto (largos por supuesto) de teléfonos celulares. Una empresa de Hong Kong diseñó una compañía para los hombres de negocios que dicen no tener tiempo para conocer mujeres de verdad. Los inventores de la ‘novia virtual’ esperan que su impacto en el mercado sea similar al de los ‘tamagotchi’, las mascotas virtuales que hicieron furor en los 90.

Año tras año se celebra en Hannover, Alemania, la CeBIT, la feria de tecnología informática y comunicación más grande del mundo. Es tal la profusión de nuevos productos que se exhiben cada año, que allí no se puede usar la palabra ‘imposible’, porque lo que no está creado se puede crear para el año siguiente.

Uno de los grandes objetivos de los expositores de la CeBIT es simplificar la vida del acongojado consumidor de tecnología. Para ello, se busca evitar la incesante acumulación de aparatos y sus respectivos cables en el living, en la oficina o en el auto, desarrollando el teléfono celular como una suerte de control remoto universal para todos los aparatos posibles. Los grandes consorcios como Siemens, Sony, Philips y Samsung trabajan para crear un sistema que interconecte todos los aparatos domésticos entre sí bajo el poderoso control de un celular.

Así se podría saber, mirando el celular mientras está sentado en un parque, si hay suficiente leche en el refrigerador, si es hora de abrir la puerta para que salga el gato o si su pareja

Ya hay avanzadas investigaciones que permiten sostener que para el año 2010 los actuales sistemas computacionales podrían ser reemplazados definitivamente.

está mirando, otra vez, ese horrible programa de televisión.

Una revolución inimaginable

Pero todo lo dicho hasta aquí es como nada ante lo que parece será la verdadera revolución de la informática del futuro: «la informática cuántica». Ya hay avanzadas investigaciones que permiten sostener que para el año 2010 los actuales sistemas computacionales podrían ser reemplazados definitivamente. Sí, tal como usted lo lee: la informática cuántica podría cambiar la tecnología tal y como la conocemos. Los científicos dicen, y están demostrando, que es posible construir computadores *millones de veces más potentes que los actuales* con una capacidad de cálculo que podría hacer, entre otras cosas, que los sistemas actuales de codificación de mensajes secretos fueran rotos en instantes.

El descubrimiento ha desencadenado una ola de entusiasmo entre los físicos y los científicos informáticos, y está llevando a docenas de centros de investigación de todo el mundo a realizar experimentos que auguran el advenimiento de una era de computa-

dores «cuánticos», máquinas especializadas que posiblemente un día sean miles o millones de veces más rápidas que los supercomputadores más potentes de hoy.

Una aplicación práctica de esto podría ser el aumento de la velocidad para encontrar una palabra escondida entre todos los datos almacenados en la red mundial de Internet. No hace mucho, los investigadores de IBM hicieron una especie de instantánea de toda la red, más de ocho billones de bytes en datos. Para buscar la palabra utilizando un computador convencional (que trabaja con unidades llamadas 'bits') se precisaría todo un mes, pero utilizando un computador cuántico sencillo (que funciona con unidades 'q-bits') sólo se necesitarían 27 minutos.

La brecha digital

Este panorama es deslumbrante y alucinador. El mundo del mañana parece extraordinariamente atractivo, más confortable y placentero.

Sin embargo, con el aumento de las tecnologías y el desarrollo de la informática está quedando de manifiesto un problema que tiene alcances planetarios: una gran brecha entre ricos y pobres, entre viejos y jóvenes y entre hombres y mujeres. Es lo que se ha dado en llamar la «brecha digital».

Enrique Iglesias, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) durante la última reunión de ese organismo en Milán subrayó la relación estrecha entre la nueva tecnología de la información y comunicación y el desarrollo socioeconómico, expresando que el crecimiento de la econo-

mía del conocimiento es el puente entre el crecimiento económico sostenible y la reducción de la pobreza, con la promoción de equidad.

Preocupadas por este tema, las Naciones Unidas convocaron en diciembre de 2003 a la Primera Cumbre de la Sociedad de la Información en Ginebra, Suiza. A ella asistieron delegados de más de 170 países, entre ellos varios jefes de Estado y de gobierno, y tuvo como objetivo intentar resolver los problemas de la llamada «brecha digital» entre las naciones ricas y pobres. Los participantes en la reunión, auspiciada por las Naciones Unidas, acordaron establecer un fondo para ayudar a los países en vías de desarrollo a beneficiarse de la nueva tecnología.

Una de las metas del plan de acción de la Cumbre es que todas las universidades y los hospitales del mundo estén conectados para el 2005 a Internet, y todas las poblaciones para el 2010.

El gigante informático Microsoft anunció dos iniciativas de US\$ 2.000 millones en cinco años para apoyar este trabajo. El gobierno de Estados Unidos anunció un programa similar por US\$ 400 millones. El grupo de Naciones Unidas para la tecnología de la información, Irlanda, Canadá, Suecia y Suiza, anunciaron un programa de educación electrónica a distancia de US\$ 80 millones en su primera fase.

La próxima Cumbre, a realizarse en 2005 en Túnez, espera hallar a los países pobres en un mejor pie para enfrentar esta revolución que se avecina.

Hacia el hombre tecnológico

Tal como lo anunciaba el Señor en los días del profeta Daniel, verdaderamente «la ciencia se aumentará», y tal vez lo que era el prototipo de hombre hasta el siglo XX, el «humanista», se convierta definitivamente en el hombre «tecnológico» o «cibernético».

Todo este avance científico y tecnológico trae consigo algunos planteamientos éticos. En el mismo ámbito de la ciencia se alzan voces para representarlo. Por supuesto, la ciencia en sí misma es a-moral, pues sus descubrimientos pueden ser utilizados para el mal como para el bien. Pero si al avance científico se agrega un retroceso en el plano moral; si al hombre tecnológico se le agrega el ingrediente de la impiedad, entonces el resultado puede ser catastrófico.

La ciencia parece estar en condiciones de dotar aún más al hombre de superpoderes. Sin embargo, surge una interrogante: ¿Qué hará el hombre con ellos? Lo que hasta aquí ha hecho no permite ser muy optimistas en relación al futuro.

El libro de Apocalipsis nos muestra a un hombre lleno de superpoderes, confiado en sí mismo, capaz de maravillar al mundo, pero moralmente atrofiado, endurecido, incapaz de arrepentirse cuando es tocado por Dios.

¿Qué hay al final de este camino? El fin de todo ello tal vez sea lo que la Biblia describe como «*el hombre de pecado, el hijo de perdición*», que se hace pasar por Dios, hasta concluir sumiendo a la humanidad en la bancarrota.

NO HAY ERROR EN EL ITINERARIO

La conocida conferencista cristiana Corrie Ten Boom cuenta que cierta vez se hallaba en la isla de Formosa cuando Dios le dijo que debería ir a varios países, por lo que debería comprar los pasajes aéreos. No tenía dinero, pero ella sabía que el Señor era su Pastor y también su Tesorero.

Cuando llegó a la agencia de viajes, le dijo a la dependienta: «Por favor, anote los lugares para los cuales necesito pasaje: Primero Hong Kong, después Sydney, Australia; después Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, después Tel-Aviv, en Israel; Auckland, en Nueva Zelanda; y al final Ámsterdam, en Holanda».

Ella anotó todo y después preguntó: «¿Cuál es su destino final?». «El cielo» respondió ella. La joven replicó: «No es eso lo que quise decir». «Pero fue eso lo que yo quise decir», replicó Corrie, «y ese destino no necesita usted anotarlo, porque ya tengo pasaje». «¿Cómo lo consiguió?», preguntó la mujer. «Hace más de dos mil años, Alguien compró mi pasaje para el cielo, y yo sólo necesité aceptarlo de su mano. Fue Jesús, que llevó mis pecados en la cruz, y así me garantiza entrada gratuita en el cielo».

En aquel momento, un dependiente chino que había oído la conversación, se acercó. «Eso es verdad», dijo. Corrie le preguntó al hombre: «¿Usted ya hizo su reserva para el cielo?». «Sí», respondió él, «ya recibí a Jesús como mi Salvador y Señor, y él me hizo hijo de Dios. Y todo hijo de Dios tiene un lugar asegurado en el cielo, en la casa del Padre». «Hermano», le dijo Corrie, «entonces ayude a esta joven para que haga su reserva para el cielo».

Después que los pasajes fueron entendidos, Dios proveyó a Corrie la can-

tidad exacta que ella necesitaba. Muy agradecida, revisó su paquete de pasajes, y fue entonces que percibió un error.

Inmediatamente llamó a la agencia y preguntó por la joven que la había atendido. «¿Por qué cambiaron mi itinerario?», preguntó. «Mi Jefe dijo que tengo que ir primero a Ciudad del Cabo y después a Tel-Aviv. Ustedes cambiaron el orden, poniendo Tel-Aviv antes que Ciudad del Cabo. Dios es mi Señor y tengo que obedecerle».

«Es imposible», replicó la joven; «no existe vuelo directo desde Australia a África. En el Océano Índico no hay ninguna isla en que el avión pueda abastecerse. Por eso usted tendrá que ir primero a Tel-Aviv.». «No», replicó Corrie, «tengo que hacer lo que mi Jefe determinó. Tal vez yo tenga que orar para que surja esa isla. Pero el itinerario tiene que ser ese».

Una hora después, la joven de la compañía aérea la llamó. «¿Usted ya oró pidiendo que surgiese la isla? Acabo de recibir un telegrama de la empresa australiana Qantas. Recientemente ellos comenzaron a hacer una escala en las islas Cocoa. Ahora ya existe una ruta aérea entre Australia y África, pasando por las islas Cocoa y Mauricio».

«¿Ve, señorita?», replicó Corrie, «Dios no comete errores en su planificación. No hay nada demasiado difícil para su poder, y nada demasiado insignificante para su amor».

*Corrie Ten Boom,
Marching Orders for the End Battle*



Un examen atento de las Escrituras permite establecer una estrecha conexión entre las profecías y los tres grandes pactos de Dios.



Las profecías y los pactos

Christian Chen

Las profecías de la Biblia

En la Biblia hay aproximadamente 31.124 versículos. De ellos, 8.352 hacen referencia a predicciones. En otras palabras, 27% de la Palabra de Dios es profética. En la Biblia, se encuentran 1.817 profecías. Existen muchas repeticiones entre esas profecías, por esa razón es necesario agrupar esos versículos de acuerdo con los eventos a los cuales ellos hacen referencia. Al hacer eso, resultan 737 eventos independientes, y de ellos, 590 son principales. Para constatar si la pala-

bra profética es realmente segura y precisa, es necesario examinar cuántas de esas profecías ya fueron cumplidas.

De esos 590 acontecimientos principales, aproximadamente 570, ya se cumplieron. Restan solamente veinte acontecimientos por cumplirse. ¡Cuán firme y segura es la palabra profética! En los próximos artículos quiero mostrar cómo esas profecías se cumplieron maravillosamente en la historia, pues, es por esa razón que podemos tener la certeza de que en el futuro las otras profecías también se van a cum-

plir. De esa forma, podemos ver nuestro futuro, podemos percibir que somos un pueblo realmente lleno de esperanza.

Cuando el agricultor siembra su simiente en el campo, él sufre el calor del sol, sin embargo el sufrimiento no es el propósito de su trabajo. El propósito del agricultor es la cosecha. Somos un pueblo que tiene futuro, por eso queremos descubrir cómo las profecías en la Biblia ya se han cumplido y también cómo otras se cumplirán.

Las predicciones en los libros de la Biblia

Veamos los libros que tienen más predicciones en la Biblia. El primero es el libro de Ezequiel: 65% de ese libro son predicciones. Después viene Jeremías, con cerca del 60%. Después Isaías, con el 59%. En el Nuevo Testamento, el Evangelio de Mateo es el que tiene más profecías; Apocalipsis es el número 2; Lucas, el número 3. Es por eso que el hermano Watchman Nee decía: «Mateo es diez veces más difícil que el Apocalipsis». El libro de Mateo está repleto de predicciones.

Entre los libros proféticos, Sofonías tiene 89% de profecías. Eso significa que 47 de los 53 versículos son proféticos. Abdías es el segundo; Nahum es el tercero, con 74%. En el Nuevo Testamento, Apocalipsis aparece en primer lugar, con 63%, Hebreos, con 45%; 2 Pedro con 41%.

Veamos qué libros tienen el mayor número de predicciones separadas, libros en los cuales encontramos profecías respecto de acontecimientos principales. En Isaías hay 111 predicciones.

Ese es el número 1. Jeremías tiene 90. Mateo, 81. Zacarías, 78. Génesis, 77. Lucas, 75. Éxodo, 69. Ezequiel, 66. Hechos tiene 63. Salmos, 59. Deuteronomio, 58. Daniel también tiene 58. Esos son los doce principales de la Biblia, los que presentan mayor número de predicciones separadas.

Profecías relacionadas con los Pactos de Dios

De acuerdo con 1 Corintios es posible clasificar la humanidad en tres grandes grupos: los gentiles, los judíos y la iglesia. Si usted lee toda la Biblia descubrirá que hay tres series de profecías. Una serie tiene conexión con los gentiles o se relaciona con la humanidad de un modo general. Un segundo grupo se relaciona con el pueblo judío. Un tercer grupo se relaciona con la iglesia.

Si usted estudia la Biblia cuidadosamente, verá que las profecías se basan en los tres pactos del Señor con su pueblo y que comienzan con la bendición de Dios. Cuando Dios bendijo, esa palabra se tornó en una profecía. Cuando Dios habla, él cumple su palabra. Si él bendice, esa palabra de bendición se torna en una profecía. Pero, por causa del fracaso humano, nos tornamos inconstantes. No sabemos si el Señor va a cumplir Su palabra o no. Así, a fin de alentarnos, para mostrarnos que la palabra del Señor está establecida en el cielo, toda vez que él habla, él cumple. No importa cuánto usted falle, no importa cuál sea su debilidad, jamás podrá cambiar la Palabra de Dios. Su palabra profética es muy segura porque es *Su* palabra. Dios no puede mudarse, su palabra no

cambia. Nosotros cambiamos, nosotros fallamos, pero Dios nunca cambia.

Dios, de alguna manera compromete su palabra. En realidad, él es libre. Él no necesita comprometerse de ninguna forma. Pero, como Dios sabe que no somos nada más que polvo, él entonces compromete su palabra a través de un pacto. De esa forma, después de su bendición, tenemos un pacto, una alianza. Todas las principales profecías de la Biblia, especialmente en relación con los judíos, los gentiles y la iglesia, están relacionadas con los pactos, las alianzas de Dios. Eso es extremadamente importante, pues ese es nuestro gran aliento.

La profecía en relación con los gentiles

Examinemos la profecía con relación a los gentiles o, en otras palabras, las profecías con relación a la humanidad de un modo general. En Génesis 1:26 leemos: *«Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza...»*. Entonces Dios creó a Adán y Eva. Aquel fue el comienzo de la humanidad. Adán y Eva vivieron por la palabra de bendición del Señor. Es así que Adán y Eva tienen su historia y su futuro. *«Y los bendijo Dios, y les dijo: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra» (Gn. 1:28).*

Aquí está la palabra de bendición de Dios: *«Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla»*. Esa es la palabra de bendición. Esa es una

profecía y, por esa razón, tiene que cumplirse. Independientemente de la condición del hombre, esa profecía será cumplida. Mire al mundo a su alrededor: este planeta está lleno de gente. Frecuentemente oímos hablar de la explosión demográfica, de un aumento espantoso de la población mundial. Por causa de esa explosión demográfica las personas están hablando sobre el fin del mundo. Pero ese aumento nos muestra la bendición de Dios.

«...Señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra». Hoy podemos ver el dominio de los hombres sobre la tierra. Los hombres ya consiguieron poner en el zoológico los más diversos tipos de animales; también tienen dominio sobre los mares. En los restaurantes usted encuentra todo tipo de comida proveniente de los mares. Esa es la Palabra de Dios, es su bendición tornándose realidad. Recuerde, entonces, que la profecía con relación a la humanidad de modo general está directamente relacionada con la bendición de Dios. Pero, lamentablemente, el hombre cayó.

Vino, entonces, el diluvio. Y en el capítulo 9 de Génesis, después del diluvio, Dios bendice al hombre nuevamente. Ahora es un nuevo mundo. Ahora Noé, su esposa y sus hijos vivieron una nueva vida. Nuevamente ellos necesitan de la bendición de Dios. Y el Señor respeta lo que había dicho antes porque Dios nunca anula Su Palabra: *«Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra. El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo*

animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestra mano son entregados» (Gn. 9:1-2). La misma bendición dada a Adán y Eva es repetida aquí, pero, aún después de que el Señor la repite, una duda permanece en el corazón del hombre.

Dios había enviado el juicio del diluvio. Toda carne había sido destruida, con excepción de Noé y su familia. Después de tan gran tempestad, ¿cómo ellos podían saber que Dios mantendría su palabra? Por esta razón, la Biblia dice que Dios hizo un pacto con Noé y también con todos los seres vivientes. Si estudia Jeremías, usted verá que Dios también hizo un pacto con el sol y con la luna. En aquel momento, Dios hizo un pacto con toda la creación. (Gn. 9:9-11).

Más adelante Dios llama a este pacto 'pacto perpetuo' (Gn. 9:16). Por causa del gran amor de Dios, él no solamente hace un pacto: él también da una señal de ese pacto. Esa es la firma de nuestro Dios y, con esa firma, en realidad, él comprueba que nunca va a permitir que su palabra falle. Siempre que usted ve el arco iris en el cielo después de una tempestad, usted puede recordar que cada gota de lluvia, cada gota de agua es como una lágrima de todos los que pasaron por aquella tormenta. El arco iris nos recuerda la firma de Dios. Él rubricó, él firmó aquel pacto. Él dice: «Me acordaré del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente». Él nunca más va a destruir la tierra con diluvio. Es por eso que todas las veces que vemos el arco iris vemos la gloria. Y siempre

que miramos el arco iris nos acordamos del amor de Dios. Este pacto es llamado «pacto de Noé».

Dios hizo un pacto con su creación. Dios hizo un pacto con el sistema solar hasta la consumación de los siglos. Entonces toda la naturaleza está siguiendo una ley. Los cristianos deberían saber de eso muy bien. Debemos conocer la Biblia y saber que Dios hizo un pacto con la creación.

Nuestro objetivo, cuando estudiamos las profecías con relación a la humanidad de modo general, es descubrir el propósito eterno de Dios. Si usted conoce ese propósito, no va a entrar en pánico. Las grandes tendencias mundiales están caminando en la dirección que la Biblia está indicando, están de acuerdo con la Palabra de Dios. Si estudia la Biblia cuidadosamente, usted descubre que lo que ha sucedido en el último tiempo está alineado con el pensamiento bíblico. Y ese pensamiento está relacionado con ese pacto, y este pacto está relacionado con su bendición, y esta bendición está relacionada con su Palabra. Y su Palabra nunca puede cambiar. Es por eso que todas esas cosas deberán suceder.

No sabemos lo que va a suceder el próximo mes, pero una cosa sabemos: según la Palabra de Dios, lo que está sucediendo hoy sigue las grandes tendencias, las cuales apuntan a nuestro futuro. Por estar plantados en esta tierra, nuestra historia está, de alguna forma, entrelazada con la historia de este mundo. Por esta razón, estudiamos la Palabra de Dios y también leemos los periódicos, porque todo lo que está sucediendo hoy tiene algo que ver con nosotros, no directamente, sino

indirectamente. Si usted conoce las profecías de la Biblia, sabrá cómo interpretar las noticias mundiales.

Todos esos acontecimientos tienen un propósito: nuestra madurez. El objetivo de todo eso es hacernos morir más y más al mundo y vivir más y más para lo que es celestial. Si estuviera siempre dispuesto para ser arrebatado, usted no necesitaría preocuparse con el pre-tribulacionismo o post-tribulacionismo. Usted será arrebatado de cualquier modo. Si ya está maduro, usted ya no tiene más raíces en este mundo. Cuanto más usted madura, más humilde se torna. Cuanto más descansa en Cristo, cuanto más sigue al Señor, más marcas de Jesús usted tendrá en su vida, en su cuerpo. Entonces, ser arrebatado será algo natural.

La profecía en relación con Israel

Cuando estudiamos las profecías, descubrimos cuál es la base de esta profecía y podemos aprender muchas lecciones. Al estudiar las profecías con relación a Israel, usted descubre que ellas están relacionadas con el pacto hecho con Abraham y también con el pacto hecho con David. Esos dos pactos son descritos como pactos eternos. Entonces, por esta razón, podemos entender todas las profecías con relación a Israel.

Algunas personas crean una tremenda polémica con respecto al Milenio. Algunos creen que Jesús va a volver antes del Milenio. Otros creen que él va a volver después del Milenio. Algunos creen que ya estamos en el Milenio. De esa forma, tenemos las corrientes de pensamiento pre-

mileneristas, pos-mileneristas y amileneristas. Muchas personas pelean por causa de la Palabra, discuten por causa de las diferentes interpretaciones, pero se olvidan de un punto principal que resuelve todo el problema. Los pactos hechos con Abraham y con David fueron descritos en diferentes partes del Antiguo Testamento. Todas las profecías en relación a Israel están basadas en esos dos pactos. Aunque el pueblo de Israel haya fallado con Dios, esos pactos son eternos. Entonces no importa cuánto Israel haya fallado para con Dios. Gracias a Dios, una cosa es segura: el Señor va a descender en el monte de los Olivos. Él será como José. Él fue traído y negado por sus hermanos, pero un día José y sus hermanos se van a reconciliar. Entonces, en la casa de Jacob habrá lágrimas. Ellos descubrirán, entonces, que ese Mesías es aquel Jesús que rechazaron. Entonces, el Señor establecerá su reino mesiánico aquí en la tierra.

Todo eso se cumplirá, no por causa de la victoria por parte de Israel, sino porque Dios mantiene su palabra. ¡Su palabra es tan segura! Al final, una piedra cortada, no con mano, va a desmenuzarse aquella imagen (vea Daniel 2). El reino de este mundo será de nuestro Señor y de su Cristo. De esta forma todas las profecías con respecto a Israel nos son abiertas. A través de esos pactos podemos entender todas esas profecías.

La profecía en relación con la Iglesia

El mismo principio existe respecto de las profecías relacionadas con la

iglesia. A veces nos preguntamos qué está aconteciendo con la iglesia. Estamos divididos; estamos quebrados en centenas de pedazos. ¿Será que antes de la venida del Señor habrá una iglesia gloriosa para ser presentada a él? Cuando mira la situación de la iglesia hoy, ¿usted cree que la novia estará preparada? ¿Tendremos un futuro? La Iglesia ¿tendrá futuro?

Nuevamente, al estudiar las profecías en relación con la iglesia, usted ve que están firmadas en su pacto. Pero recuerde: el propio Señor se comprometió con ese nuevo pacto. Él puso su propia firma en ese pacto. Ahora la firma no está en las nubes. No está en el arco iris. Esa firma fue hecha con su preciosa sangre. Él estableció un pacto eterno con su pueblo celestial.

A veces nos preguntamos: ¿Será posible la restauración de su testimonio? ¿Habremos trabajado en vano? Después de ser testigos de tantos fracasos en medio del pueblo de Dios,

muchas veces estamos dubitativos. Pero, si entendemos las profecías en relación con la iglesia, de una cosa podemos tener certeza: antes de su regreso, la novia estará preparada. ¿Cómo? No sé cómo, pero de una cosa estoy seguro: antes de su regreso, habrá una iglesia gloriosa. Por esta razón, entonces, somos animados y alentados. Las profecías están relacionadas con la voluntad eterna de Dios en relación con la iglesia.

Nuestro deseo es que el Espíritu Santo nos hable a través de estas profecías como un todo. En los próximos artículos, procuraremos descubrir qué mensaje nos es dado a través de esas principales profecías. Así, por la misericordia del Señor, entenderemos un poco mejor su voluntad eterna. Que el Señor nos muestre su misericordia.

*Extractado de
«Grandes Profecías da Biblia». Vol.1.*

j j j

Los errores son míos

Una vez se le dijo al devoto Macario de Optino que su consejo espiritual había sido de ayuda. «Esto no puede ser», escribió Macario en respuesta. «Sólo los errores son míos. Todo buen consejo proviene del Espíritu de Dios; es su consejo que yo he podido escuchar correctamente y lo he transmitido sin distorsiones.»

Citado por A. W. Tozer, en Manantiales de lo alto

Bajo la voluntad de Dios

Miriam Booth (1889-1917), hija del fundador del Ejército de Salvación, comenzó una obra cristiana con gran éxito. Sin embargo, muy pronto se enfermó al grado de estar a punto de morir. Un amigo que la visitaba le dijo que era una lástima que una mujer tan capaz se sintiera impedida por la enfermedad para hacer la obra de Dios. A esto, ella replicó: «Es una cosa grandiosa hacer la obra de Dios, pero es mucho mejor estar bajo la voluntad de Dios».

Miguel Limardo, Ventanas abiertas

La consagración es la respuesta del creyente que ha sido tocado por el amor de Dios.

La consagración



Stephen Kaung

Lectura: Romanos 12:1-5.

En los primeros ocho capítulos de Romanos se nos muestra que en Cristo nosotros hemos recibido la justificación, la santificación y la glorificación. Ahora bien, ¿cuál debería ser nuestra respuesta ante todo eso?

La consagración es la primera experiencia cristiana

Hermanos y hermanas, Dios dijo: *«Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo»*. Dios puede tratar con nosotros con

todo derecho, porque él nos ha comprado por precio. Así que no nos pertenecemos a nosotros mismos, le pertenecemos a él, y él tiene todos los derechos para demandar de nosotros que le sirvamos, que le adoremos, para exigimos vivir para él. Sin embargo, nuestro Dios nunca ejercerá sus justos derechos. Más bien nos constreñirá por amor. Es como si él nos rogara. Dios nos ruega a través del apóstol Pablo. «He hecho todo esto por ustedes, les he dado a mi Hijo unigénito, y ahora, ¿cómo me responderán? ¿Han sido tocados por mi amor? ¿Están agradecidos de mí? Si han sido con-

movidos por mi amor, entonces presenten sus cuerpos en sacrificio vivo». Ésta es la única cosa que Dios pide de nosotros.

Amados hermanos y hermanas, ustedes saben que en tiempos del Antiguo Testamento, cuando un israelita recibía una bendición de Dios y estaba agradecido, ¿cómo expresaba su gratitud? Él tomaba un cordero de su rebaño y lo traía al templo, lo ataba a los cuernos del altar, ponía sus manos sobre la cabeza del cordero, y ese animal era sacrificado y quemado en el altar por el fuego, lentamente, hasta ser totalmente consumido.

Pero, hermanos y hermanas, nosotros ya no vivimos en la sombra; vivimos en la realidad. Cristo ya ha venido, el Cordero de Dios ya ha sido ofrecido, una vez y para siempre. Pero Dios no pide algo que le pertenezca a usted. Todo lo que él pide es a usted mismo. Él dice: «Te quiero a ti, no quiero tu oro o tu plata, no quiero tus talentos, no quiero tu servicio; todo lo que yo quiero es a ti. Yo te he amado, y te he dado mi Hijo. ¿Has sido tocado por mi amor? ¿Están dispuestos a presentar sus cuerpos?».

¿Por qué los cuerpos? Porque este cuerpo ha sido redimido, ha sido comprado por precio. Este cuerpo ha sido santificado y será glorificado, este cuerpo le pertenece a él. Y usa la palabra *cuerpo* porque es algo de cada día de vida. Nosotros vivimos en este cuerpo, así que presentar nuestro cuerpo, significa presentar todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo, nuestro ser entero que ha sido redimido es presentado a Dios. Y decimos: «Señor, éste es mi sacrificio». Pero no es un

sacrificio muerto, es un sacrificio vivo. En otras palabras, cada día de nuestra vida lo vivimos como un sacrificio. Ya no vivimos para nosotros, sino para él, porque él es digno.

Amados hermanos y hermanas, la consagración es la primera experiencia cristiana. Después que usted recibió al Señor Jesús, ¿consagró a él su vida? Si nunca lo ha hecho, su experiencia cristiana no ha empezado todavía. Cuando pensamos en la consagración, retrocedemos, tenemos miedo. Oh, tenemos miedo de perder el control. No sólo tenemos miedo de lo que nos pasará, nosotros sentimos que estamos más seguros en nuestras propias manos, presentimos que si nos consagramos al Señor entonces no quedará nada para nosotros; perdemos todo –y dudamos. No queremos hacerlo.

Pero cuando el Señor exige nuestro cuerpo, no es que él quiera quitarnos todo. Él sólo quiere quitar todo aquello que nos hace daño, lo que será un obstáculo para su glorioso propósito en nosotros. Lo que él quiere es darse a sí mismo más plenamente a nosotros. Eso es la consagración. Hermanos y hermanas, esto marca el principio de nuestra vida cristiana. La consagración es muy importante, la consagración tiene que ser absoluta. Si no es absoluta, tarde o temprano usted verá que Dios tiene que llevarlo de vuelta al principio.

El testimonio de F. B. Meyer

En el siglo XIX, hubo un predicador famoso en Inglaterra: su nombre era F. B. Meyer. Era un hombre muy brillante. Si alguna vez usted ha

leído sus libros, su inglés es tan bueno, que cuando él habla sobre agua usted puede oír el agua fluyendo. Él entonces era un joven predicador muy exitoso en Edimburgo, Escocia. Pero una vez lo visitó un joven llamado C. T. Studd. Tal vez usted no conozca este nombre, pero en su tiempo todos en Inglaterra conocían a Studd; él era estudiante en Cambridge y el mejor jugador de cricket de Inglaterra. Venía de una familia millonaria, pero el Señor lo llamó a predicar el evangelio a China.

Antes de que él fuera a China, visitó varios lugares y llegó a Edimburgo, el lugar donde Meyer era pastor. Meyer lo recibió, y él pasó una noche allí. Era noviembre, y noviembre en Edimburgo es muy frío. Y temprano por la mañana Meyer notó que había luz en el cuarto de Studd. Y como buen anfitrión, se preguntó qué habría pasado, tal vez su invitado estaba enfermo. ¿Qué hacer? Era muy temprano para tocar a la puerta, así que esperó, pero la luz seguía encendida. Finalmente llamó, y una voz le dijo que entrara. Él entró en el cuarto y vio a Studd sentado allí, envuelto en una frazada a causa del frío. Meyer dijo: «Usted se levanta realmente temprano». Y él contestó: «Oh, yo amo al Señor, estoy escudriñando la Palabra; estoy buscando órdenes para obedecer». Eso conmovió el corazón de Meyer.

Cuando nosotros leímos las Escrituras, ¿qué buscamos? Buscamos promesas. ¿Y qué evitamos? Los mandamientos. Pero, ¿qué buscaba este joven? Buscaba los mandamientos, porque él amaba al Señor y quería obede-

cerle. Eso tocó profundamente a Meyer, y dijo: «Hermano, ¿cómo podría yo ser como usted? Usted tiene algo que yo no tengo». Y Studd le preguntó: «¿Se ha dado usted mismo al Señor?». Decirle a un pastor: «¿Se ha dado usted mismo al Señor?» parece un insulto. Y Meyer respondió: «Por supuesto, yo le he dado mi vida al Señor». Entonces Studd dijo: «¡Ah!, ¿ha entregado usted toda su vida al Señor? ¿Le ha dado al Señor cada detalle de su vida?». Meyer dijo: «Nunca he hecho eso». Así que Studd le dijo: «Vaya y hágalo».

F. B. Meyer amaba al Señor, así que empezó a considerar cada detalle de su vida; sus talentos naturales, su éxito, los entregó uno por uno al Señor. Vio al Señor viniendo hacia él, extendiendo su mano y diciéndole: «Dame todas las llaves de tu vida». Meyer le dio al Señor un manojo de llaves, grandes y pequeñas, de cada cuarto de su vida. Pero él se guardó una llave pequeña, de un cuarto pequeño, y el Señor le preguntó: «¿Eso es todo?». «Oh», dijo él, «eso es todo, salvo esta llave pequeña; por favor, permíteme quedarme con ella». Pero el Señor dijo: «No». «Oh Señor, si me permites guardar esta llave, yo doblaré mis esfuerzos para servirte». El Señor dijo: «No», y empezó a darse la vuelta y a abandonarlo. Meyer estaba desesperado, así que clamó: «Hazme quererlo. Yo no quiero, pero dame el deseo de quererlo». Y entonces el Señor volvió y tomó esa llave pequeña, y le dijo a Meyer: «Si yo no soy el Señor de todo, no soy el Señor de nada». Costó tiempo al Señor abrir todos esos cuartos, limpiarlos y puri-

ficarlos, pero él usó poderosamente a Meyer.

Hermanos y hermanas, ¿ya se han dado ustedes al Señor? ¿O se están reservando ustedes algo? La consagración es una ofrenda que se quema, una ofrenda completa: todo. ¿Sabe?, ésta es la llave que abre el camino de vida: «*que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional*». ¿Quiere usted servir al Señor? Presente su cuerpo a él; éste es el servicio –no hacer algo para él según lo que usted quiere, este no es el servicio; sino presentar su cuerpo en sacrificio vivo, este es su culto espiritual. Usted no sabe servir, sino hasta que se da totalmente a él. Entonces el Espíritu de alabanza llenará su corazón.

Una palabra a los jóvenes

Amados hermanos y hermanas, Romanos 12:2 dice: «*No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*».

Me gustaría decir unas palabras a los jóvenes. Sus ancianos probablemente siempre les han dicho: «No se conformen al mundo». Pero parece algo tan difícil de hacer. Algunos jóvenes me dicen: «Usted es viejo, ya ha experimentado el mundo; nosotros no lo hemos visto aún, así que queremos verlo, y cuando envejecemos como usted, entonces no seremos conformados a este mundo».

Queridos jóvenes, exteriormente ustedes oyen a sus ancianos; sin em-

bargo, en su corazón aún buscan el mundo. La Biblia dice: «No os conforméis al mundo». ¿Qué significa eso? El mundo es como un molde, una moda. No se aprieten en ese molde para tomar la forma de este mundo. Tú eres muy grande para eso, la vida que está en ti es muy grande para caber en este mundo. Tendrías que apretarte mucho para entrar, para tomar la forma de este mundo. Debemos tener cuidado con eso. Cuando hay una nueva moda en París, en pocas horas, todo el mundo está siguiéndola. Nosotros queremos estar de moda, no queremos parecer anticuados.

«*No os conforméis a este siglo ... para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*». Joven, ¿cuál es la perfecta voluntad de Dios para ti? Cierta vez, unos jóvenes me dijeron: «Todo lo que está contra mí, esa es la voluntad de Dios». Si ese es el caso, ¿cómo puedes amar la voluntad de Dios si tienes miedo de ella?

¿Cómo pueden ustedes no ser conformados al mundo? ¿Cómo pueden comprobar, es decir, experimentar que la voluntad de Dios es perfecta y amarla? ¿Cómo pueden ustedes hacer eso? No es algo exterior. No es la ley, hermanos y hermanas, es la gracia, porque cuando presentamos nuestros cuerpos como sacrificio vivo, algo pasa dentro de nosotros. El Espíritu Santo renovará la vieja mente. Nosotros somos lo que somos debido a nuestra mente. La manera en que usted piensa y ve las cosas, la manera en que valora las cosas, dirige su vida. Amados hermanos y hermanas, gracias a Dios, nosotros los

que creemos en el Señor Jesús tenemos una nueva vida; sin embargo, todavía tenemos una mente vieja. Ese es el problema.

Su mente todavía es la mente de la carne, y el ocuparse de la carne es muerte. Pero la obra del Espíritu es espíritu y es vida. Ustedes no pueden cambiar su propia mente, pero hermanos y hermanas, aquí está el secreto: cuando ustedes presentan sus cuerpos como un sacrificio vivo, el Espíritu Santo tiene libertad para renovar su mente. Y cuando su mente es renovada, ustedes miran las cosas en forma completamente diferente. Lo que ustedes consideraban valioso, ahora lo consideran como escoria; aquello que antes les daba miedo, ahora lo aman, es una cosa natural; es espiritualmente natural, sobrenaturalmente natural. Hermanos y hermanas, la vida cristiana no es antinatural.

El apóstol Pablo, en Filipenses capítulo 3 dijo: «Lo que yo consideraba como valioso para mí en el pasado, me parece como basura, pero lo que yo consideraba odioso, ahora lo amo, por causa de la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, y estoy dispuesto a rendirlo todo para ganarlo; él vale la pena».

Hermanos y hermanas, cuán importante es esta materia de la consagración. Muchas veces en nuestra experiencia espiritual llegamos a una crisis, y no podemos superarla. Pero si renovamos nuestra consagración, su nueva mente entra en nosotros para hacerlo más fácil. ¡Gracias a Dios!

La perfecta voluntad de Dios

¿Y cuál es la voluntad perfecta de

Tú eres muy grande para eso; la vida que está en ti es muy grande para caber en este mundo.

Dios? Él quiere que nosotros comprobemos cual es su buena voluntad, agradable y perfecta. ¿Saben ustedes que la profundidad de esta voluntad de Dios es singular en número? Nosotros pensamos en la voluntad de Dios como una pluralidad, pero hay una sola voluntad de Dios, que incluye todo. ¿Y cuál es esa perfecta voluntad de Dios? ¿Cómo van ustedes a comprobarla? ¿Cómo van a vivir en ella? ¿Cuál es esa perfecta voluntad? Si leemos Romanos 12, nos dice que esa perfecta voluntad de Dios es el cuerpo de Cristo.

«No tenga más alto concepto de sí que el que debe tener» (vers. 3). Hermanos y hermanas, cuando recibimos las misericordias de Dios, estábamos tan plenos, y pensábamos: «Ahora lo tenemos todo. No necesitamos a nadie más; el Señor y yo, eso es suficiente». Ah, no vea en sí mismo más de lo que usted es, porque usted es sólo un miembro del cuerpo de Cristo. Cristo es tan inmenso, insondable en riquezas, que ninguna persona por sí sola puede contener la plenitud de Cristo. Lo que usted ha gustado sólo es una pequeña parte de él. Usted gusta un poco, yo gusto otro poco y así tenemos que pensar de nosotros mismos según nuestra medida de fe. Tenemos hermanos y hermanas, y en ellos, en cada miembro del cuerpo de Cristo

está la riqueza de Cristo. Nos necesitamos unos a otros. Hermanos y hermanas, ésta es la perfecta voluntad de Dios.

La consagración. «...*que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo*». Vemos que aquí *cuerpos* está en plural, porque cada uno de nosotros tiene un cuerpo, un cuerpo redimido, pero cuando todos estos cuerpos son presentados al Señor, el Señor abrirá nuestros ojos para ver *el cuerpo*, el único cuerpo. Cristo es la Cabeza y la iglesia es su cuerpo. Usted no sólo lo verá, sino también lo vivirá.

Hermanos y hermanas, a menudo siento que, aunque han transcurrido dos mil años, la iglesia aún no está lista. El cuerpo no ha sido totalmente edificado todavía. ¿Saben cuál es la razón? Es que muchos de los que han sido salvos viven para sí mismos;

ellos nunca ven el cuerpo, nunca llegan a ser un miembro vivo funcionando, porque viven en su propio cuerpo y viven su propia vida. Hermanos y hermanas, esta es la razón.

A menos que el pueblo de Dios se dé a sí mismo absolutamente al Señor, usted no podrá ser un miembro vivo del cuerpo de Cristo funcionando. El cuerpo de Cristo es edificado por las funciones de sus miembros. Cada miembro contribuye con su parte para la edificación del cuerpo en sí mismo. Ahora vemos cuán importante es esta materia de la consagración; la consagración absoluta lleva a la vida del cuerpo.

Que el Señor nos ayude.

Extracto de un mensaje oral impartido en Santiago de Chile, en septiembre de 2004.

j j j

Un beso por la madre

Hace algún tiempo hubo un terrible accidente ferroviario en que murieron todos los pasajeros que iban apretujados en un coche. Todos eran vecinos conocidos de una ciudad cercana, excepto uno, que era forastero y que nadie conocía.

Los cuerpos fueron llevados a la ciudad y se realizó un servicio fúnebre para todos ellos en un salón muy amplio. Hombres y mujeres vinieron y dieron una última mirada a los rostros de sus amados. Vinieron las esposas y las hermanas y las hijas, y se inclinaron sobre los ataúdes para imprimir el último beso de despedida. Pero nadie besó el rostro del forastero. Nadie le conocía.

Pero entonces vino una endeble mujer, anciana y pobre. Había visto que todos pasaban de largo junto al forastero. Se inclinó sobre ese rostro por un momento, y le miró intensamente, y suspirando dijo: «¡Voy a besarlo por su madre!» Y le dio un beso.

Así, y aún mucho más intensamente, el Señor nos espera para darnos el beso de la reconciliación, el beso del perdón, el beso de la paz, el beso de la salvación, si sólo nos rendimos a él.

G. W. Truett, en Sermones Selectos

Dios no está tan interesado en el trabajo que podamos hacer para él como en el tipo de hijos que somos.



Vivir bajo un nuevo gobierno

DeVern Fromke

Es posible vivir la vida cristiana en tres niveles – tres posibles motivos por los cuales intentamos servir al Señor. Vamos a ilustrar este asunto por medio de una simple historia de un mercado de esclavos.

Un jovencito negro iba a ser vendido. Sus padres habían sido recientemente comprados. De repente cayó un silencio sobre la multitud y todos los ojos se volvieron a un extraño que realizaba persistentemente ofertas muy por encima del precio normal por aquel esclavo. ¿Qué había visto aquel extraño en el joven amarrado al tronco?

Era casi posible leer las preguntas en los rostros de aquellos que estaban

presenciando la escena. ¿Qué buscaba él con ese acto de humanidad? ¿Quién era él? ¿Por qué estaba pagando tanto? Finalmente el martillero dijo: «¡Vendido!». Con mucha atención todos observaron al decidido comprador llegar hasta el centro para recibir su propiedad. Aquellas personas jamás olvidarían la escena que siguió.

Inmediatamente el comprador del esclavo puso en la mano del muchacho un papel escrito. «Esto es tuyo», le dijo, «y significa que tú eres libre». ¿Libre? ¿Qué significaba la libertad para el hijo de un esclavo? En respuesta a aquellos ojos grandes e interrogadores, el comprador explicó: «Yo vi a tu madre y a tu padre. Así como se

estaban encaminando las cosas, tu familia sería dividida, así que resolví comprarte y darte libertad. Tú no necesitas venir conmigo; puedes ir con los tuyos».

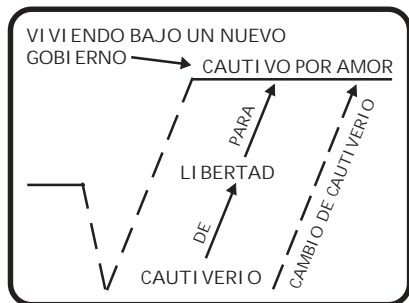
Por algunos instantes él quedó mirando a aquel amable extraño, y también a sus padres. La lucha que se desató en el corazón del joven se reflejaba en su rostro. ¿Había pagado el extraño el precio más alto simplemente para dejarlo libre? ¿Ese hombre debía ser muy bueno! Era alguien en quien se podía confiar con toda seguridad. Repentinamente, el muchacho estuvo fuera del tronco, se acercó a su amigo y le dijo: «Señor, usted me compró por un precio muy alto; yo sé que nunca voy a encontrar a alguien como usted». Le devolvió el pedazo de papel, y prosiguió: «No me haga volver, no quiero estar lejos de usted. Oh señor, yo no quiero volver a mi padre, prefiero ser su esclavo hasta morir». El pequeño, vencido por la bondad de aquel extraño, se puso de rodillas, hasta que una gran mano le fue extendida para que se levantara.

Esta historia ilustra, como muestra la figura, tres niveles de vida en los cuales podemos vivir. Primero, el muchacho estaba en esclavitud. Él es-

taba bajo el control de su señor, que representaba la *ley externa*. Él lo servía con espíritu de miedo y por obligación. Después él quedó libre de esa ley exterior – el esclavo ahora era señor de sí mismo. En esa historia, esa libertad duró poco tiempo, pues una ley superior lo cautivó e, inmediatamente, él escogió ser un prisionero de amor. De esa forma, él se promovió a un servicio superior al cambiar su propia libertad por la superior ley del amor. *La libertad se había hecho suya de modo que él ahora podía abdicar a ella*. Fue como salir de una esclavitud y entrar en otra.

Aquí hay un principio que, según parece, gobierna todo los tratos de Dios con el hombre. Cuando Adán primeramente apareció en el maravilloso Jardín de Edén, él fue puesto en aquel nivel intermedio: la libertad. La elección que él tuvo ante sí era o hacerse un esclavo de amor *para Dios*, o hacerse un esclavo *bajo la ley*. Desde el momento en que Adán escogió su propio camino egoísta, toda la raza humana ha necesitado de una ley exterior para refrenar sus inclinaciones egoístas. Sería maravilloso si pudiésemos comenzar, como Adán, en aquel nivel intermedio de libertad. Mas todos, a causa de sus inclinaciones interiores hacia el egoísmo y rebelión contra Dios, necesitan de un Salvador para sacarlos de la esclavitud y del pecado. Ese fue el propósito en la obra consumada de Cristo en el Calvario, el cual concedió la libertad para cada hombre que reciba la gracia de Dios – el precio fue pagado por Otro.

Sin embargo, es exactamente en este punto que los hombres y los mé-



todos religiosos transforman la gracia de Dios en desgracia. Es la misma vieja historia humanística. Ocupándose más del hombre que de Dios, ellos han enfatizado de tal forma la *libertad del hombre*, que permitieron que los hombres egoístas aceptasen la doctrina sin la poderosa revelación que cambiaría sus vidas. Nuestras iglesias están repletas de «convertidos» que tienen un maravilloso entendimiento mental respecto de la doctrina de la libertad, pero que nunca experimentarán la revelación del Espíritu Santo respecto de su condición de centralidad en sí mismos y que continúan esclavos de *sus propios caminos*. Un verdadero entendimiento respecto de la gracia de Dios siempre cambiará el gobierno de nuestras vidas.

Viviendo en la transición

Según parece, muchas personas imaginan que la libertad es una meta, como si alcanzar esa zona de transición (libertad) fuese todo lo que Dios había planeado. Pablo aclara esa cuestión cuando él insiste en que, por causa de la misericordia de Dios en libertarnos, nosotros debemos ahora presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo para él. Así como sucedió con el muchacho negro, debe ser también con nosotros. Nosotros debemos permanecer en esa zona neutra, donde tenemos libertad personal sólo el tiempo suficiente para poder escoger someternos a la suprema ley del amor. Nosotros tenemos toda la razón para creer que, si aquel muchacho negro hubiese tomado su libertad para *sí mismo*, no hubiese demorado mucho tiempo hasta que otro señor de esclavos lo hu-

Si aquel muchacho negro hubiese tomado su libertad para sí mismo, no hubiese demorado mucho tiempo hasta que otro señor de esclavos lo hubiera esclavizado nuevamente.

biera esclavizado nuevamente. Él debía *usar su libertad para alguna cosa*. Nosotros usaremos nuestra libertad para entregarnos al Señor Jesús, o seremos nuevamente sometidos a esclavitud en la medida en que intentemos mantener esa libertad para nosotros mismos.

Yo me pregunto si ese no es el verdadero objetivo de la exhortación de Pablo a los gálatas. En el momento en que estaban a punto de volver al sistema y al espíritu de la ley como la regla de acción de sus vidas, ellos oyeron esas severas palabras de su padre en el evangelio: «*Para la libertad fue que Cristo nos hizo libres. Permaneced, pues, firmes y no os sometáis de nuevo a la esclavitud de la cual ya habéis sido libertados*» (5:1 A. N.). En otras palabras, Pablo estaba aconsejando: «No sean tan necios pensando que ustedes van a ganar alguna cosa sometándose nuevamente a la ley. Entren en la nueva y gloriosa esfera de acción donde reina la ley del Espíritu». En verdad, él les recuerda que no hay posición intermedia en la cual podamos permanecer por mucho tiempo. «Si usted es guiado por el Espíritu, no está bajo la ley». Con toda cer-

teza, cuando estamos intentando usar la libertad para nosotros mismos, estamos abriendo la puerta para otra esclavitud más sutil – la esclavitud del yo. «A quien ustedes entregan sus miembros, de él son esclavos». ¡Qué gran necedad pensar que podemos vivir durante un largo período de tiempo *en la zona de transición!*

Viviendo bajo un nuevo gobierno

¿Existe algo más trágico que este ministerio centrado en el hombre ejercido en el día de hoy, y que parece solamente estar preocupado con lo que el hombre puede recibir de Dios? Muchos hablan a voz en cuello respecto de la gracia de Dios, pero olvidan reconocer las implicaciones divinas de todo eso. Nosotros hemos hablado respecto de cómo Adán y su familia, desde el principio, pudieron escoger vivir bajo una ley exterior, o tener la ley escrita en sus corazones, es decir, ponerse bajo el gobierno de Su Espíritu. Es en este sentido que nosotros podemos ahora entrar en el gobierno de Su reino, incluso antes de que el Señor Jesús venga para establecer Su reino visible. Nosotros no necesitamos esperar hasta la era del reino para ponernos bajo la ley del reino. En todas las dispensaciones, desde Adán, hubo quienes entraron en la carrera para vivir para Su propósito supremo. La satisfacción de nuestro Padre es tener un día muchos hijos que sean uno con él en Espíritu, amor, dedicación, visión y realización.

El Dr. A. T. Scofield, de Londres, nos cuenta cómo su cachorro, Jack, aprendió sobre ese gobierno. Acostumbrado a andar siempre correteando

cundo paseaba por la calle con su dueño, un día el cachorro se soltó de la cadena. Primero, salió corriendo desenfrenadamente. De repente, descubrió que apartarse de su dueño era una experiencia amedrentadora. Él estaba acostumbrado a andar cerca y podía oír su voz. El espíritu del hombre parecía haber despertado una concientización en el cachorro al punto de crear una ligazón de la cual él no podía escapar. El mundo fuera de la esfera del control de su dueño era grande, ruidoso y terrible. La cadena no estaba más allí, pero existía ahora un nuevo tipo de gobierno. En la nueva ligazón, el cachorro encontró toda la libertad que deseaba.

EL cachorro Jack ilustra muy bien lo que sucede cuando nuestro Padre está entrenando, como quien educa a un niño, a aquellos que un día estarán preparados para la plena filiación como hijos maduros. Al comienzo de nuestro ministerio, parecía que éramos mucho más conscientes del Espíritu Santo, era como si estuviésemos presos de una cadena. En aquellos días, estábamos ocupados con Sus órdenes. A pesar de que intentábamos andar en Su camino supremo, todavía éramos dominados por un espíritu legalista.

Entonces llegó el día en que él abrió nuestros ojos para ver que no había ninguna cadena en este nuevo espíritu de servicio. Nosotros estábamos libres. Y, como Jack, nosotros salimos para realizar varios proyectos –según pensábamos– para él. Primeramente, parecía que disfrutaríamos de la libertad de ese tipo de servicio. Eso nos dio bastante libertad para expresarnos a nosotros mismos y alimentar

nuestros propios intereses. Pero, felizmente, descubrimos que estábamos solos – solos en los proyectos que habíamos iniciado.

No nuestro hacer ... sino el suyo

Frecuentemente, al final de las reuniones, algunas personas me buscan y me dicen: «Gracias por la palabra que el Señor nos trajo; ahora estoy seriamente decidido a intentar con más fuerza vivir bajo Su gobierno». Yo siempre respondo: «No, cuando *usted* está decidido a cambiar, usted está en la base de su yo – usted todavía es el centro. Su servicio es un esfuerzo centrado en usted mismo, por eso está en el centro equivocado. Dios debe ser el centro, no usted. En el momento en que Dios es puesto al margen de su esfuerzo, él solamente será la referencia y no la fuente».

Finalmente, como Jack, nosotros debemos volver a Su lado, convencidos de que nuestros «paseos de libertad» nunca realizarán nada para él, sino sólo para nosotros mismos. Entonces, deliberadamente, escogemos ser guiados por el lazo invisible: su Espíritu guiando nuestro espíritu. Nosotros nos deleitamos en hacer *Tu voluntad*. Controlado por un Señor, el Espíritu Santo, quedamos presos por

una ligazón que ocurre en nuestro ser íntimo. De esa forma, nos tornamos vivos para todo aquello que la filiación realmente significa: ser impregnados por el propio Espíritu del Padre. *Pues todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos (maduros) de Dios.*

¡Cuánto desea el Padre libertar a sus hijos para que ellos puedan caminar, no en la letra, sino en el Espíritu, disfrutando de la gloriosa libertad de los hijos de Dios!

Finalmente, debemos tener la certeza de que entendemos lo que Dios desea con esa libertad. ‘Libertad’ y ‘autonomía’ son palabras bastante comunes, sin embargo, no hay palabras más mal interpretadas que esas. La gran mayoría de las personas piensan en ser libres de alguna cosa, pero rara vez en ser libres *para* alguna cosa. Los hombres parecen sentir que son libres únicamente cuando no tienen una bola de fierro o una cadena amarrada a sus pies; sin embargo, ellos tienen poca preocupación en entender por qué Dios planeó la libertad. ¡Cuán diferente parece ser la libertad cuando vislumbramos el punto de vista de Dios!

*Tomado del libro El Propósito Supremo.
Traducción del portugués.*

j j j

Un libro elocuente

Un matrimonio no creyente llegó a tener una Biblia, y el marido empezó a leerla. Unos días después le dijo a su esposa: «Amada, si este libro es verdad, estamos equivocados». Continué la lectura de la Biblia y al cabo de unos días más habló nuevamente a su esposa: «Si este libro es verdad, estamos perdidos». Con más avidez que nunca, prosiguió leyendo el libro hasta que una noche, exclamó: «Amada esposa, si este libro es verdad, ¡podemos ser salvos!».

Alfredo Lerín, 500 ilustraciones

Lectura: Deuteronomio.12:1 14

El Nuevo Testamento nos enseña que hay principalmente dos maneras de leer el Antiguo. El apóstol Pablo, en la llamada segunda carta a los Corintios, nos habla de esas dos maneras de leer a Moisés. «*Y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido. Pero el entendimiento de ellos se embotó;...*» Israel, cuando leía pasajes como el que acabamos de leer de Moisés, tenía el en-

tendimiento embotado. «*...Porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. Y aún hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará*» (2 Co. 3:13 16).

Con esto, el Espíritu Santo nos enseña lo relativo a esas dos maneras de leer a Moisés: con velo, y sin velo. Podemos leer a Moisés como lo leían los israelitas con el entendimiento

La verdadera consagración



Gino Iafrancesco
Desde Colombia

Ninguna consagración y servicio verdadero es posible fuera de Cristo, fuera de Su Espíritu y fuera de la comunión del cuerpo de Cristo.

embotado; pero podemos también leer a Moisés, ya no desde la sinagoga, sino en Cristo y desde la Iglesia. Dios nos conceda leer a Moisés sin velo en Cristo, penetrando en el sentido espiritual que Dios anticipaba cuando habló por Moisés aquellas cosas.

La Epístola a los Hebreos nos dice precisamente al respecto lo siguiente: *«Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir»* (Heb. 3:5). Moisés fue fiel no solamente en función de su época. Al leerlo se puede leer mucho más que una mera historia del pasado. En los tiempos del Nuevo Pacto algo habría que decirse, para lo cual Dios usó la fidelidad de Moisés. El Antiguo Pacto era la época de las figuras, de los símbolos, de la tipología. Dios tenía la intención de decir hoy lo que simbolizaban, figuraban y tipificaban las cosas ocultas tras el velo. Por eso también se dice en Hebreos 10:1 que la Ley tenía *«la sombra de los bienes venideros»*.

Cuando la luz alumbraba desde atrás un cuerpo que viene, llega primero la sombra, y luego la realidad. La sombra anuncia la realidad que se acerca. Cristo nos enseña a leer en la sombra la realidad de su misterio que produce la proyección. Por eso escribía también Pablo a los Colosenses: *«Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, novilunios o sábados, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir, pero el cuerpo* (es decir, la realidad que proyectaba esa sombra) *es de Cristo»* (Col. 2:16, 17). Hoy no estamos en el tiempo de la sombra, la figura y el mero símbolo, del velo para afuera,

sino en el tiempo de la realidad y el anticipo de los poderes del siglo venidero. Cristo nos quita el velo para que podamos experimentar las realidades propias del Nuevo Testamento.

En el capítulo 9 de la Epístola a los Hebreos se nos describe el tabernáculo que levantó Moisés, lo que había en el Lugar Santo, en el Santísimo, y dentro del arca, la disposición de estas cosas, y dice: *«Así dispuestas estas cosas...»*, mostrando también cómo el sumo sacerdote entraba con sangre una vez al año; y entonces en el verso 8 dice: *«Dando el Espíritu Santo a entender con esto que...»*, es decir, que con las disposiciones del tabernáculo y su servicio, el Espíritu Santo estaba dando hoy a entender cosas propias del Nuevo Testamento.

Por lo tanto, no debemos leer a Moisés con velo, sino penetrar detrás del velo y entender el sentido espiritual de aquellas disposiciones. En el siguiente verso dice: *«Lo cual es símbolo para el tiempo presente»*. Así que cuando nos encontramos con pasajes como éste de Deuteronomio 12, no estamos simplemente leyendo historia antigua acerca de holocaustos y sacrificios en un santuario único, sino que también estamos leyendo figuras, símbolos, sombras, ejemplos con los cuales el Espíritu Santo quiere decirnos algo para el tiempo presente. Hebreos 9:23 sigue diciendo: *«Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas con mejores sacrificios que estos»*. Así que hay figuras de las cosas celestiales, y hay las cosas celestiales mismas propias de la realidad que introduce el

Nuevo Testamento.

1ª Corintios 10 nos recuerda las jornadas de Israel en el desierto, y en el verso 6 dice: «*Mas estas cosas sucedieron como **ejemplos** para nosotros*». Por lo tanto, están escritas en función de la experiencia cristiana. Lo mismo dice el verso 11: «*Y estas cosas acontecieron como ejemplo y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos*». Lo mismo escribió Pablo a los romanos: «*Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza*» (Ro. 15:4). Estos versos no sólo nos autorizan, sino que también prácticamente nos obligan a interpretar estos pasajes de Moisés y otros del Antiguo Testamento, en su sentido espiritual para hoy.

Con esta base consideremos, pues, el pasaje leído de Deuteronomio 12:1-14.

El verdadero santuario único

El Señor Jesús trasladó el entendimiento de Su pueblo, del templo físico a Su propia persona y a la Iglesia. Moisés levantó el tabernáculo, Salomón levantó el templo, el cual fue destruido por Nabucodonosor, y restaurado por Zorobabel. Luego fue ampliado por Herodes, y los discípulos de Jesús se lo mostraban admirados. Pero el Señor había dicho: «*Destruíd este templo y en tres días lo levantaré*». Y le criticaban diciendo: «*Si en 46 años fue levantado este templo, ¿cómo lo va a levantar en 3 días?*». Pero cuando resucitó el Señor Jesús

al tercer día de entre los muertos, el apóstol Juan dice que sus discípulos entendieron que se refería al templo de Su cuerpo, el cual era figurado por el templo. Y Su cuerpo también lo es la Iglesia, como está escrito: «*... Cristo como hijo sobre su casa, **la cual casa somos nosotros**, si retenemos firme hasta el fin la confianza del principio*» (Heb. 3:6).

De manera que la verdadera casa de Dios, el verdadero Santuario Único, de lo cual lo anterior era apenas figura, se refiere en el Nuevo Testamento como el *misterio de Cristo*, del cual el Señor Jesús es la cabeza y vida, y la Iglesia los miembros de Su cuerpo. He allí, pues, el verdadero Santuario Único. El Señor Jesús mismo es la verdadera habitación de Dios donde Yahveh quiso poner Su nombre. El Verbo de Dios se tabernaculizó entre nosotros como hombre. Y también este Cristo, por medio de Su Espíritu, entró a habitar en una casa espiritual que es Su pueblo, la familia única de Dios. Por lo tanto, nosotros somos edificados como templo santo sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, para morada de Dios en Espíritu. La piedra principal del edificio, la del ángulo, es Jesucristo mismo. Y Él es el fundamento sobre el cual crece coordinado el edificio del templo santo, el Santuario Único.

Cuando David quiso construirle casa a Dios, se le respondió que él había derramado mucha sangre, por lo cual no podría edificar tal casa; pero su hijo, el Hijo de David, Él sí le edificaría casa a Dios, y Dios le sería por Padre, y él le sería por Hijo. Salomón ciertamente levantó el templo, pero

eso fue apenas la figura, la maqueta; el verdadero Rey de Paz, el verdadero Hijo de David, del cual Salomón era apenas una figura, fue el Señor Jesús, y el verdadero templo es la Iglesia.

Así le llamó Bartimeo: *Hijo de David, ten misericordia de mí*. Y como Hijo de David fue recibido con ‘hosannas’ al entrar en un burrito a Jerusalén. Por eso Mateo comienza su evangelio reconociendo al Señor Jesús como Hijo de David. Por eso también Esteban recuerda las palabras de Dios: *¿Qué casa me edificaréis vosotros si yo lleno los cielos y la tierra?*

La verdadera casa de Dios no hecha por manos de hombres es la Iglesia del Señor Jesucristo. Y ustedes saben que no me estoy refiriendo a ninguna denominación específica, sino a la suma de todos los verdaderos hijos de Dios, efectivamente limpiados por Su sangre y regenerados por Su Espíritu. Estos son los miembros del cuerpo, las piedras vivas de la casa, del Santuario Único.

Por lo tanto éste se refiere al *misterio de Cristo*. El misterio de Cristo es el cuerpo de Cristo encabezado por el Señor Jesús. Esa es la verdadera casa de Dios de la cual Yahveh decía: *«Cuidate de no ofrecer tus holocaustos en cualquier lugar que vieres»*. Ninguna consagración y servicio verdadero es posible fuera de Cristo, fuera de Su Espíritu y fuera de la comunión del cuerpo de Cristo.

El lugar de la consagración y el servicio

Debemos buscar el lugar escogido por Dios. Ese es el lugar de la consagración y el servicio legítimos. Allí

Debemos buscar el lugar escogido por Dios. Ese es el lugar de la consagración y el servicio legítimos.

es donde se ofrecen los holocaustos, los sacrificios, los votos, las ofrendas, los diezmos, las primicias. Sólo encontraremos a Dios en Cristo, a Cristo en Su Espíritu, a Su Espíritu en Su Palabra y cuerpo. Toda actividad religiosa del hombre es casi prácticamente inútil si no se realiza en el único lugar escogido por Dios para adorar. Ese lugar es en Cristo, en el Espíritu, y en la comunión del cuerpo de Cristo. Justicia propia, adoración meramente natural y división no son consagración ni servicio verdaderos, ni son agradables a Dios. Todo lo que no sea hecho en Cristo, todo lo que no sea hecho en unión con Su Espíritu, y en función de la edificación de Su cuerpo, es un servicio fuera de lugar.

No es suficiente un altar; éste debe estar en su sitio, en el Santuario Único. La casa se edifica en la buena tierra; ésta es Cristo. Debemos destruir todo altar rival en cualquier lugar levantado. Debemos dejar tan sólo la habitación de Dios. Toda idolatría, espiritismo, animismo, jactancia propia, sectarismo, son abominación a Dios. El único nombre en el que podemos ser salvos es el del Señor Jesús. Allí puso Dios Su nombre para Su habitación y para recibir adoración. Nadie va al Padre sino por Él. Nadie tiene vida ni puede servir verdaderamente a Dios si no es en Él.

La cabeza del cuerpo es la primera parte del misterio; la segunda es la Iglesia, que bien sabemos que no es un templo de piedra ni de madera. Somos la Iglesia las 24 horas del día y de la noche en cualquier lugar. No vamos a la «iglesia»; somos la Iglesia que va en Su nombre a todas partes. La iglesia trabaja, descansa, va al mercado, vuelve a casa, se reúne en uno o más lugares, todo en Cristo, en el Espíritu y en la comunión del cuerpo único. Allí es donde ofrece a Dios sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo.

Sólo podemos servir a Dios en Cristo, pues lo que proviene del Adán caído ya no le es agradable. La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios. Necesitamos de la inspiración y el sustento del Espíritu de Cristo que nos ha bautizado en un solo cuerpo. Este es el lugar que nos fue dado; éste buscaremos. Si no es en el Espíritu de Cristo, entonces es meramente en Adán, cuya condición caída heredó nuestra carne.

La herencia de Cristo solamente la tenemos en Su Espíritu. Todo lo demás se encuentra fuera del lugar escogido por Dios para adorar.

Jesús dijo a la samaritana que Dios es Espíritu y es necesario adorarlo en espíritu y en verdad. Baste ya de discusiones acerca del lugar de adoración, de consagración y de servicio a Dios. No tomaremos el camino de Jeroboam, quien se robó para sí al que debería ser pueblo de

Dios, edificando santuario y sacerdocio rival. La viña pertenece al Hijo de Dios. A Dios se le adora y sirve en el espíritu, lo cual nos bautiza en un solo cuerpo. Sólo andando en Su Espíritu estaremos verdaderamente en Cristo. Quien no nace del Espíritu, no puede entrar, y ni siquiera ver, el reino de Dios. La regeneración es necesaria por causa del estado adámico caído. Solo recibiendo a Cristo y andando en Su Espíritu estaremos en el cuerpo.

Trabajar en la carne es hacer cada uno lo que bien le parece. Es necesario cruzar el Jordán, muriendo en Cristo a nosotros mismos, lo que implica también morir al divisionismo sectario. Sólo en la buena tierra tendremos reposo. La dirección de Dios es a que vivamos por la fe de Cristo, en Su Espíritu, y en la unidad y comunión de Su único cuerpo, en lo universal y local, lo cual es la verdadera casa de Dios que el Hijo de David le edifica al Padre. *Yo edificaré mi Iglesia*, dijo el Señor. La cual casa somos nosotros si permanecemos firmes hasta el fin en la confianza del principio.

Todo este pasaje de Deuteronomio 12 es para nosotros hoy. Derribemos, pues, todo lugar de adoración rival a la habitación donde Dios puso Su nombre. Terminemos de cruzar el Jordán y ofrezcamos en el reposo del Espíritu nuestra consagración a Dios en la buena tierra que es Cristo donde debemos levantar el Santuario Único.

Sin el quebrantamiento del alma no hay ninguna seguridad de que nuestra consagración sea espiritual.

La consagración y el quebrantamiento del alma



Rubén Chacón V.

Es un hecho muy poco comprendido por la mayoría de los creyentes que Dios, desde el mismo día de nuestra salvación, busca quebrantar nuestro hombre exterior, es decir, nuestra alma. Mas ¿cuál es la razón de este hecho? Para encontrar la respuesta deberemos indagar en las consecuencias nefastas que la caída trajo al ser del hombre.

El daño que la caída trajo al alma

La vida humana estaba diseñada para ser un vaso que contuviera la vida divina. De esta manera, la vida de Dios se expresaría por medio de la vida humana. Para este fin, la vida eterna sería impartida a la parte más íntima

del ser humano, a su espíritu, y desde ahí la vida de Dios, pasando a través del alma, se manifestaría en el hombre y por medio de él. El alma estaba, pues, diseñada por Dios para ser un instrumento dócil del espíritu y para ser su expresión. Este era el Propósito de Dios. No obstante, con la caída que sufrió el hombre, su alma se desarrolló hasta límites no deseados, transformándose en un alma autónoma; su espíritu, anulado o muerto por el pecado, desapareció de la escena y el alma, en lugar de ser un dócil instrumento del espíritu, se desequilibró y el pecado tomó absoluto control del hombre y se enseñoreó de él. Así el alma no llegó a ser siervo del espíritu, sino esclavo del pecado. El alma, en-

tonces, yendo más allá de su función, intentó una y otra vez religar al hombre con Dios, pero fracasó. Lo único que logró el alma, una vez desconectada del espíritu, fue agrandar excesivamente sus facultades: Una voluntad férrea, una mente que todo lo intelectualiza y emociones que dominan completamente al hombre. De esta manera, el alma se «perdió» y quedó necesitada de salvación (Mr. 8:35, 36).

La salvación del alma

La salvación del alma comprendería entonces, no sólo la purificación de todos sus pecados, sino también su regulación. Debía ser salvada no sólo del pecado, sino además de sí misma. A este segundo aspecto de la salvación del alma, esto es, a su regulación, se refieren los siguientes textos: «*El que halla su vida (alma), la perderá; y el que **pierde** su vida (alma) por causa de mí, la hallará*» (Mt. 10:39). «*Porque todo el que quiera salvar su vida (alma), la perderá; y todo el que **pierde** su vida (alma) por causa de mí y del evangelio, la salvará*» (Mr. 8:35). «*Si alguno viene a mí, y no **aborrece** a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida (alma), no puede ser mi discípulo*» (Lc. 14:26). Pero ¿qué es esto de perder el alma para entonces

Ella necesita ser regulada, aquietada, tranquilizada, domada y domesticada. En definitiva, el alma necesita ser quebrantada.

salvarla? ¿En qué consiste aborrecer el alma? En el contexto de los textos citados se afirma que consiste en tomar la cruz y seguir en pos de Cristo. ¿Y qué es tomar la cruz? Negarse a sí mismo, morir.

Morir para vivir

Jesucristo es lo que era desde el principio. Él es el árbol de la Vida. Por lo tanto, cuando vinimos a Cristo y creímos en él, nuestro espíritu no sólo fue vivificado, sino que lo fue con la mismísima vida de Dios. De manera que, si bien nuestro cuerpo está muerto a causa del pecado, el espíritu vive a causa de la justicia (Rom. 8: 10). Pero ¿qué pasó con nuestra alma? Nuestra alma, aunque purificada, perdonada y salvada, permaneció agrandada y desbocada. La figura que usó Jesús, para explicar la situación que le ocurre al alma, fue la del grano de trigo. Un grano o semilla contiene increíblemente la vida en su interior. No obstante, por la dureza de la cáscara, la vida no tiene ninguna posibilidad de manifestarse, a menos que la semilla sea enterrada y la cáscara se pudra. Entonces, maravillosamente, surge la vida, que es capaz de manifestar una nueva creación.

Ahora bien, la cáscara es el alma. Ella, por el pecado, adquirió tal autonomía y despliegue que es prácticamente infranqueable para el espíritu. Ella necesita ser regulada, aquietada, tranquilizada, domada y domesticada. En definitiva, el alma necesita ser quebrantada. Para ello debe morir: La cruz de Cristo debe ser aplicada a ella. Esto, aunque pareciera que no, le tomará mucho tiempo y trabajo a Dios lograr-

lo. Más aún, él tendrá que obrar desde adentro y desde afuera para lograr tal cometido. Desde adentro el Espíritu Santo aplicará al alma la cruz de Cristo; y desde afuera, los padecimientos producidos por las circunstancias de la vida buscarán poco a poco hacer espacio en nuestra alma, a fin de que la vida de Dios pueda fluir a través de ella. Nuestra alma debe ser herida una y otra vez bajo la disciplina del Espíritu Santo. Es como un dique que, para poder dejar salir agua, debe ser resquebrajado. Y es precisamente a través de esas grietas por donde comenzará a fluir el espíritu.

Sin este quebrantamiento, no hay ninguna seguridad de que nuestro servicio llegue a ser espiritual. ¡Qué terrible es pensar que aun nuestro servicio a Dios puede ser un mero despliegue del alma! Predicar, orar, cantar, evangelizar, etc., pueden ser acciones completamente carnales. Lo que hace que una determinada obra sea espiritual o carnal, no es la obra en sí, sino la fuente desde donde se hace. Jesús dijo que: *«Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es»* (Jn. 3:6). Por eso Pablo, escribiendo a los romanos, dijo: *«Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu»* (1:9). Y en su carta a los filipenses escribió: *«Por-*

que nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios... no teniendo confianza en la carne» (3:3).

La consagración

Y es en este punto donde conectamos con la importancia de la consagración, porque es necesaria una absoluta consagración al Señor para que nuestra alma sea quebrantada. Cuando fallamos en nuestra consagración al Señor, lo único que logramos es retrasar, demorar y estorbar el proceso de quebrantamiento. Tiene que llegar el día, entonces, en que nuestra consagración al Señor sea plena a fin de que él tenga la más absoluta libertad para tratar con nosotros.

La consagración no es en sí lo mismo que el quebrantamiento, pero su importancia radica en que con ella se inicia, sin resistencia de nuestra parte, el quebrantamiento de nuestro hombre exterior. De esta manera, el tiempo que tomará este proceso será el estrictamente necesario. Mas si nuestra consagración al Señor no llega o no es absoluta, no sólo demoraremos innecesariamente el proceso, sino que nuestra relación con el Señor estará llena de argumentos y quejas contra él, y no será extraño que muchas veces terminemos haciendo nuestra propia voluntad.



De rodillas

Un profesor iba escalando un día el pico Weishorn, en los Alpes suizos. Cuando llegaron a la cima, el guía se echó a un lado de la orilla para permitirle al profesor el privilegio de llegar primero a la cima. Emocionado frente al grandioso panorama y olvidando que el viento soplaba fuertemente, se puso de pie. Pero el guía rápidamente se le acercó y le dijo: *«De rodillas, señor. Usted no está seguro aquí sino de rodillas»*.

Antes que el creyente se consagre, Dios lo atrae hacia sí.



El aspecto **divino** de la consagración

Eliseo Apablaza

La consagración es la respuesta de amor del creyente al amor de Dios. En algún momento de su caminar en la fe, él reacciona ofreciéndose a Dios para su servicio santo. Vista así, la consagración es una acción del hombre en dirección a Dios.

Sin embargo, la consagración del creyente no es un asunto sólo del hombre, sino de Dios. La consagración de un hombre o una mujer comienza mucho antes, en el corazón de Dios. Desde el punto de vista del hombre es él quien va a Dios; desde el punto de

vista de Dios, es Él quien atrae al hombre. Así pues, en este sentido, la consagración es el acto por el cual Dios elige a ciertos hombres y los atrae hacia sí para que le sirvan.

La acción del hombre es, entonces, posterior no sólo al amor de Dios, sino también a la elección de Dios. Si la consagración se basara exclusivamente en lo que el hombre hace por Dios, sería cosa muy débil e insegura, pero como se basa en la elección irrevocable de Dios, es firme.

Si vemos el amor de Dios, posiblemente nos consagremos; pero si

Dios nos coge en su amorosa red, no tenemos escapatória, y entonces nuestra consagración será definitiva. ¿Quién podría escapar de esta red? No diremos sólo «de este amor», sino «de esta red» en que somos cogidos.

Esto, en cuanto al origen de nuestra consagración; pero ¿qué diremos del final de ella?

Si la consagración dependiera exclusivamente del hombre que se consagra, no llegaría a su consumación. Es la persistencia de Dios y no la buena disposición del hombre lo que hace que las cosas lleguen al final. Si no hubiese sido por la insistencia de Dios, Abraham hubiese quedado a mitad de camino entre Ur y Canaán, en Harán, por el resto de sus días. Si no hubiese sido por la persistencia de Dios, Moisés habría quedado tendido en el desierto, o en aquella posada de sangre lamentando el fracaso de una tarea recién comenzada.

Es la persistencia de Dios, y no la solvencia del hombre, la que ha sacado adelante todos los grandes hechos divinos de la historia.

En el camino de la consagración hay muchos días de silencio, días de fracaso, en que parece que Dios se ha olvidado de nosotros o se ha cansado de soportarnos. No significa que Dios nos haya desechado; sin embargo, lo parece. En ellos, Dios nos detiene para que quede claro en nuestro corazón que la obra no importa más que el Señor, que él no nos ha hecho imprescindibles en su Casa, y que las cosas pueden ir muy bien sin nosotros.

La consagración no es una carrera alocada, sin pausas ni obstáculos, sino el camino a veces feliz, otras veces

como por «valle de sombra de muerte», por donde sólo podemos transitar gracias a la «vara y el cayado» del Pastor.

Así, la consagración en su origen, su desarrollo y su final, está marcada por la gracia, la fidelidad y la maravillosa persistencia de Dios.

Con esto no queremos decir que el hombre no sea el que se ofrezca, cuando es vencido por el amor de Dios, cuando es tocado por el sacrificio de la Cruz. El hombre tiene su parte, y muy importante. Lo que queremos enfatizar es el aspecto divino de la consagración, aquello que da firmeza a lo que nosotros comenzamos alentados por el amor. Es Dios quien perfeccionará la obra que comenzó en nosotros (Fil. 1:6). Es por su fuerza que estamos firmes; es por su gracia que tenemos algún servicio hoy en su casa.

Nuestros votos no son tan firmes como su elección y su gracia

Probablemente todos los que han hecho voto delante de Dios, con el tiempo han resultado culpables de la infracción de ese voto. Ese «todo lo que dices que haga, haré» es tan pretencioso como fue aquello otro similar en boca de Israel junto al Sinaí. Y tan expuesto al fracaso como aquél. A la consagración inicial, llena de júbilo y expectación, suele suceder muy pronto el desencanto y el fracaso, al ver que no tenemos los recursos en nosotros para cumplir los votos de nuestra consagración.

Pero es ahí donde viene el socorro oportuno que nos muestra, por un lado, la fragilidad de nuestro buen deseo, la inutilidad de nuestras fuerzas, y por

otro, la suficiencia de Dios y su inmarcesible gracia.

No hay nada mejor que comprobar la firmeza del brazo del Señor, con el cual nos ha tomado. No hay nada mejor que comprobar la maravillosa elección de Dios, muy anterior a nuestro primer llanto, con la cual Dios nos ha enriquecido. No hay refugio más seguro contra el turbión de nuestras frágiles emociones y sentimientos, y contra los continuos desmayos del alma, que la persistente gracia divina. Ella es la salvaguarda de nuestra consagración. Es el cerrojo de siete llaves que guarda nuestra alma de los efímeros deseos de huir que muchas veces nos acometen.

Es verdad, nos consagramos porque no somos nuestros, y porque el amor de Dios nos constriñe. Pero también nos consagramos porque Dios nos cazó, porque su dedo de miseri-

cordia nos señaló para que llevásemos su bendito nombre. Las cuerdas con que nos atrajo son tan recias, que nada las puede cortar, y sus afectos, prendidos en nuestro corazón, no los puede borrar nadie, jamás.

Si no supiéramos que su boca pronunció nuestro nombre allá muy lejos en el tiempo y en el espacio, antes de que nuestra boca pudiera abrirse para deletrear el suyo, nada nos hubiera sostenido hasta aquí. Muy atrás hubiéramos quedado tendidos en el camino, como despojos pronto a ser devorados.

Así pues, feliz fue el día que nuestro corazón se volvió a él en gratitud, en una delicada ofrenda de amor; pero más feliz fue el momento aquél en que Dios nos atrajo hacia sí para que fuésemos suyos para siempre. Ese día se selló el éxito de nuestra consagración y de nuestro servicio.



La sabiduría de un tejido

Hangchow (China) es una ciudad conocida por sus tejidos de seda. Acompáñame a uno de los talleres. Observa el reverso del brocado que está en el telar. Para los que desconocen el oficio, la urdimbre de tantos colores y la trama aparentan un caos de hebras sin sentido. Sin embargo, si damos vuelta al tejido y observamos el lado derecho del trabajo terminado, descubriremos que es hermoso, que tiene un diseño de buen gusto, atractivo, y armónico compuesto por hombres, árboles, flores y montañas. Durante el proceso la apariencia confundía, pero el producto terminado tiene sentido, propósito, buen gusto y es hermoso.

Cuando nuestra vida aparenta ser un rompecabezas a nuestros ojos, recordemos que no sabemos cuál es el diseño que Dios está desarrollando. Cada hebra, sea de color claro u oscuro, tiene su función y cada cambio de dibujo responde a un plan preparado. ¿Qué importa si las experiencias de nuestras vidas parecen desordenadas y no las podemos comprender? La Palabra de Dios nos asegura que todas las cosas, sin excepción, ayudan a nuestro bien.

Watchman Nee,
en «La disciplina del Espíritu Santo»

La consagración es un milagro de gracia.

Consagración



Andrew Murray
(1828-1917)

«Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos» (1 Cr. 29:14).

Ser capaz de ofrecerle algo a Dios es un perfecto misterio. La consagración es un milagro de gracia. *«Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos»*. En estas palabras hay cuatro pensamientos muy preciosos que quiero revisar y aclarar a ustedes:

1. Dios es el dueño de todo, y nos lo da todo.

2. Nosotros no tenemos nada, sino lo que hemos recibido –sin embargo, todo lo que necesitamos podemos recibirlo de Dios.

3. Es nuestro privilegio y honra de-

volver a Dios lo que recibimos de él.

4. Dios tiene una alegría doble cuando recibe de retorno lo que él nos dio.

Y cuando aplico esto a mi vida –a mi cuerpo, a mi riqueza, a mi propiedad, a mi ser entero– entonces entiendo lo que debería ser la consagración.

Dios nos da todo

Es la gloria de Dios, y su especial naturaleza, estar siempre dando. Dios es el dueño de todo. No hay ningún poder, ninguna riqueza, ninguna bondad, ningún amor, fuera de Dios. Es

su naturaleza misma no vivir para sí, sino para sus criaturas. El suyo es un amor que siempre se deleita en dar.

Aquí llegamos al primer paso en la consagración. Debo ver que todo lo que tengo es dado por él; debo aprender a creer en Dios como el gran dueño y dador de todo. Que pueda tener una clara conciencia de ello. No tengo nada, sino lo que real y definitivamente pertenece a Dios. Tal como mucha gente dice: «El dinero que está en mi bolso me pertenece», así Dios es el propietario de todo. Es suyo y sólo suyo. Y es su vida y delicia estar siempre dando.

Oh, tomemos este pensamiento precioso: no hay nada que Dios tenga que él no quiera dar. Tal es su naturaleza, y por consiguiente cuando Dios solicita algo, él mismo lo da primero. Nunca tenga miedo cuando Dios le pida algo; porque Dios sólo pide lo que le es propio; lo que él pide que usted dé, él ya se lo ha dado previamente. ¡El propietario, dueño, y dador de todo, es nuestro Dios! Aplique esto a usted mismo y sus dones, a todo lo que usted es y posee. Estúdielo, créalo, viva en ello, cada día, cada hora, cada instante.

Nosotros recibimos todo

Así como la naturaleza y gloria de Dios es siempre estar dando, es la na-

Señor, aquí está el convenio entre tú y yo. Tu deleite es darlo todo, y mi delicia es devolver todo.

turaleza y gloria del hombre estar siempre recibiendo. ¿Para qué nos hizo Dios? Cada uno de nosotros ha sido hecho un vaso en el cual él puede derramar su vida, su belleza, su felicidad, su amor. Cada uno de nosotros fue creado para ser un receptor y un depositario de tanta vida y bendición celestial como Dios pueda poner en nosotros.

¿Hemos entendido esto, que nuestro gran trabajo —el fin de nuestra creación— es siempre estar recibiendo? Si entramos totalmente en ello, nos enseñará algunas cosas preciosas. He aquí una: la absoluta necesidad de ser orgulloso o presumido. ¡Qué locura! Imagínese pedir prestado un hermoso traje, y caminar alardeando de él como si fuese propio. Todos dirían: «¡Qué necio!».

Y aquí está el Dios Eterno, dueño de todo lo que tenemos; ¿nos atreveremos a gloriarnos en nosotros mismos por aquello que es todo suyo? ¡Entonces qué bendita lección nos enseñará lo que es nuestra posición! Estamos relacionados con un Dios cuya naturaleza es siempre estar dando, y la nuestra es siempre estar recibiendo. Así como la cerradura y llave encajan, Dios el dador y yo el receptor coincidimos. A menudo nos preocupamos por las cosas, y oramos por ellas, en lugar de remontarnos a la raíz de las cosas, y decir: «Señor, yo sólo pido ser el receptor de lo que tu voluntad significa para mí; del poder, los dones, el amor y el Espíritu de Dios». ¿Qué puede ser más sencillo? Venir como un receptor —limpio, vacío y humillado. Venir, y entonces Dios se deleitará en dar.

Si puedo decirlo con reverencia, él no puede ayudarse a sí mismo; es su promesa, su naturaleza. La bendición está siempre fluyendo de él. Hemos visto cómo el agua siempre fluye en los lugares más bajos. ¡Si sólo nos presentamos vacíos y postrados, no siendo sino sólo receptores, ¡qué vida dichosa viviríamos! Día a día alabándole. Él dando y yo aceptando. Él concediendo y yo feliz de recibir.

Cuántas decenas de miles de personas han dicho esta mañana: «¡Qué bello día! Abramos las ventanas para que entre la luz del sol con su grato calor y alegría!». Que nuestros corazones aprendan cada momento a disfrutar en la luz y el gozo del amor de Dios. *«Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos».*

Nosotros devolvemos todo

Si Dios da todo y yo lo recibo todo, entonces el tercer pensamiento es muy simple: yo debo devolverlo todo. Es un privilegio que, por causa de tenerme en amorosa y grata comunión con él, y dándome la dicha de agradarle y servirle, el Dios Eterno diga: «Ven ahora, y devuélveme todo lo que yo doy». Alguien dirá: «Oh, ¿pero debo devolver todo?». ¡Hermano, usted no sabe que no hay felicidad o bienaventuranza alguna excepto en dar a Dios! David lo sentía así. Él dijo: «Señor, es un privilegio indecible que nos permitas devolverte lo que es tuyo». Sólo recibir, y luego por amor devolver a él como Dios, lo que él da.

¿Sabe por qué Dios lo necesita a

usted? Las personas dicen: «¿No nos da Dios todas las buenas dádivas para disfrutarlas?». Pero, ¿sabe usted?, el verdadero goce está en devolver. Simplemente mire a Jesús: Dios le dio un cuerpo maravilloso. Él lo guardó santo y lo dio en sacrificio a Dios. Ésta es la belleza de tener un cuerpo. Dios le ha dado a usted una alma; ésta es la belleza de tener una alma –usted puede devolvérsela a Dios.

Las personas hablan sobre la dificultad de tener una voluntad muy fuerte. Usted nunca puede tener demasiada fuerza de voluntad. Sin embargo, el problema es que no entregamos esa fuerza de voluntad a Dios, para hacerla un vaso en el que Dios pueda y vierta su Espíritu, que lo capacite para hacer un servicio espléndido para él mismo.

Hemos tenido ahora tres pensamientos: Dios da todo; yo recibo todo; yo dejo todo. ¿Hará usted ahora esto? ¿No dirá cada corazón: «Mi Dios, enseñame a abandonarlo todo»? Tome su cabeza, su mente con toda su capacidad de expresarse, su propiedad, su corazón con sus afectos –los mejores y más secretos– tome oro y plata, todo, deposítelo a los pies de Dios y diga: «Señor, aquí está el convenio entre tú y yo. Tu deleite es darlo todo, y mi delicia es devolver todo». Eso es lo que Dios nos enseña.

Si esa simple lección fuera aprendida, terminarían muchos problemas relacionados con la búsqueda de la voluntad de Dios, y acabarían todas nuestras vacilaciones, porque se escribiría, no en nuestras frentes, sino en nuestros corazones: «Dios puede hacer conmigo lo que a él le plazca; yo le

pertenezco con todo lo que tengo». En lugar de decir siempre a Dios: «Dame, dame, dame», debemos decir: «Sí, Señor, tú eres dador, tú amas dar, y yo amo devolver». Pruebe esa vida y averigüe si no es ésta la vida más alta.

Dios se regocija en nuestro dar

Dios da todo, yo recibo todo, yo doy todo. Ahora viene el cuarto pensamiento: Dios se regocija grandemente cuando nosotros damos a él. No sólo es que yo soy el receptor y el dador, sino Dios también es el Dador y el Receptor, y, puedo decirlo con reverencia, él se goza aún más en la recepción que en la dádiva. En nuestra pequeña fe, nosotros pensamos a menudo que los dones vuelven a Dios todos manchados. Dios dice: «No, ellos retornan hermosos y glorificados». La entrega de su amado Hijo, con sus aspiraciones y acciones de gracias, regresa a Dios con un nuevo valor y belleza.

Ah, hijo de Dios, usted no sabe cuán precioso es a los ojos del Padre el regalo que usted le trae. ¿No hemos

visto cuando una madre da un pedazo de pastel, y el hijito viene y le ofrece un trocito para compartirlo con ella? ¡Cómo valora ella el regalo! Y Dios, oh, mis amigos, su amoroso corazón de Padre, anhela que usted le dé todo. Esta no es una demanda, no es la dura demanda de un amo, sino el llamado de un Padre amoroso, que sabe que cada regalo que usted le trae lo enlazará más a él, y cada entrega que usted hace abrirá más ampliamente su corazón para obtener más de sus dones espirituales.

¡Oh, amigos! Un regalo a Dios tiene ante sus ojos un valor infinito. Es su delicia. Él ve la aflicción de Su alma y está satisfecho. Y trae a usted bendición indecible.

Consagrémonos

Introduzcámonos en el espíritu de David, con el espíritu de Jesucristo en nosotros. Alcemos nuestra oración de consagración. Y el bendito Espíritu dé gracia a cada uno de nosotros para pensar y decir lo correcto, y para hacer lo que agrada los ojos del Padre.

j j j

El picaporte está por fuera

Una vez un hombre se encontró con un predicador en Londres, y le preguntó si era el mismo que había predicado en París. Le contó que él mismo había sido salvado en aquella ocasión. «¿Qué bueno es que usted haya aceptado al Señor en esa ocasión!», respondió el predicador. «Esa vez yo acepté a Cristo, prosiguió el hombre, por una declaración que usted hizo». «¿Cuál fue esa declaración?», inquirió el ministro. «Usted dijo que el picaporte de la puerta del cielo está por fuera», concluyó el hombre.

Es verdad, el picaporte de la puerta del cielo está afuera. Eso significa que si usted no entra, sólo podrá culparse a sí mismo. Porque si el seguro estuviera adentro, usted no podría entrar aunque lo deseara.

*Watchman Nee,
en Lleno de gracia y de verdad, Tomo 2*

Un mensaje basado en la vida de Abraham.



Consagración a Dios

C. H. Spurgeon
(1834-1892)

Lectura: Génesis capítulos 17, 18 y 19.

Quiero, si Dios me ayuda, tomar como base la vida de Abraham, y llevarles, primero, a observar al modelo de la vida consagrada; segundo, la naturaleza de la vida superior; y, en tercer lugar, sus resultados.

El modelo de la vida consagrada

«*Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto*» (Gn. 17:1). Un hombre que va a ser completamente santificado al servicio del Maestro, debe primero comprender todo el poder, la suficiencia y la gloria de Dios. El Dios a quien servimos lo

llena todo, tiene todo el poder y todas las riquezas. Si pensamos de él limitadamente, nuestra confianza será poca, y nuestra obediencia, mínima; pero si tenemos una gran concepción de la gloria de Dios, aprenderemos a confiar completamente en él, recibiremos más abundantemente sus misericordias, y seremos impulsados a servirle más consistentemente.

El pecado, con frecuencia, tiene su origen en pensamientos bajos acerca de Dios. Veamos el pecado de Abram; él no podía ver cómo Dios le haría padre de muchas naciones, pues Sarai era anciana y estéril. De ahí su error

con Agar. Pero si hubiera recordado lo que Dios le recuerda ahora, que Dios es El Shaddai, el Todopoderoso, habría dicho: «No, yo permaneceré fiel a Sarai, porque Dios puede cumplir sus propósitos sin nuestra ayuda. Él es todosuficiente, y no depende de las fuerzas de la criatura. Esperaré pacientemente y en silencio, para ver el cumplimiento de las promesas del Maestro».

Ahora, tal como fue con Abram, así es con nosotros. Cuando un hombre está en dificultades económicas, si él cree que Dios es todosuficiente para llevarlo a través de ellas, no recurrirá a ninguna de las artimañas comunes en el mundo, ni degenerará en esa astucia que es tan usual entre los hombres de negocios. Si un hombre cree, siendo pobre, que Dios es porción suficiente para él, no estará envidioso del rico o disgustado con su condición. El hombre que siente que Dios es porción todosuficiente para su espíritu, no buscará deleitarse en la vanidad; no irá con la atolondrada multitud tras su alegría vana. «No», dice él, «Dios se me ha revelado como un Dios todosuficiente para mi consuelo y mi gozo. Estoy feliz desde que él es mi Dios. Que otros beban de cisternas rotas si quieren, yo bebo de la fuente desbordante, y estoy absolutamente satisfecho».

Cristiano, con un Dios como éste, ¿por qué habrías de humillarte ante los malos? ¿Por qué exponerte en la búsqueda de placeres terrenales donde las rosas siempre están mezcladas con espinas? ¿Por qué poner tu confianza en el oro y la plata, en tu fuerza natural? ¡El Shaddai está por ti! Tu santifi-

cación dependerá mucho de que aceptes con toda tu fe el hecho de que él es tu Dios eternamente, tu porción diaria, tu absoluta consolación. Tú no te atreves, no puedes, no quieres vagar por las sendas del pecado cuando has conocido que este Dios es tu pastor y guía.

Siguiendo este modelo de vida consagrada, subrayemos las próximas palabras: «...*anda delante de mí*». Éste es el estilo de vida que caracteriza la verdadera santidad; es un caminar ante Dios.

Es notable que, en la anterior visita divina al patriarca, el mensaje del Señor fue: «*No temas*». Era entonces apenas un niño en las cosas espirituales, y el Señor le dio el consuelo que necesitaba. Ahora ha crecido; es un hombre, y la exhortación es práctica y llena de acción: «*anda*». El hombre cristiano ha de echar mano al poder y la gracia que ha recibido. La médula de la exhortación reside en las últimas palabras: «*anda delante de mí*», entendiéndose como tal un sentimiento habitual de la presencia de Dios, el hacer lo recto y huir del mal, por respeto a la voluntad de Dios; el considerar a Dios en todos los actos públicos y privados.

Esta es la señal del hombre de Dios verdaderamente santificado: vivir de continuo como ante la presencia de la divina Majestad; actuar como sabiendo que el ojo que nunca duerme está siempre fijo en él. El deseo de su corazón es jamás hacer lo malo, y nunca puede olvidar lo recto, aunque esté en el mundo, pues puede contar con que Dios está en todo lugar.

Las próximas palabras son: «...y sé

perfecto». Hermanos, ¿significa esto la perfección absoluta? No controvertiré la creencia de algunos, de que podemos ser completamente perfectos en la tierra. Libremente admito que el modelo de la santificación es la perfección. Sería incoherente con el carácter de Dios que él nos diese algo distinto a un mandato perfecto, y una norma perfecta. Dios no pone ante sus siervos ninguna regla de este tipo: «Sé tan bueno como puedas», sino esta: «*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto*» (Mt. 5:48). ¿Puede jamás alguien lograr esto? Ciertamente, no; pero es el objetivo de todo cristiano. Yo preferiría que mi hijo tuviese un texto original perfecto para copiar, aunque él nunca pudiese escribir de la misma forma, a que él tuviese un texto imperfecto delante suyo, porque entonces él no sería jamás un buen escritor. Nuestro Padre celestial nos ha dado la imagen perfecta de Cristo para que sea nuestro ejemplo, su ley perfecta como nuestra regla, para que apuntemos a esta perfección en el poder del Espíritu Santo, y, como Abram, para postrarnos en vergüenza y confusión de rostro, al reconocer cuán lejos estamos de ella.

La perfección es lo que deseamos, busquemos con denuedo, y finalmente obtendremos. Nosotros no queremos tener una ley condescendiendo con nuestra debilidad. Sin embargo, la palabra 'perfecto' lleva normalmente el significado de 'recto', o 'sincero': «anda delante de mí, y sé sincero».

Ningún doble estándar debe tener el hombre cristiano, ninguna liviandad con Dios o con los hombres; ninguna

La distancia de la presencia de Dios siempre significa pecado; la santa familiaridad con Dios engendra santidad.

profesión hipócrita, o principios falsos. Él debe ser transparente como el cristal; ser un hombre en quien no hay astucia, que ha desechado toda forma de engaño, que lo odia, y lo aborrece, y camina ante Dios; que ve todas las cosas con sinceridad absoluta, deseando seriamente en todas ellas, grandes y pequeñas, encomendarse a sí mismo a la conciencia de otros, como a la vista del Altísimo.

Hermanos, aquí está el modelo de la vida consagrada. ¿Anhela usted lograrlo? De seguro, cada alma que es movida por la gracia de Dios lo hará. Pero si su sentimiento sobre eso es como el mío, hará como el patriarca: «Abram se postró sobre su rostro ante el Señor». Pero, oh, cuán lejos de esto hemos llegado. Nosotros no siempre hemos pensado en Dios como todosuficiente; hemos sido incrédulos. Hemos dudado una y otra vez.

No siempre hemos caminado delante del Señor. No siempre sentimos su presencia como observándonos. Hay palabras airadas en la mesa, mal proceder en el trabajo, descuido, mundanalidad, orgullo y cosas que estropean la labor diaria; y cuando regresamos a casa tenemos que reconocer que nos hemos descarriado, como ovejas perdidas, olvidando la presencia del Pastor. No hemos hablado y

actuado como sintiendo que él nos mira constantemente. Así es, no hemos sido perfectos.

Pero miren a su modelo, hermanos, estúdienlo en la vida de Cristo, y entonces apunten a él con el celo del apóstol que dijo: *«No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús»* (Fil. 3:12-14).

La naturaleza de la consagración

La genuina consagración espiritual empieza con la comunión con Dios. Observen el tercer versículo: *«Entonces Abram se postró sobre su rostro, y Dios habló con él»*. Contemplando a Cristo Jesús, su imagen se fotografía en nuestra mente, y somos transformados de gloria en gloria, como por la presencia del Señor. La distancia de la presencia de Dios siempre significa pecado; la santa familiaridad con Dios engendra santidad. Cuanto más tú piensas en Dios, más meditas en sus obras, más lo alabas, más oras a él, más constantemente hablas con él, y él contigo, por el Espíritu Santo, más cercano estás en el camino a la plena consagración a su causa.

El próximo punto en la naturaleza de esta consagración es que es fomentada por la visión ampliada del pacto de la gracia. Sigamos leyendo: *«He aquí, mi pacto es contigo, y serás pa-*

dre de muchedumbre de gente». El Señor dijo esto para ayudar a Abram a caminar ante Dios y ser perfecto; de lo cual concluimos que para crecer en la santificación un hombre debe aumentar en conocimiento, y también en la tenacidad de la fe que se apropia del pacto que Dios ha hecho en Cristo para su pueblo.

Observen que Abram fue alentado acerca de su propio interés personal en el pacto. Vean la reiteración del segundo pronombre personal: *«He aquí, mi pacto es contigo, y (tú) serás padre de muchedumbre de gente»*. En el sexto verso: *«Y te multiplicaré en gran manera, y haré naciones de ti, y reyes saldrán de ti. Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti... para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti»*. Así Abram tiene el pacto para sí mismo; esto le hace sentirse muy involucrado en él.

Si alguna vez serás santificado para el servicio de Dios, deberás tener plena certeza de tu interés en todas las provisiones del pacto. Las dudas son como los jabalís del bosque que despedazan las flores de santificación en el jardín del corazón; pero si tienes una convicción dada por Dios de tu confianza en la sangre preciosa de Jesucristo, entonces las pequeñas zorras que estropean las vides son exterminadas, y tus uvas tiernas darán grato olor. Que el Señor nos conceda una fe firme para reconocer nuestro claro derecho a las mansiones celestiales.

Una gran santidad brota de una gran fe. La fe es la raíz, la obediencia es la rama; y si la raíz se deteriora la rama no puede florecer. Conoce que

Cristo es tuyo, y que tú eres de él; porque aquí encontrarás la fuente para regar tu consagración, y hacerlo rendirá fruto al servicio de Cristo.

Notamos, al leer estas palabras, cómo el pacto es revelado particularmente a Abram como una obra de poder divino. Veamos la secuencia del pasaje: «Mi pacto es contigo... te multiplicaré ... estableceré mi pacto... te daré... seré tu Dios», y así sucesivamente. ¡Qué gloriosas promesas! No podemos servir al Señor con un corazón perfecto hasta que nuestra fe logre primeramente asir el divino querer de Dios.

Si mi salvación descansa en este pobre y endeble brazo, en mis resoluciones, mi integridad y mi fidelidad, naufragaría para siempre; pero si mi salvación eterna descansa en el gran brazo que sostiene el universo, si la seguridad de mi alma está totalmente en esa mano que guía el curso de las estrellas, entonces, ¡bendito sea su nombre!, está bien asegurada; y ahora, además de amar a semejante Salvador, le serviré de todo corazón. Me dedicaré y me brindaré a aquel que en su gracia se ha comprometido conmigo. Subrayemos esto, estemos muy claros sobre ello, y pidamos tener clara la obra divina en nuestra alma, porque eso nos ayudará a ser consagrados a Dios.

Más allá, Abraham tuvo una visión del pacto en su eternidad. No recuerdo que la palabra 'perpetuo' haya sido usada antes en referencia a ese pacto, pero en este capítulo la tenemos una y otra vez. «Yo estableceré mi pacto como pacto perpetuo». He aquí una de esas grandes verdades que muchos

de los bebés en la gracia todavía no han aprendido, a saber, que las dádivas de gracia no son bendiciones dadas hoy y quitadas mañana, sino bendiciones eternas.

La salvación que es en Cristo Jesús no es una salvación que nos pertenecerá durante unas horas, mientras le seamos fieles, y entonces será quitada, para que seamos abandonados. «Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta». «Yo soy Dios», dice él, «yo no cambio: por consiguiente, los hijos de Jacob no serán consumidos». Cuando nosotros nos pusimos en manos de Cristo, no confiamos en un Salvador que podía vernos ser destruidos, sino que descansamos en aquel que dijo: «...y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:28).

Considerando la naturaleza de esta consagración, yo observaría luego que aquellos que son consagrados a Dios son considerados como nuevos hombres. La nueva humanidad es indicada por el cambio de nombre —él ya no se llama más Abram, sino Abraham, y su esposa no es más Sarai, sino Sara. Nosotros, amados, somos nuevas criaturas en Cristo Jesús. La raíz y la fuente de toda consagración a Dios reside en la regeneración. Hemos nacido de nuevo, una simiente nueva e incorruptible que vive y mora para siempre fue puesta dentro de nosotros. El nombre de Cristo nos es dado: ya no somos llamados pecadores e injustos, sino hemos sido hechos hijos de Dios por la fe que es en Cristo Jesús.

Notemos además que la naturaleza de esta consagración fue mostrada

a Abraham por el rito de la circuncisión. No sería decoroso entrar en detalles acerca de ese rito, pero basta decir que él significa despojarse de la inmundicia de la carne. Tenemos la propia interpretación del apóstol Pablo acerca de la circuncisión en su epístola a los Colosenses. La circuncisión indicaba a la descendencia de Abraham que había una corrupción de la carne en el hombre que debía quitarse para siempre, o permanecería impuro y fuera del pacto con Dios.

Ahora, amados, debe haber, en orden a nuestra santificación a Cristo, una entrega, una dolorosa renuncia a cosas que estimábamos valiosas. Debe haber una negación a los afectos y apetitos de la carne. Debemos mortificar nuestros miembros. Debe haber autonegación si vamos a entrar en el servicio a Dios. El Espíritu Santo debe dictar sentencia de muerte y extirpar las pasiones y tendencias de la humanidad corrupta.

Notemos, con respecto a la circuncisión, que fue ordenada perentoriamente, debía ser practicada en cada varón de la raza de Abraham, y su omisión sería causa de muerte. Así el apartarse del pecado, el abandonar la contaminación de la carne, es necesario a cada creyente. Sin santidad nadie verá al Señor. Tanto el bebé en Cristo debe estar consciente de la muerte decretada sobre el cuerpo de la inmundicia de la carne como asimismo un hombre que, como en el caso de Abraham, ha llegado a una edad avanzada y ha venido a la madurez en las cosas espirituales. No hay ninguna distinción aquí entre el uno y el otro. Sin santidad nadie verá al Se-

ñor; y si una supuesta gracia no quita de nosotros el amor al pecado, no es en absoluto la gracia de Dios, sino la idea presuntuosa de nuestra propia naturaleza vana.

Los resultados de la consagración

Inmediatamente después que Dios se apareció a Abraham, su consagración fue manifiesta, primero, en su oración por su familia. «¡Ojalá Ismael viva delante de ti!». Hombre de Dios, si eres de hecho del Señor, y sientes que eres de él, empieza ahora a interceder por todos los que te pertenecen. Nunca te satisfagas a menos que ellos también sean salvos; y si tienes un hijo, un Ismael, con respecto al cual abrigas muchos temores y mucha ansiedad, cuando ya eres salvo, nunca dejes de expresar ese gemir: «¡Ojalá Ismael viva delante de ti!».

El siguiente fruto de la consagración de Abraham fue el ser hospitalario con todos. En el capítulo siguiente (18), está sentado a la puerta de su tienda, y tres hombres vienen a él. El cristiano es el mejor siervo de la humanidad en un sentido espiritual. Por causa de su Maestro, se esfuerza por hacer el bien a los hijos de los hombres. Él es el primero en alimentar al hambriento, vestir al desnudo, y hacer bien a todos los hombres, mayormente a los de la familia de la fe.

El tercer resultado fue que Abraham deleitó al Señor mismo, porque entre esos tres ángeles que vinieron a su casa estaba el Rey de reyes, el Eterno. Cada creyente que sirve a su Dios da, como allí, refrigerio a su Señor. Dios tuvo un deleite infinito en la obra de su amado Hijo: «Este es mi

Hijo amado en quien tengo complacencia», y también se deleita en la santidad de todo su pueblo. Jesús ve el fruto de la aflicción de su alma, y está satisfecho por las obras del creyente; y tú, hermano, como Abraham atendió al Señor, deleita al Señor Jesús con tu paciencia y tu fe, con tu amor y tu celo, cuando te consagras completamente a él.

Una vez más, Abraham fue el gran intercesor para otros. El final del capítulo 18 está lleno de sus peticiones en favor de Sodoma. Él no había podido suplicar antes, pero después de la circuncisión, de la consagración, viene a ser un 'recordador' del Rey, asume el oficio sacerdotal, y está allí clamando: «¿Destruirás la ciudad? ¿Destruirás al justo con el impío?». Oh amados, si nos consagramos a Dios así completamente, como he intentado describir débilmente, seremos poderosos en Dios en nuestras intercesiones.

Creo que un varón santo es una bendición mayor para una nación que un ejército de soldados. ¿No temieron ellos más las oraciones de John Knox que las armas de diez mil hombres? Un hombre que habitualmente vive cerca de Dios es como una gran nube que siempre deja caer lluvias fertilizantes. Este es el hombre que pudo decir: «La tierra se deshace, pero yo

soporto sus pilares». Francia nunca habría visto una revolución tan sangrienta si hubiera habido allí hombres de oración para preservarla. Inglaterra, entre los tumultos que la sacuden, se mantiene firme por la oración elevada incesantemente por los creyentes.

La bandera de la vieja Inglaterra es asegurada a su mástil, no por las manos de sus soldados, sino por las oraciones del pueblo de Dios. Éstos, intercediendo día y noche, cumpliendo su ministerio espiritual, son aquellos por quienes Dios salva las naciones, por quienes él permite que la tierra todavía exista; y cuando su tiempo haya terminado, y ellos sean levantados, la sal será tomada de la tierra, y entonces los elementos serán fundidos con calor ardiente, también la tierra y las obras que están en ella serán quemadas; pero este mundo no pasará hasta que él haya reunido a los santos con Cristo en el aire. Él lo preservará por causa del justo.

Busquen con diligencia el grado superior de la santidad, amados hermanos y hermanas; y mientras descansan sólo en la fe para la justificación, no sean indolentes acerca del crecimiento en la gracia. Que los logros más altos sean su anhelo, y Dios se los conceda, por causa de su Hijo. Amén.

j j j

El más alto llamamiento

Cuando el Presidente Coolidge, de los Estados Unidos, pidió a John Mott que fuera embajador de su país en Japón, Mott contestó: «Señor Presidente: desde que Dios me llamó para ser Su embajador, yo no tengo oídos para otros llamamientos».

Citado por William McDonald, en Revista «Avivamiento» N° 30.

La consagración consiste en que Dios nos concede el honor de servirle



La belleza de la consagración

Watchman Nee

Ex. 28:40-43; Lv. 8:18-28; Rom. 6:13, 16, 19; 12:1-3; 1 Co. 6:19-20; 2 Co. 5:14-15.

La consagración es el resultado de una comprensión adecuada de lo que es la salvación. Si una persona considera su fe en el Señor Jesús como un favor al Señor, y su fe en Dios como una cortesía hacia Él, será inútil hablarle sobre la consagración. Si alguien piensa así, no ha tenido un buen comienzo en la fe cristiana y, por ende, es imposible esperar que se consagre.

La enseñanza sobre la consagración se encuentra tanto en el Antiguo

Testamento (Éxodo 28 y 29, y Levítico 8), como en el Nuevo (Romanos 6 y 12).

Aunque la consagración es la primera experiencia básica de nuestro servicio a Dios, no encontramos muchas enseñanzas que provengan directamente de la Palabra de Dios. Necesitamos estudiar las porciones mencionadas, para entender el significado de la consagración.

En 2ª Corintios 5:14-15 se nos muestra claramente que el poder

constreñidor del amor del Señor es la base para que los hijos de Dios se consagren. Según el idioma original, la palabra *constreñir* significa rodear de tal forma a la persona que ella no puede escapar. Él nos ha atrapado en su amor, y no tenemos alternativa. Nadie puede consagrarse a no ser que sienta amor por el Señor. Pero después que el amor está, la consagración será la consecuencia inevitable.

Pero la consagración no sólo se basa en el amor del Señor por nosotros, sino también en el *derecho* que él tiene sobre nosotros (1ª Cor. 6:19-20). Nuestro Señor dio su vida por nosotros como rescate, adquiriéndose así de nuevo. El Señor nos compró y nos redimió; por eso voluntariamente le cedemos nuestra libertad. Para los cristianos de hoy la idea de ser comprado por precio tal vez no sea claramente comprendida. Pero para los corintios, era perfectamente claro. En aquel tiempo existían los mercados humanos, donde se remataban esclavos. Pablo usa esa metáfora para mostrarnos lo que nuestro Señor hizo por nosotros. Él pagó un gran precio: su propia vida, y nos rescató. Y hoy, debido a esta obra redentora, renunciamos a nuestros derechos y perdemos nuestra soberanía.

Por un lado, por causa del amor, escogemos servirlo; por otro lado, por su derecho, nosotros no somos nosotros. Servimos al Señor porque él nos ama, y lo seguimos porque él tiene un derecho sobre nosotros. Este *amor* y este *derecho* obtenido en la redención nos constriñen a darnos al Señor.

Una base para la consagración es el derecho legal, y la otra es el amor

agradecido. La consagración está así basada tanto en el amor que sobrepasa el sentimiento humano como en el derecho, de acuerdo a la ley. Por esas dos razones, nada nos resta sino pertenecer al Señor.

El verdadero significado de la consagración

Ser constreñidos por el amor del Señor o reconocer su derecho legal no constituye todavía la consagración. Después de ser constreñido por su amor y reconocer su derecho sobre uno, debe dar otro paso, que lo llevará a una nueva posición.

Debido a que el Señor nos constriñe y nos compra, nos apartamos de ciertas cosas y vivimos por él y para él. Esto es la consagración. «Consagración» se puede traducir como «recibir el servicio santo», el oficio de servir al Señor. Esto es como prometerle al Señor: «Hoy me separo de todo para servirte, porque tú me amas.»

Suponga que usted compra un esclavo y lo lleva a casa. Al llegar a la puerta, el hombre, arrodillado, le dice: «Amo, tú me compraste. Desde hoy, con placer, atenderé tus palabras». Para usted, haberlo comprado es una cosa, pero el hecho de que él se arrodille a sus pies proclamando el deseo de servirlo, es algo completamente distinto. Porque usted lo compró, él reconoce su derecho; mas porque usted lo amó, aún siendo él quien es, él se declara enteramente suyo. Solamente eso es consagración. Consagración es más que el ver Su amor y más que saber que él nos compró: *es la acción que sigue al amor y a la compra.*

Las personas consagradas

Al leer Éxodo 28:1-2, 4 y 29:1, 4, 9-10, vemos que la consagración es algo muy especial. Israel fue la nación escogida por Dios (Ex. 19:5-6), pero no llegó a ser una nación consagrada. Las tribus de Israel eran doce, pero no todas recibieron el servicio santo: sólo la tribu de Leví (Núm. 3:11-13); sin embargo, no toda la tribu de Leví estaba consagrada, ya que entre los levitas sólo se asignó el servicio santo a la casa de Aarón. Si alguien que no pertenecía a esta casa se acercaba, moría (Núm. 18:7).

Gracias a Dios, hoy somos miembros de esa casa. Todo aquel que cree en el Señor es miembro de esta familia. Todo aquel que ha sido salvo por gracia es sacerdote (Ap. 1:5-6). Debemos recordar que sólo pueden consagrarse aquellos que son escogidos por Dios como sacerdotes. Así que, Dios nos ha escogido para ser sacerdotes por ser miembros de esta casa, y por eso estamos calificados para consagrarnos.

El hombre no se consagra porque haya escogido a Dios, sino porque Dios, quien es el único que escoge, lo ha llamado. Aquellos que piensan que le hacen un favor a Dios al dejarlo todo, son extranjeros y no se han consagrado. Debemos darnos cuenta de que nuestro servicio a Dios no es un favor que le hacemos a él ni una expresión de bondad para con él. Tampoco es un asunto de ofrecernos a la obra de Dios, sino que Dios ha sido benevolente con nosotros dándonos el honor y el privilegio. Dice en la Biblia que los sacerdotes del Antiguo Testamento vestían dos piezas de ropa,

una para honra y otra para hermosura. (Ex. 28:2). En la consagración, Dios nos viste con honra y hermosura. Es el llamado que Dios nos hace a su servicio. Si nos gloriamos por algo, debemos gloriamos en nuestro maravilloso Señor.

Para el Señor no hay nada especial en tener siervos como nosotros, pero para nosotros lo más maravilloso es tener al Señor. La consagración consiste en que Dios nos concede el honor de servirle. Debemos postrarnos ante él y decir: «Gracias, Señor, porque tengo parte en tu servicio. Gracias, porque entre tantas personas que hay en este mundo, me has escogido a mí como parte de este servicio.» *La consagración es un honor, no un sacrificio.* Es cierto que necesitaremos sacrificar algo, pero no existe conciencia de eso. La consagración está llena de sentido de honra y no de conciencia de sacrificio.

El camino de la consagración

En Levítico 8:14-28 se nos muestra el camino hacia la consagración.

a) *La ofrenda por el pecado.* Para recibir el servicio santo de Dios, es decir, para consagrarse a Dios, primero tiene que hacerse propiciación por el pecado. Sólo una persona que es salva y pertenece al Señor, puede consagrarse. La base de la consagración es la ofrenda por el pecado.

b) *El holocausto.* Examinemos Levítico 8:18-28 muy cuidadosamente. Aquí tenemos dos carneros: un carnero se ofrecía como holocausto, y otro como ofrenda de consagración. Esto hacía que Aarón fuera apto para servir a Dios.

¿Qué es el holocausto? El holocausto es una ofrenda que debe ser completamente consumida por fuego; por lo tanto, el sacerdote no podía comer su carne. El problema de nuestro pecado se soluciona con la ofrenda por el pecado, pero el holocausto hace que Dios nos acepte. El Señor Jesús llevó nuestros pecados en la cruz. Esto se refiere a su obra como la ofrenda por el pecado. Al mismo tiempo, mientras el Señor Jesús estaba en la cruz, el velo fue rasgado, y se nos abrió así el camino al Lugar Santísimo. Esta es su obra como holocausto. La ofrenda por el pecado y el holocausto empiezan en el mismo lugar, pero conducen a dos lugares distintos. Ambos empiezan donde se encuentra el pecador. La ofrenda por el pecado se detiene en la propiciación por el pecado, mientras que el holocausto hace al pecador acepto ante Dios en el Amado. Por tanto, es más importante que la ofrenda por el pecado. El holocausto es el agradable aroma del Señor Jesús ante Dios, que hace que Dios lo acepte. Cuando lo ofrecemos a Él ante Dios, nosotros también somos aceptados. No sólo somos perdonados mediante la ofrenda por el pecado, sino que también somos aceptados mediante el Señor Jesús.

c) *La ofrenda de la consagración.*

1. *La aspersión de la sangre.* Después de que el primer carnero era inmolado, se sacrificaba otro. Con la sangre de éste se untaba el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y el pulgar del pie derecho de Aarón y sus hijos. Esto significa que como Dios nos ha aceptado en Cristo, debemos saber que la sangre aplicada

en nuestra oreja, nuestras manos y nuestros pies nos aparta para Dios. Debemos declarar que nuestras orejas, nuestras manos y nuestros pies pertenecen por entero a Dios. Debido a la redención, nuestras orejas, cuya función es oír, deben escuchar a Dios; nuestras manos, hechas para trabajar, deben ahora laborar para Dios; nuestros pies ahora deben caminar para Dios. Nuestros miembros fueron comprados por el Señor, de modo que todos los pertenecen a él.

La sangre es la señal de la posesión y el símbolo del amor. El «precio» que se menciona en 1ª Corintios 6, y el «amor» de 2 Corintios 5 se refieren a esta sangre. Debido a la *sangre*, el amor y el *derecho de propiedad*, nuestro ser ya no nos pertenece.

2. *La ofrenda mecida.* Después de que se rociaba la sangre, se presentaba la ofrenda mecida. Debemos recordar que el segundo carnero había sido sacrificado y su sangre había sido untada en la oreja, en la mano y en el pie. Esto todavía no es consagración, pero es la base de la misma. La aspersión de la sangre es simplemente una *confesión de amor* y una *proclamación de los derechos*, lo cual nos hace aptos para consagrarnos; sin embargo,

Al conceder la salvación a muchos, Tú no pasaste de largo ni me rechazaste. Dame, por lo tanto, una parte entre los muchos que te sirven.

la verdadera consagración viene después de todo eso.

Después de que el segundo carne-ro era sacrificado y su sangre era rociada, se sacaban la grosura y la espaldilla derecha, y del canastillo de los panes sin levadura se tomaba una torta sin levadura, una torta de pan de aceite y una hojaldre. Todo esto tipifica los dos aspectos del Señor Jesús. La *espaldilla* es la parte fuerte y nos muestra el aspecto divino del Señor; la *grosura* es rica y tipifica el aspecto de la gloria de Dios; y el *pan*, el cual viene de la vida vegetal, muestra su humanidad. Él es el hombre perfecto, sin levadura y sin mancha, y está lleno del *aceite* de la unción, del Espíritu Santo; y, como *hojaldre*, su naturaleza, los sentimientos de su corazón y su vista espiritual son finas, delicadas, frágiles y llenas de dulzura y compasión. Todo esto fue puesto en las manos de Aarón, quien lo tomó y lo meció delante de Dios, y después lo quemó junto con el holocausto. Esto es la consagración.

La palabra hebrea traducida *consagración* significa «tener las manos llenas». Las manos de Aarón estaban vacías, pero se llenaron al tomar todas estas cosas. Aarón se llenó del Señor: en esto consiste la consagración.

Entonces, ¿qué es la consagración? Dios escogió a los hijos de Aarón para que le sirvieran como sacerdotes; aún así, Aarón no podía acercarse libremente; primero tenía que presentar una ofrenda por sus pecados para ser aceptado en Cristo. Sus manos (las cuales significan trabajar) tenían que ser llenas de Cristo; así que, él no debía tener más que a Cristo; sólo entonces se

llevaba a cabo la consagración. ¿Qué es la consagración? Pablo nos lo dice en Rom. 12:1.

Necesitamos ver ante el Señor que en esta vida sólo podemos seguir un camino: servir a Dios. Para poder hacerlo, tenemos que presentar todo nuestro ser a él. Desde el momento que lo hagamos, nuestro oído escuchará al Señor, nuestras manos trabajarán para él y nuestros pies correrán por él. Nos hemos consagrado totalmente a él como una ofrenda o un sacrificio; por consiguiente, nuestras dos manos, llenas de Cristo, lo exaltarán y lo expresarán. Cuando hayamos hecho esto, Dios dirá: «Esto es la consagración.»

La consagración significa que hemos tocado el amor de Dios y hemos reconocido su derecho. Debido a esto, podemos acercarnos a Dios para implorarle el privilegio de servirle. Debemos decir: «Oh Dios, soy tuyo; me has comprado. Antes yo estaba debajo de tu mesa esperando comer de las migajas que cayeran, pero desde este momento quiero servirte. Hoy tomo la decisión de servirte. Tú me has aceptado, ¿puedes concederme también una pequeña porción en esta gran tarea de servirte? Ten misericordia de mí y permíteme tomar parte en tu servicio. Al conceder la salvación a muchos, Tú no pasaste de largo ni me rechazaste. Tú me salvaste; dame por lo tanto, una parte entre los muchos que te sirven, no me rechaces.»

Así es como usted se presenta ante el Señor. Cuando usted se presenta a él en esta forma, obtiene la consagración. A esto se refiere Romanos 12 cuando dice que presentemos nuestros cuerpos. En Romanos 6 se menciona

la consagración de los miembros. Esto es semejante a la aspersión de la sangre en las orejas, manos y pies. Romanos 12 menciona la consagración de todo el cuerpo, lo cual significa que ambas manos son llenas de Cristo. Podemos apreciar aquí una perfecta concordancia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

El propósito de la consagración

El objetivo de la consagración no es convertirnos en predicadores de Dios ni en obreros suyos, sino servir a Dios. En el idioma original, la palabra servicio significa «esperar en...». El objetivo de la consagración es esperar en Dios y moverse a hacer lo que él quiere, y cuando así lo dispone.

Todo nuestro tiempo es de Dios, y cada uno de nosotros debe esperarle. La obra de cada uno es flexible y debemos aprender a esperarle. Presentamos nuestros cuerpos para servir a Dios.

En el momento que una persona se consagra, debe comprender que lo más importante es lo que Dios requie-

ra. El trabajo puede variar, pero el tiempo invertido sigue siendo el mismo: toda nuestra vida. Tan luego un doctor en medicina se hace cristiano, la medicina pasa del primer al segundo lugar. Lo mismo sucede con el ingeniero. La exigencia del Señor tiene prioridad: servir al Señor se torna en el mayor servicio. Nosotros, los que servimos a Dios, no podemos esperar ser prósperos en el mundo, pues estas dos cosas son contrarias.

La consagración no es lo mucho que uno da de sí mismo al Señor, sino ser aceptado por Dios y recibir el honor de servirlo. Y el fruto de la consagración es la santidad.

No debemos rogar a otros que se consagren; en lugar de ello, debemos decirles que el camino está abierto para que lo hagan. La consagración no depende de nuestra voluntad, pues proviene de la abundancia de la gracia de Dios. Tener el derecho de servir a Dios es el mayor honor de nuestra vida.

Compendiado de Lecciones básicas sobre aspectos prácticos de la vida cristiana.

j j j

El sermón de la mujer

Un predicador se esforzaba en predicar sus sermones para convencer a un ateo que estaba asistiendo a las reuniones. Poco después el ateo se convirtió y así lo manifestó a la iglesia. El ministro le preguntó, con algo de vanidad: «¿Cuál de mis sermones le quitó sus dudas?». La respuesta del nuevo convertido fue clara: «Oh, no fueron sus sermones los que me decidieron. Lo que me hizo pensar fue una mujer pobre que salía del templo al mismo tiempo que yo, y en los escalones tropezó e iba a caerse cuando extendí mi mano para ayudarla. Me dio las gracias y, mirándome a la cara, me preguntó: 'Señor, ¿ama usted a nuestro bendito Salvador?'. Esta pregunta me hizo reflexionar y ahora puedo decir que amo a Jesucristo».

A. Maclaren.

El espíritu de consagración es el espíritu de oración.

Oración y consagración



E. M. Bounds
(1835-1913)

Cuando estudiamos los múltiples aspectos de la oración, quedamos sorprendidos del número de cosas con las que ella se conecta. No hay fase alguna de la vida humana que ella no afecte, y tiene que ver con todo lo relativo a la salvación humana. Oración y consagración están estrechamente relacionadas. La oración conduce a la consagración, y gobierna la consagración. La oración precede a la consagración, la acompaña, y es un resultado directo de ella.

Mucho de lo que toma el nombre de consagración no corresponde a una consagración auténtica. Mucha consagración del día presente es defectuo-

sa, superficial y espuria, sin valor en relación al oficio y fines de la consagración. Lamentablemente, la consagración popular es deficiente, porque incluye poca o ninguna oración.

Ninguna consagración merece ser considerada si no es el fruto directo de mucha oración, o si falla en traernos a una vida de oración. La oración es primordial en una vida consagrada. La consagración es mucho más que una así llamada 'vida de servicio'. Primero, es una vida de santidad personal. Es lo que trae poder espiritual al corazón y vivifica plenamente al hombre interior. Es una vida que siempre reconoce a Dios, y una vida rendida a la verdadera oración.

La consagración plena es el nivel más alto de vida cristiana. Es la única norma divina de experiencia, de vida y de servicio, y la única cosa a la que el creyente debe aspirar. Nada menos que una total consagración debe satisfacerlo. Nunca estará contento hasta ser completa, absoluta y voluntariamente del Señor. Su oración natural le lleva a este acto.

La consagración es la dedicación voluntaria de uno mismo a Dios, una ofrenda hecha definitivamente y sin ninguna restricción. Es dejar aparte todo lo que nosotros somos, todo lo que tenemos y todo lo que esperamos tener o ser, para poner a Dios en primer lugar. No es tanto el darnos nosotros a la iglesia, o el mero compromiso con algún aspecto de la obra de la iglesia. El Dios omnipotente está a la vista y él es el fin de toda consagración.

Es una separación de uno mismo a Dios, una dedicación de todo lo que soy y tengo, para un uso santo. Algunas cosas pueden ser consagradas a un propósito especial, pero no es esto la consagración en su verdadero sentido. La consagración tiene una naturaleza santa. Está dedicada a fines santos. Es ponerse a sí mismo voluntariamente en las manos de Dios para ser usado sagradamente, santamente, con un propósito de santificación.

La consagración no es tanto el ponerse a sí mismo aparte de las cosas pecaminosas y los malos propósitos, sino más bien separarse de lo mundano, de lo secular, y aun de las cosas legítimas, si ellas entran en conflicto con los planes de Dios, para usos santos. Es la dedicación de todo lo que

Las personas pueden hacer muchas cosas excelentes y loables en la iglesia, y ser extraños absolutos a una vida de consagración.

nosotros tenemos a Dios para su propio uso específico. Es una separación de las cosas cuestionables, o incluso legítimas, cuando se presenta la opción entre las cosas de esta vida y las demandas de Dios.

La consagración que cumple sus demandas y que Dios acepta debe ser total, completa, sin ninguna reserva. No puede ser parcial, así como en los tiempos del Antiguo Testamento un holocausto no podía ser parcial. El animal entero tenía que ser ofrecido en sacrificio. Reservar cualquier parte de él habría invalidado la ofrenda. Así que hacer una consagración a medias, es no hacerla en absoluto, y es fallar totalmente en asegurar la aceptación divina. Involucra nuestro ser entero, todo lo que tengo y todo lo que soy. Todo es definitiva y voluntariamente puesto en las manos de Dios para su uso supremo.

La falsa consagración

Hoy se habla mucho de consagración, y muchos de los llamados gente consagrada no conocen el alfabeto de ella. Mucha de la consagración moderna está muy por debajo de la norma escritural. No hay realmente consagración allí. Así como hay mucha oración sin una realidad en sí misma, hay mucha así llamada corriente de

consagración hoy en la iglesia que no corresponde realmente a lo que dice ser. Muchos pasos de consagración en la iglesia que reciben la alabanza y el aplauso de maestros superficiales y formales, pero que no son reales.

Hay mucha prisa por ir y venir, aquí y allí, mucho alboroto y plumas, mucho empeño en hacer múltiples cosas, y aquellos que se ocupan en tales afanes son llamados hombres y mujeres consagrados. El problema central con toda esta falsa consagración es que no hay oración en ella, ni es en ningún sentido el resultado directo de la oración. Las personas pueden hacer muchas cosas excelentes y loables en la iglesia y ser extraños absolutos a una vida de consagración, así como ellos pueden hacer muchas cosas sin recurrir a la oración.

Aquí está la verdadera prueba de la consagración. Es una vida de oración. A menos que la oración sea preeminente, a menos que la oración sea el frente, la consagración es defectuosa, engañosa, falsamente nombrada. ¿Ora él? Ésa es la prueba. Una pregunta para cada así llamado hombre consagrado. ¿Es él un hombre de oración? Ninguna consagración merece ser tenida en cuenta si está desprovis-

ta de oración. Sí, más –si no es preeminentemente y principalmente una vida de oración.

Dos leyes en perfecta armonía

El espíritu de consagración es el espíritu de oración. La ley de consagración es la ley de oración. Ambas leyes trabajan en perfecta armonía sin el más ligero tropiezo o discordia. La consagración es la expresión práctica de la verdadera oración. Las personas consagradas son conocidas por sus hábitos de oración. La consagración se expresa así en oración. Quien no está interesado en la oración no tiene interés en la consagración.

La oración crea un interés en la consagración, entonces la oración nos trae a un estado del corazón donde la consagración es un objeto de deleite, trayendo alegría de corazón, satisfacción del alma, contentamiento del espíritu. El alma consagrada es el alma más feliz. No hay desavenencia entre él quien está totalmente entregado a Dios y la voluntad de Dios. Hay armonía perfecta entre la voluntad de tal hombre y Dios y su voluntad. Y ambas voluntades están en perfecto acuerdo, esto trae reposo del alma, ausencia de fricción, y la presencia de perfecta paz.

j j j

El recuerdo de Pedro

Refiere una leyenda que el apóstol Pedro le predicaba una vez a una gran multitud. Su mensaje no lograba llegar a lo profundo del corazón de sus oyentes, cuando de repente, oyó el canto de un gallo a la distancia. Hizo una pausa, como si un recuerdo lejano volviera a su mente, y, al momento, reanudó su predicación con más ardor, con más pasión, como nunca antes había predicado.

Cómo consagramos el tiempo, la recreación, los recursos, la familia y los amigos.

La santidad cristiana es algo de significación práctica y de aplicación constante. Está destinada a ser una cosa visible, observable; no, ciertamente, en su esencia y principio, ni totalmente en sus resultados, pues muchos y los más vitales de ellos ocurrirán dentro del mundo del «hombre interior», observados sólo por la conciencia y por el Señor, y, tal vez, por seres espirituales invisibles. Pero, de mil maneras, sin embargo, la santidad cristiana aparecerá clara y visible a los ojos humanos en la página abierta de la vida diaria.

«No yo, mas Cristo» es un hecho

destinado a ser manifiesto. Está proyectado, calculado, para iluminar el camino común del día a día de la persona cuya voluntad así lo permite. ¿No dice usted que su «yo» y todos sus intereses y metas están ahora puestos a los pies del Señor? ¿No dice usted que literal y totalmente ya no se pertenece a sí mismo, sino a él? Entonces, habiendo sido la fuente y el centro de su vida transferido a la voluntad de Otro, habrá una silenciosa y real revolución. Las cosas, en un cierto sentido práctico, parecerán diferentes por causa de ese cambio. La vida vivida para el «yo» y la vida vivida para el Señor, aunque puedan coincidir aquí y allá

Aspectos prácticos de una vida consagrada



Handley C. G. Moule

Por la gracia de Dios, usted puede vivir delante de sus hijos de tal manera que él llegue a ser la meta y el todo para ellos.

en los detalles, no pueden, en su totalidad, parecerse.

Examinémonos, o mejor, aproximémonos como el salmista y digamos: «*Examíname, oh Dios, y guíame por el camino eterno*» (Sal. 139:23-24). Él puede tanto examinarnos como guiarnos. Él puede mostrarnos el error, el desvío, la inconsistencia, y él puede «producir en nosotros el querer», el abandonar a cualquier precio, sea lo que fuere que en nuestra práctica niegue realmente la suprema confesión de que somos de él.

El tiempo

¿Qué me dice usted, entonces, de su tiempo? ¿Usted ha cantado de corazón: «Toma mis momentos y mis días»? ¿Usted está observando esta oración? ¿Usted realmente ocupa las horas, las horas que vuelan, en los asuntos del Señor, y no sólo en su propio deleite, con una finalidad aparte de él? Él puede, sin duda, hacer que los negocios de él y aquello que es del agrado suyo coincidan. Pero puede no hacerlo, y muy frecuentemente hará que no coincidan; y él tiene el derecho, el pleno derecho, de no hacerlos coincidir nunca. ¿Está usted esperando y aguardando Sus órdenes con respecto a qué hacer con este gran Talento del Tiempo, siempre disminuyen-

do en cuanto a cantidad y siempre creciendo en resultados y responsabilidad indestructible?

La recreación

¿Y con relación a su recreación? ¿Es su voluntad soberana simplemente, y sin vacilación, la ley para usted? Aquí se encuentran problemas delicados, yo sé. Cuerpos y mentes, agotados y exhaustos en este nuestro estado de humillación, frecuentemente necesitan de recreación. Y recuerde: el Señor puede compartir esa necesidad. Él no se olvidó de descansar junto al pozo de Sicar, en el cabezal de una barca, o en medio de una familia en Betania. ¿Pero usted le ha consultado respecto de todo esto, lealmente y en su calidad de esclavo suyo? ¿Está dispuesto a cederle, con una sonrisa de entero consentimiento, su ocupación terrena más querida, si él se la pide?

Puede que el no le pida que renuncie completamente a ella. Si por acaso consiste en el uso de dádivas especiales de él para usted, muy probablemente no le pedirá una renuncia completa, aunque puede hacerlo. Pero si dice: «Puede conservar o hacer eso», él pondrá una nueva impresión, una nueva marca, sobre esas cosas en particular.

De una forma u otra, ellas serán «marcadas con la cruz». Literatura, música, otras formas de arte, capacidad de hablar, conversación fascinante, riqueza de afectos, riqueza de conocimiento, fuerza y destreza de manos y de constitución física, serán definitivamente y (más temprano o más tarde) visiblemente transformadas en «vasos para uso del Maestro». En estos asuntos, o en algunos de ellos, us-

ted y yo un día presentamos «nuestros miembros al pecado como instrumentos» para placeres injustos (Rom. 6:13). Ahora nosotros los presentamos en estas mismas cosas, de la misma forma, «a Dios». Con relación a los detalles, busque la voluntad de Dios sobriamente, pero sin reservas, con los ojos abiertos a la Biblia y a su campo de trabajo, y él «te pastoreará siempre» (Is. 58:11).

Los recursos

¿Y con respecto a sus recursos? Tiene que reconocer, sea que reciba cinco mil por año, o cincuenta mil, o sea que usted lamentablemente gane un pequeño salario semanal, que todo le pertenece a Él, según el principio divino de la esclavitud. Su contabilidad debe ser expuesta a Su inspección. Sus gastos ocasionales necesitan ser hechos como si estuviese en Su presencia. Usted necesita ser al mismo tiempo económico y generoso, porque es la persona de Su confianza y Su agente. Usted mismo debe ser un 'mentís' a la censura contra la Iglesia de Cristo de que alguien puede convertirse y aun así dejar su bolsillo sin convertir.

¿Él le ha dado a usted no sólo dinero, sino riquezas de otro tipo, riquezas de tiempo libre, jardines y campos, y las agradables dependencias de una bella casa? ¿Se puede decir que el uso que usted hace de todo eso es precisamente el mismo que el que hace su vecino rico, que honestamente admite buscar su propio placer y hacer de esta vida su meta? ¡Ah! ¿No es eso lo que sucede frecuentemente? Pero, ¿debe eso suceder ahora, cuando us-

ted tan profundamente se ve como esclavo de Jesucristo, a quien fueron confiados Sus bienes? No, usted descubrirá maravillosas maneras de utilizarlos para su amado Maestro.

La familia

¿Y con referencia a su familia? ¿Usted también reconoce que ellos pertenecen a su Maestro? Por la ley hebrea de la esclavitud ellos le pertenecerían; y ellos Le pertenecen por la ley de Cristo. ¿Su primera preocupación, su primera oración y esfuerzo en relación a sus hijos es que ellos vivan para Dios y puedan ser de utilidad para él? Verdaderamente, usted no puede abusar de su autoridad, forzando la voluntad de ellos, ni concederles gracia. Pero usted puede presentarlos sin reservas y diariamente a Aquel que tiene ese poder. Y, por la gracia de Dios, usted puede vivir delante de sus hijos de tal manera que él llegue a ser la meta y el todo para ellos. Puede también dirigir de tal forma su educación para que su primera preocupación sea el establecimiento de su fe y su preparación para el servicio de Dios. ¿Es realmente esa su escuela para sus hijos? ¿Preferiría usted mucho más verlos pobres y sin recibir una educación completa, pero conociendo y sirviendo a Cristo, que verlos admirablemente colocados, espléndidamente educados, y perfectamente respetados, sin decidirse, sin embargo, por él?

Los amigos

¿Y qué decir de sus amigos? Pocas preguntas involucran mayor dificultad en la respuesta cuando alguien intenta 'a priori' entrar en detalles.

Pero, entonces, en un sentido verdadero, usted no necesita hacerlo. Dé el paso inicial de entero reconocimiento de la posesión del Señor sobre usted, en cualquier lugar y en cualquier cosa, y los caminos tortuosos se enderezarán más y más. ¿Usted está haciendo esto? ¿Reconoce perfectamente que sus amistades son cosas a ser formadas y mantenidas bajo la mirada de su Maestro, y por su esclavo que es también su amigo? ¿Usted desea realmente consultar a su Amigo más cercano todos los problemas? La simplicidad de la voluntad en este asunto resolverá gran parte de la complejidad de las circunstancias. Usted seguramente verá, con un tacto santo, cómo y cuándo estar «en el mundo», en un sentido social, a pesar de «no ser de él», y cómo y cuándo con calma y decisión apartarse, retirarse, rehusar; cómo estar en silencio, cómo hablar, cómo siempre dar testimonio de su Señor en el tono y en el humor de la conversación común.

Nuestra posición, nuestro secreto,

como Sus esclavos, Sus herramientas, Sus amigos, Sus miembros, debemos extenderlo a todas las cosas, en los detalles de todo lo que es moderno en nuestro mundo, como también en las horas en que nos recogemos al gran pasado y al futuro eterno. «Para el Señor» – éste debe y precisa ser nuestro lema. Él gobernará la práctica de nuestro vestir, en nuestra mesa, en los libros que leemos, en las vacaciones que tomamos, en los móviles con que compramos. Y, ¡oh! ¡cómo él gobernará los pensamientos que pensamos, el temperamento que manifestamos, las palabras que hablamos!

Esa práctica se introducirá en la textura de nuestra vida. Lo espiritual, por una santa ley, invadirá más y más la vida práctica. Para nosotros, «el vivir será Cristo». Él se tornará para nosotros en todas las experiencias del ser y del hacer humanos, la *santificación*. (Fil. 1:21; 1 Co. 1:30).

*Del libro «Thoughts on Christian Sanctity»
Trad. del portugués de «À Maturidade».*

j j j

Un telegrama de los cielos

Un comerciante cristiano estaba contribuyendo para una obra cristiana. Él llenó alegremente un cheque de 250 dólares y lo dio al obrero cristiano que lo visitaba. En aquel preciso momento, le entregaron un telegrama. El comerciante leyó el mensaje y pareció quedar preocupado. «Este telegrama», le dijo al obrero, «me dice que uno de mis navíos naufragó y la carga se perdió. Esto hace una diferencia en mis negocios. Tengo que hacer otro cheque para usted». El visitante entendió y le devolvió el cheque de 250 dólares. El comerciante preparó entonces un nuevo cheque y se lo dio. Al leerlo, éste quedó perplejo. Era de mil dólares. «¿No cometió usted un error?», preguntó el visitante. «No», dijo el comerciante, «yo no cometí un error». Entonces, con los ojos llenos de lágrimas, agregó: «Aquel telegrama fue un mensaje de mi Padre celestial. En él decía: No os hagáis tesoros en la tierra».

«À Maturidade»

EL CIERVO MATUTINO

El título del Salmo 22 es «Ajelet Sahar»: el ciervo matutino. Todo el Salmo se refiere a Cristo, y contiene muchas cosas que no pueden ser aplicadas a otro: el partimiento de sus vestidos, el echar suertes sobre ellos, etc.

Cristo es descrito como un ciervo hermoso, tierno, manso, asustado por los cazadores en el alba del día. Herodes empezó cazándole tan pronto como apareció. La pobreza, el aborrecimiento de los hombres y la tentación de Satanás se añadieron al acoso. Siempre hubo algún «perro» o «toro» o «león» dispuesto a atacarle. Después de su primer sermón, los cazadores se juntaron a su alrededor, pero él fue más ligero y escapó.

Cristo halló el Calvario, que era una colina peñascosa, rasgada y terrible, «una montaña de división». De ahí fue acosado por los cazadores hacia el borde de los espantosos precipicios de inminente destrucción, en tanto que le rodeaban y le azuzaban las bestias de presa y los monstruos de la selva infernal. Los «toros de Basán» le hirieron con sus cuernos; el gran «león» rugió, y el «perro» hincó sobre él sus dientes.

Pero él se libró de ellos. A su tiempo inclinó la cabeza y entregó su espíritu. Fue enterrado en una tumba y sus atacantes consideraron que su victoria era completa. Pero no habían considerado que era un «ciervo matutino». Sin duda alguna, a su debido tiempo escapó de la red del cazador y puso sus plantas sobre los montes de Israel, vivo, para no morir más.

Ahora está con María Magdalena en el jardín, dando evidencia de su propia resurrección; en un momento se halla camino a Emaús, animando a los discípulos, desconcertados y tímidos. No le cuesta nada ir desde allí a Galilea, a sus amigos, y de nuevo al monte de los Olivos, «a los montes de las especias», llevando consigo el alba matutina, vestida de vida y hermosura para siempre.



Christmas Evans
(1766-1838)

G. Campbell Morgan demostró que Dios puede levantar a un gran maestro de la Biblia de un hombre sin un entrenamiento teológico formal.



El hombre de la Palabra

El inicio del siglo XIX produjo una gran riqueza de maestros de la Biblia que significó un nuevo giro en la recuperación del testimonio del Señor en la tierra. Entre ellos debe mencionarse a John Nelson Darby, William Kelly, George Muller, D. L. Moody, Hudson Taylor, Andrew Murray, y A. B. Simpson. Luego, en el siglo XX, se agregaron otros tan notables como aquéllos: D. M. Pantón, Jessie Penn Lewis, G. H. Lang, Evan Roberts, A. W. Tozer, Cyrus Scofield, T. Austin Sparks y Watchman Nee, que trajeron la obra del Señor a un nivel más alto. Es en este contexto que George Campbell Morgan tiene su lugar en la historia de la iglesia.

Semblanza

George Campbell Morgan nació el 9 de diciembre de 1863, en una granja de Tetbury, Gloucestershire, Inglaterra. Fue hijo de un piadoso ministro bautista de tradición puritana. Su casa trasuntaba verdadera piedad.

Morgan fue un niño enfermizo, incapaz de asistir a la escuela, por lo que tuvo que ser enseñado en casa. El resultado fue una sólida inclinación por el estudio que llevó durante toda su vida. Recluido en casa por largos períodos, solía entretenerse predicando a las muñecas de sus hermanas.

Cuando Morgan tenía 10 años de edad, el evangelista norteamericano D.

L. Moody fue por primera vez a Inglaterra, y el efecto de su ministerio, más la dedicación de sus padres, dejó tal impresión en la vida del joven Morgan, que a los 13 años predicó su primer sermón. Dos años después, él ya predicaba regularmente en capillas rurales los domingos y festivos.

Sin embargo, a los 19 años, su mente se entrampó en las teorías del materialismo. Estudió filosofía, y mientras más leía, más preocupado se tornaba. Dejó su Biblia cerrada durante dos años en lo que él llamó el «eclipse» de su fe. Cuando llegó a los 21 años, estaba lleno de dudas. Entonces guardó con llave sus libros filosóficos en un armario, se compró una nueva Biblia y la leyó de principio a fin. Recordando esos años caóticos, Morgan escribió después: «La única esperanza para mí fue la Biblia... Dejé de leer libros sobre la Biblia y empecé a leer la Biblia misma. Allí vi la luz y fui devuelto al camino». Durante los siete años siguientes, él leyó sólo la Biblia, en total, más de 50 veces.

Entre 1883 y 1886, él enseñó en una escuela judía en Birmingham, de cuyo director, un rabino, aprendió a valorar la herencia de Israel.

Morgan trabajó con D. L. Moody y Sankey en su recorrido evangelístico por Gran Bretaña en 1883. En 1886, a los 23 años, dejó su profesión de maestro, y se consagró a tiempo completo al ministerio de la Palabra. Pronto su reputación como predicador y expositor de la Biblia abarcó Inglaterra y se extendió a los Estados Unidos. Fue ordenado como ministro congregacional en 1890, habiendo sido rechazado dos años antes por el Ejército de

Salvación y por los metodistas wesleyanos, en su sermón de prueba. ¡Esta parece ser la suerte de muchos hombres de Dios, ser reprobados por los hombres, para ser vindicados después por Dios mismo!

En 1896, D. L. Moody lo invitó a dar una conferencia a los estudiantes del Instituto Bíblico Moody, en Estados Unidos. Ésta fue la primera de sus 54 travesías por el Atlántico para ministrar la Palabra. Tras la muerte de Moody en 1899, Morgan asumió el cargo de director de la Conferencia Bíblica de Northfield, que aquél había dirigido por muchos años. Los miles de convertidos por el ministerio de Moody necesitaban un maestro de la Biblia para fortalecer y profundizar su fe. Campbell Morgan llegó a ser ese maestro.

El método de Morgan era orar, a menudo brevemente, y luego estudiar la Escritura misma –tomándola en su pleno contexto– antes de iniciar los comentarios. Él nunca usó la pluma para hacer ninguna anotación sobre alguno de los libros de la Biblia antes de leerlo por lo menos 50 veces. Esto daba a su trabajo una extraordinaria frescura e inspiración. Él rara vez citaba a otros maestros de la Biblia, ni dependía de la luz que otros recibieron. Sus exposiciones bíblicas aun hoy resultan tan motivadoras e inspiradoras, que uno no puede sino maravillarse de la luz que Morgan recibió de la Palabra.

En 1904, Campbell Morgan asumió la dirección de la congregación de la famosa Capilla de Westminster, conocida como «el bastión del no-conformismo» en Londres. La congre-

ción estaba de capa caída por ese tiempo, y añoraba los viejos y dorados tiempos de Samuel Martin, quien la había pastoreado entre los años 1842 y 1878. El profundo conocimiento bíblico, y la presencia imponente de Campbell Morgan, además de su correctísima dicción, le hicieron muy pronto conocido. La Capilla de Westminster revivió. Pronto instituyó una escuela bíblica nocturna los viernes, que más tarde llegó a ser la Escuela de Teología de la Capilla de Westminster.

Poco después, Morgan estableció la Conferencia Bíblica Mundesley, una versión inglesa de la Northfield de Moody, que reunía anualmente a eminentes ministros y obreros cristianos de varias corrientes denominacionales y países. Mundesley llegó a ser una parte vital de la Capilla de Westminster.

Tras un largo pastorado, se retiró en 1916, debido a una debilitadora enfermedad, convirtiéndose luego en un predicador itinerante. En 1919 y 1932 realizó amplias giras evangelísticas y de predicación en Estados Unidos. Muchos miles de personas le oyeron predicar en casi cada estado y en Canadá. Durante un año (1927-1928) sirvió en la facultad del Instituto Bíblico de Los Angeles, y durante un año (1930-1931) fue un expositor de la Biblia en la Universidad de Gordon de Teología y Misiones en Boston. Entre 1929 y 1932 fue pastor de la Iglesia del Tabernáculo Presbiteriano en Filadelfia, Pennsylvania.

El atractivo de Morgan era asombroso. A menudo cuando él hablaba, las muchedumbres eran tan grandes

que era necesario el control policial.

F. B. Meyer cuenta que cierta vez él compartió el púlpito con Campbell Morgan en la Conferencia de Northfield, y que la gente llegaba en tropel a escuchar las brillantes exposiciones de éste sobre las Escrituras. Meyer confesaría después que al principio tuvo envidia, pero luego encontró un maravilloso remedio: «La única manera por la cual yo pude conquistar mis emociones fue orando por Morgan cada día».

Más tarde, en 1933, Morgan habría de reasumir el pastorado de Westminster hasta el año 1943. Su vida terrenal de testimonio y servicio concluyó en mayo de 1945.

Un rico legado para la Iglesia

Campbell Morgan fue, durante toda su vida, fiel a su vocación: «Sólo hay una cosa que quiero hacer y no puedo evitarlo: predicar», solía decir. Expositivo en sus sermones, siempre se ciñó al texto bíblico y a él apeló en primera y última instancia.

Fue, además, un prolífico pero profundo de libros, folletos, tratados y artículos. Entre sus libros publicados en inglés se destacan: «Las Parábolas del Reino», los once volúmenes del «Púlpito de Westminster», «La Biblia analizada», en diez volúmenes, y «Una Exposición Completa de la Biblia».

En español se han publicado: «Principios básicos de la vida cristiana», «Profetas menores», «El discipulado cristiano», «Las enseñanzas de Cristo», «El Espíritu de Dios», «Evangelismo»; «El ministerio de la predicación», «Pedro y la Iglesia», «La

perfecta voluntad de Dios», «El plan de Dios para las edades», «Principios básicos de la vida cristiana», «Los triunfos de la fe», y «El último mensaje de Dios al hombre», por la editorial CLIE, de España; y «Las cartas de nuestro Señor», «Jesús responde a Job», «El corazón de Dios: Oseas», «Grandes capítulos de la Biblia» (dos volúmenes), «¡Me han defraudado!: Malaquías», «Las Crisis de Cristo» (dos volúmenes), por la Editorial Hebrón, de Argentina.

Aunque no pueda atribuirse a G. Campbell Morgan la apertura de grandes verdades bíblicas, como hicieron otros grandes siervos de Dios, él expuso la Biblia con luz fresca y con una expresión muy peculiar.

Gracias a su inspiradora y vigorosa predicación, Morgan atrajo a miles a amar la Biblia a través de sus mensajes, y sus libros de reflexiones bíblicas son populares entre los buscadores del Señor aún en nuestros días. Los escritos de Campbell Morgan tienen una profunda visión, son únicos e incomparables en expresividad. El Señor Jesús le dio una revelación especial para traer al pueblo de Dios a la comunión con Él, siendo nutrido e iluminado a través de un conocimiento espiritual de la Biblia.

¡Que Dios levante, en el tiempo que resta, muchos Morgan, para que la Iglesia sea purificada «*en el lavamiento del agua por la Palabra*» (Efesios 5:26)!



El amor incondicional de Dios

Doy gracias a Dios porque el amor de Jesucristo fue por mí, viéndome como era, un pecador. Mi novia me amaba en mi mejor presentación. Cuando iba a verla, vestía mis mejores ropas y exhibía mi mejor disposición. Nunca me enojé mientras la cortejaba. Nunca di expresión al amor pecaminoso. Aparecía ante ella lo mejor que yo era y en esas condiciones me amó. Pero doy gracias a Dios de que Jesucristo me amó en mi peor condición. Él me vio sin ningún disfraz, sin ningún afeite y sin ningún encubrimiento. Él ve las almas de los hombres en su peor estado, y a despecho de nuestros pecados, su amor va hasta las profundidades de la corrupción, halla nuestras almas y nos ama.

L. R. Scarborough, en Sermones selectos

Al encontrarte con grupo tras grupo de los que no conocen nada de Aquel que es el Camino, ves la mirada anhelante, hambrienta, especialmente en los rostros de los mayores, a medida que escuchan la historia de Jesús y su amor, y no puedes sino sentir que tú, como individuo, has dejado de existir. Estás siendo llevada adelante por lo que al mundo le parece una obsesión, pero a nosotros nos parece más bien que somos llevados, casi contra nuestra voluntad, por la gran ola del deseo de Dios de buscar y salvar lo que se había perdido.

Sofía Muller, misionera norteamericana en las tribus de Sudamérica, en Más allá de la civilización

¿Cómo evitar que se pierda el sentido de gloria en el ejercicio de la predicación?

El ejercicio del ministerio de la Palabra



G. Campbell Morgan

El día en que el hombre se halla en el umbral de su obra real en el ministerio de la Palabra, listo, «ceñidos los lomos» en la expresión bíblica, es un día lleno de maravillas místicas. Por su mente pasan luces y sombras extrañas de gozo y de temor, de esperanza y casi de desespero. Las oportunidades en el servicio se ven como tan vastas, tan llenas de solemnidad, que se apodera de él un sentimiento de incapacidad y de indignidad propia. Siente en su alma lo que el apóstol sentía cuando preguntó: «Para estas cosas ¿quién es suficiente?». Sin em-

bargo, es consciente una vez más del hecho de que su llamado es de Dios, y que los recursos divinos están siempre a disposición de aquellos que son llamados al servicio divino; y así, junto al sentido de dependencia hay un sentimiento de confianza. Estas emociones aparentemente conflictivas llenan su alma de un gran temor y reverencia.

Quizá el desastre más común en la vida de servicio es el de perder este mismo sentido de temor reverente. La gloria pasa, la luz se nubla, el asombro cesa, la obra se vuelve rutina y el predicar una molestia. ¿Cómo es po-

sible evitar que esto ocurra y que la primera gloria se mantenga resplandeciente? Esta es realmente una pregunta importante, que exige consideración seria.

Me propongo tratar de ella en cuanto me sea posible, estrictamente desde el lado positivo. Hay cuatro asuntos que me parecen de capital importancia en el ejercicio de la vocación del ministerio de la Palabra. Son, primero, el cultivo de la oración en la vida espiritual; segundo, el estudio persistente de la Palabra; tercero, la práctica de la predicación intencional, y finalmente el pastoreo paciente del rebaño.

El cultivo de la vida espiritual

El punto de primera importancia es el del cultivo de la vida espiritual, o, para ponerlo de otra manera, el mantener la vida en el Espíritu. El ministro de la Palabra tiene que recordar que éste es un acto o misión que se refiere a cosas espirituales. Esto no significa que ha de separar la verdad del ser, de las cosas mentales y materiales, como si fueran abstracciones en algún sentido y no tuvieran relación viva con estos asuntos. Pero es de absoluta necesidad, a fin de ejercer su verdadera función, que recuerde que no es llamado y equipado con el don celestial para tratar de lo mental y material aparte de lo espiritual. Su negocio está en el reino del pensamiento, para aplicarlo a la luz de la sabiduría eterna; y su responsabilidad en el reino de la acción es buscar el modo de inspirarla con principios y pasión espiritual. La obra del predicador cristiano es la de aplicar a las palabras,

opiniones y enseñanzas humanas la guía y luz de la Palabra del Dios vivo. La obra del predicador cristiano es la de relacionar toda acción humana, en cualquier reino, al propósito y empresa divina, a fin de que pueda ser verdadera, fuerte y duradera.

Se sigue que un hombre llamado a ser el instrumento de tal servicio debe vivir, él mismo, en la atmósfera espiritual. Esto significa que debe practicar la presencia de Dios. Esto es mucho más que aceptar la teoría de la immanencia divina. Es un relacionar de modo persistente y perpetuo todo pensamiento y acción personal a esta presencia. Esto requiere, ante todo, el ejercicio de las facultades espirituales.

Hay que inquirir de Dios cuál es su camino y su voluntad, con respecto a todo, lo grande y lo pequeño; lo pequeño con la misma fervorosa sinceridad que lo grande. La prisa que no puede esperar en el Señor ha de ser desechada. Si no queda tiempo para buscar al Señor, no hay tiempo para hacer nada más. Los actos que empiezan sin haber descubierto la voluntad divina, son muertos, y el obrar así es mortal. Todo esto, a su vez, implica la necesidad de responder a las exigencias que resultan de estas preguntas y este esperar. Tiene que haber el ceder, que es la renovación de la mente; el consentimiento del corazón, que es la dedicación del afecto; la obediencia implícita, que es el renunciar de la voluntad. Esta vida, vivida activamente en el mundo espiritual debe ser resuelta y continua. Nadie puede cumplir su ministerio en las cosas espirituales a menos que él mismo viva en correcta relación con las cosas espiri-

tuales. Cuando la Palabra deja de ser luz, fuego, gozo para el hombre en su propia vida, escudriñándole, activándole, corroborándole, su predicación se vuelve rutina y molestia para su propia alma, y es totalmente inefectiva en las vidas de otros.

El estudio persistente de la Palabra

El segundo punto de importancia es el estudio persistente de la Palabra por parte del ministro. Esto parece tan evidente que no hay necesidad de hacer hincapié en ello, pero me temo que éste es un punto en el que muchos han fallado tristemente. En los años de preparación esto se ha hecho por la necesidad inevitable, y todo lo que se ha hecho es de inmenso valor. Realmente, el verdadero valor de la obra académica de estos años empezará ahora a ser conocido. No obstante, todo esto ha sido sólo preparatorio. Con esto no quiero decir preparatorio para predicar meramente, aunque esto es verdad. Quiero decir preparatorio para el estudio particular de la Palabra que hay que emprender cuando se empieza la obra definida del ministerio. El ministro debe ahora dirigirse a la Palabra como acompañamiento de su obra, y ha de hacer su obra en compañía de la Palabra. Esto es decir que ahora no va a la Biblia para descubrir su enseñanza en el sentido abstracto meramente.

Toda predicación tiene un objetivo: la captura de la ciudadela del alma del hombre, la voluntad.

Va a ella agobiado por las cargas, los problemas, sí, las agonías de los hombres; a fin de hallar la luz sobre estas cosas, de modo que su ministerio pueda ser un servicio de dirección, de curación, de ayuda. El sentarse en feliz apartamiento, separado de los hombres y los asuntos, a fin de conocer las Escrituras es una cosa placentera y que produce deleite. Pero el buscar la soledad es otra cosa cuando uno lleva consigo los pecados y aflicciones de las almas, a fin de hallar la salvación y consolación divinas. Dichoso es el hombre que ha tenido una sólida preparación en el primer método. Esto será para él de inestimable valor ahora. Pero no puede depender totalmente de ello. Tiene que volver a un estudio diligente y devoto aún más intenso. Usando nuestra gran frase «la Palabra de Dios», como referida a las Escrituras, declaro que sus tonos más profundos no se oyen nunca, ni tampoco se conocen maravillosas revelaciones hasta que la necesidad humana apela a ella. El ministerio de la Palabra debe hacer esta llamada a favor de otros, aquellos a quienes es llamado a servir en el ministerio.

¿Quién que haya estado en la obra durante años no conoce las agonías y el triunfo de esta experiencia? Es algo tremendo y glorioso el ser portador del pecado, la vergüenza, los sufrimientos de las almas humanas; el llevar estas cosas a la luz de la revelación divina; el escuchar su mensaje de poder, de esperanza, de consuelo; y luego ministrar a aquellos que están en necesidad. El hombre que no continúa de esta forma estudiando la Palabra va a fallar en el ejercicio de su ministe-

rio, por más talento que pueda tener en otros sentidos.

Aquí hay, pues, un peligro con el que se enfrenta el hombre que deja sus estudios formales y empieza su obra. Tenemos tendencia a pensar que en los días de preparación ya hemos hecho la obra, y que conocemos la Biblia. Somos tentados a volver a las opiniones humanas, a enamorarnos de lo que llamamos «pensamiento actual», algo ilusorio, efímero, anémico. Vigilemos caer en la tentación desde el comienzo y continuamente. En el relativamente pequeño espacio de nuestras Biblias hallaremos todo lo que el alma humana necesita. Aunque podemos recibir mucha ayuda de otra literatura como ilustraciones e interpretación, no olvidemos nunca que todos los otros escritos, en comparación con la Biblia «son sólo luces fragmentadas junto a ti». Por tanto, estudiemos diligentemente la Palabra.

La práctica de la predicación intencional

El tercer punto de importancia es el de la predicación intencional. Toda predicación —sea apostólica, profética, evangelística o pastoral— tiene un objetivo: la captura de la ciudadela del alma del hombre, la voluntad. El intelecto y las emociones son las avenidas para llegar a ella, y hay que usar las dos. Tenemos que recordar siempre que nunca realizamos el verdadero objeto de la predicación hasta que llegamos a la voluntad y la constreñimos hacia las decisiones que están en armonía con la verdad que proclamamos. Digo «constreñimos» hacia estas decisiones, en vez de «obligamos»

a ellas, porque esto último no lo podemos hacer nunca. Lo primero sí podemos, y es nuestro deber hacerlo, pero como un medio hacia un fin, no como un fin. La última palabra del predicador ha de ser de este tipo: «*Si conocéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis*». Es a fin de que se pueda hacer la voluntad de Dios que hay que darla a conocer. El tocar e impulsar las emociones está bien del todo, pero ha de ser también un medio hacia un fin, más bien que un fin. La última palabra del predicador en este sentido ha de ser siempre la del Señor: «*Si me amáis, guardad mis mandamientos*». El hombre que instruido en las cosas de Dios e inspirado por el amor de Dios, puede asaltar la ciudadela de la voluntad humana, por las avenidas de la inteligencia y la emoción, y capturarla para su Señor y constreñir a la obediencia a su Palabra, este hombre es bienaventurado.

El ministro de la Palabra tiene dos preguntas que ha de irse haciendo constantemente con respecto a su predicación: primero, ¿a qué necesidad me dirijo? Segundo, ¿cuál es el mensaje que he de entregar? La respuesta a la primera la conocemos en lo fundamental y esencial. Este ministro habla siempre a las cosas más profundas en la vida humana, las cosas del espíritu, las cosas que son de importancia permanente, y que tocan e influyen finalmente todas las cosas secundarias. Pero estas cosas tienen casi una variedad infinita de expresión incidental; y el hombre que quiere predicar la Palabra con poder a sus prójimos tiene que vivir entre ellos; tiene que conocer el espíritu humano tan bien como

la Palabra de Dios. Su obligación es conocer a aquellos a quienes se dirige.

Sabiendo esto ha de buscar su mensaje. Aquí, de nuevo, en general, nunca está sin datos. Aquello por lo que el hombre vive, en el sentido profundo de su vida, es la Palabra de Dios. Pero esta aplicación incidental tiene que ser tan variada como es la expresión incidental, y el que quiere predicar la Palabra con poder tiene que vivir con la Palabra, tiene que conocer la Palabra de Dios como el espíritu humano. Su obligación es conocer el remedio para la necesidad a que se dirige.

Aparte de estas dos, no hay preguntas realmente importantes. El predicador no ha de preguntar si van a escucharle, o si van a aceptarle; aunque la pasión de su alma ha de ser el persuadirlos a obedecer. Nunca vacilará antes de entregar el mensaje pensando en si será recibido con agrado o más bien perturbará. Ninguna de estas cosas es imperiosa, y esto debe recordarlo el predicador. Para algunos siempre hay la tentación de pensar que lo desagradable es lo verdadero y lo poderoso. Otros se sienten tentados a imaginarse que lo sosegado y apacible es lo único de valor. Las dos ideas son igualmente falsas. La Palabra de Dios a veces va a sacudir hasta los cimientos y perturbar el espíritu hasta las entrañas; en tanto que a otros les llegará como paz y sosiego, cambiando toda su tempestad en calma. Los efectos pasajeros de la Palabra no cuentan. La victoria final se halla en la santificación del hombre o de la mujer a la voluntad de Dios.

El predicador, por tanto, siempre tiene dos deberes supremos al predicar, más allá de la proclamación del mensaje: la aplicación y la apelación. La Palabra declarada ha de ser aplicada a la necesidad tal como es conocida. Esto debe ser hecho con conocimiento y discreción, pero tiene que ser hecho, o la predicación va a fallar en realizar su intención y propósitos más altos. Además, ha de apelar a la voluntad, llamándola para que se rinda en el nombre del Señor. Esta apelación ha de ser hecha con convicción así como con pasión. La pasión caracterizada por lo irreal no sirve; es peor que la convicción sin pasión. El fuego pintado no quema. Pero la convicción sin pasión con frecuencia no alcanza su objetivo. El fuego que no se enciende no arde nunca.

El pastoreo paciente del rebaño

La materia final en el ejercicio de la vocación es el pastorear paciente a aquellos que han sido congregados en el rebaño como resultado de la predicación. Ha de haber un permanente alimentar el rebaño por medio de la predicación sistemática de la Palabra. La obra del pastor a este respecto no se hace de modo completo predicando de textos aislados. Ni qué decirse tiene que no se hace en modo alguno predicando sobre tópicos, a menos que sean tratados a la luz de la Palabra. La tarea del pastor y maestro es guiar al pueblo bajo su cuidado y en el estudio inteligente de las Sagradas Escrituras. Cada iglesia debería ser una escuela bíblica, y su ministro debería supervisar toda la enseñanza bíblica, desde el departamento elemen-

tal de la escuela dominical, hasta los miembros más antiguos de la iglesia. Tiene que delegar a otros gran parte del trabajo de detalle, pero no debe haber nada fuera de su conocimiento y dirección. Su deber es alimentar a los corderos y a las ovejas.

La Palabra crecerá en fuerza y hermosura

Para realizar este ideal del ejercicio de la vocación del Ministerio de la Palabra, el ministro no va a ahorrar tiempo alguno. Sin embargo, su trabajo requerirá intervalos de recreo, en los cuales escapará enteramente del trabajo particular de su sagrado oficio, y se dedicará a la recuperación física. Estos intervalos deben ser marcados como sagrados, y no debe ha-

ber presión del trabajo que interfiera con ellos. El decir esto es tener que añadir: «Señor, ten misericordia de nosotros, ofensores miserables, e inclina nuestros corazones a guardar tu ley aun en este ejercicio físico».

Pero este concepto como la meta del esfuerzo va a preservar al ministro de todo sentimiento de decaer su interés. Casi le será una carga que sus oportunidades sean tan vastas, nunca que sean demasiado limitadas. A medida que pasen los años, la Palabra a la cual se entrega para poder entregarla a otros, va a crecer en fuerza y hermosura, y el gozo de proclamarla será su fuerza así como su deber.

*Extractado de
El Ministerio de la Predicación*



Amor consagrado

Una mujer tenía una amiga de infancia a quien no veía hacía 18 años. Un día caminaba por una calle de Nueva York, y en una ventana de un segundo piso vio el rostro de su amiga. Su cabello se veía prematuramente gris. Corrió a la puerta de la casa y pidió a la sirvienta que la llevara ante ella. La sirvienta le dijo: «No está en casa». «Sí está, le dijo la mujer, la acabo de ver en la ventana». La mujer dejó a la sirvienta en la puerta y corrió escaleras arriba. Al verse, las amigas cayeron en brazos la una de la otra. «¿Qué has hecho durante todos estos años?», le preguntó la visitante. «Ven a la otra pieza y te lo mostraré», le respondió la amiga. En un salón magníficamente decorado estaba sentado un niño con deficiencia mental, de 17 años. La madre dijo: «Mi deber está aquí, con mi querido hijo». La mujer le dice, en un momento de falta de tacto: «Pero ¿cómo puedes soportar esto? No me sorprende verte prematuramente canosa». «Yo sabía que no ibas a entender mi amor por mi dulce niño», dijo molesta la amiga. «No es una carga ni una molestia el vivir para servir a mi hijo; y si algún día, él diera solamente una señal de que me reconoce como su madre, me sentiré pagada por los años de amor que le he consagrado».

Muchas veces nosotros somos como ese niño, a quien Dios espera por alguna muestra de reconocimiento y gratitud. Entre tanto, él nos ama con un amor aun más puro que el de una madre.

R. A. Torrey, en Sermones selectos

DOS NIÑOS



En los primeros dos capítulos del evangelio de Lucas se narran las sobrenaturales circunstancias en que nacieron dos niños.

Para quienes les conocieron en su pequeñez eran aparentemente sólo dos niños; sin embargo, detrás de ellos estaba la expectación de miles de años, la atención de innumerables profecías antiguas, y, aún más, la realización en el mundo del propósito eterno de Dios.

Ellos eran parientes en cuanto a la carne, sin embargo eran muy diferentes en dignidad. Uno era un niño escogido; el otro era un Niño especial. Sin embargo, en su nacimiento, el niño escogido estuvo rodeado de mayor honra humana que el Niño especial. El inferior nació con mayor dignidad que el mayor.

La madre del que era Mayor –tan joven– no tenía el rango de la anciana madre del menor. (Ésta era descendiente de Aarón, la familia de los sacerdotes). Su padre según la carne era un rústico carpintero, no un respetado sacerdote que podía ministrar en el templo. Su ciudad no era la metrópoli –Jerusalén–, sino una aldea oscura de Galilea.

Fue la joven madre, luego que hubo concebido, quien corrió a encontrarse con la anciana en aquella ciudad de la montaña. La mayor fue a la menor. Poco antes de nacer su Niño, ella tuvo que caminar muchos kilómetros para ir a su ciudad ancestral. Y aunque Belén era una aldea tan querida, cuando su Niño nació, ninguna casa se abrió para ella.

Sin embargo, la dignidad que no encontraron esa joven doncella y su Niño en la tierra se la concedió Dios desde los cielos. Fue sobre la joven que descendió el Espíritu Santo para engendrar en ella al Niño, y no sobre la anciana. Luego, fue a la llegada de aquélla a casa de la anciana que ésta fue llena del Espíritu Santo, y su criatura saltó en su vientre. Más tarde, fue la joven quien recibió a los pastores con su relato de ángeles, y quien recibió a aquellos sabios de oriente con regalos para su Niño.

Por último, cuando el padre de aquel otro niño recobró el habla, fue de Éste de quien habló primero, no de su hijo, reconociendo que el hijo menor era el mayor, no sólo mayor que su hijo, sino mayor que él mismo, y mayor que todos los hombres, aunque todavía era un pequeño Niño.

Claves para el estudio de la Palabra.



Principios para el Estudio Bíblico

A. T. Pierson

Hay un principio en la escuela de los métodos adecuados en el estudio de la Palabra que debe ser considerado desde el principio de este libro¹. La propia Biblia ofrece instrucciones básicas para su correcto estudio. Primeramente, debemos recordar que, siendo el Libro de Dios, para una lectura verdaderamente provechosa, se necesita una mente iluminada por el mismo Espíritu que inspiró el texto. Goethe dice que antes que un lector reclame por la oscuridad de un autor debería examinar si él mismo es «claro interiormente, pues de no ser así, hasta los escritos claros, son ilegibles». *«Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente»*. Ninguna cantidad de luz sobre las páginas compensará un ojo ciego. *«Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mis-*

mas tinieblas?». La Biblia debería ser abierta con oración. *«Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley»*

Esto debe ser enfatizado desde el principio. Ningún hombre puede tener discernimiento espiritual en la Palabra de Dios sin la influencia del Espíritu iluminador. Los comentaristas más capaces han sido los más fieles. Bengel, autor de «The Gnomon», bañó sus estudios en lágrimas y los santificó con oraciones. A no ser que sea enseñada por el Espíritu Santo, la Biblia será un libro sellado incluso para una persona instruida.

Asumiendo eso, tres reglas muy claras se encuentran en la Palabra de Dios para un estudioso provechoso: examine, medite y compare.

Examine (Jn. 5:39)

Existen muchas formas de lectura descuidada y desatenta. Coleridge clasificó a los lectores en cuatro clases. «La primera clase fue comparada a un *reloj de arena*, siendo su lectura como la arena que atraviesa de un lado para otro y no deja ningún vestigio tras sí. La segunda clase se asemeja a una *esponja* que

¹ «Keys to the Word», traducido al portugués como «Chaves para o estudo da Palavra», por Edicoes Tesouro Aberto, Brasil.

empapa todas las cosas y las devuelve prácticamente de la misma manera. La tercera clase es como un *colador*, que deja pasar todo lo que es puro y retiene sólo el desperdicio y los sedimentos. La cuarta clase es como el *esclavo de Golconda*, que deja de lado todo lo que es sin valor, conservando sólo las piedras preciosas». O tal vez debiésemos comparar la cuarta clase con una *batea de minero* usada para retener el metal puro mientras la escoria es rechazada.

La única lectura provechosa de la palabra de Dios es una lectura minuciosa. La palabra traducida como «escudriñad» en el quinto capítulo del Evangelio de Juan es enfática e intensa: ella significa literalmente «mirar cuidadosamente», como un animal salvaje examina la arena para encontrar las pisadas de un cachorro perdido. La Biblia está llena de tesoros escondidos para ser buscados como el mercader que buscaba perlas de gran precio. Ellos no son revelados a lectores indiferentes y superficiales.

La verdadera belleza de un pasaje de las Escrituras no se encuentra en la superficie, ni se revela al mirar descuidadamente. Un fragmento de cristal, al principio sin brillo y sin interés, al ser girado en la mano y alcanzado por un haz de luz revela diversos colores y un brillo maravilloso. Un fragmento de las Escrituras que es monótono y muerto para un lector superficial, en las manos de un estudiante devoto se vuelve maravilloso y bello. Él lo mirará y lo volverá a mirar, inspeccionándolo bajo todos los ángulos, hasta que la luz de Dios penetre, haciendo relucir la belleza de los atributos divinos. Miguel Ángel, examinando el trabajo de uno de sus estudiantes, tomó un lápiz y escribió en él una palabra: «*amplius*» – ampliar. Aquella palabra necesita ser escrita sobre todos nuestros estudios de las Escrituras.

Medite (Sal. 1:2)

El proceso de reflexión en actitud de oración –pensamiento prolongado y concentrado– es el secreto para el verdadero conocimiento de la Palabra. Debe haber un proceso de inspiración, inundación, transfusión de todo nuestro ser con la Palabra divina, y eso consiste en meditación piadosa. Todo nuestro ser debe estar inmerso en las Escrituras hasta que ella penetre y permee la totalidad de nuestra vida; hasta que la mente sea saturada con pensamientos santos, el corazón con sentimientos santos, la memoria con asociaciones santas. Eso nos capacita para vencer el mal con el bien.

El Dr. Chalmers, viajando en una diligencia al lado del conductor, dice: «John, ¿por qué usted azuza aquel caballo de guía con el chasquido de su látigo?». «Muy sencillo», dice él, «hay una roca blanca, que el caballo teme. Con el chasquido de mi látigo y el dolor en sus patas quiero distraerlo de ese temor». Cuando Chalmers llegó a casa, trabajó con la idea, y escribió «*El Poder Expulsivo de un Nuevo Afecto*».²

Grande es el poder expansivo y expulsivo de la palabra de Dios cuando ella habita en un alma. La absorción mental es la verdadera ley de posesión y conquista. En la mente permeada con la propia Verdad de Dios no hay lugar para pensamientos bajos y, especialmente, corrompidos. La tentación no halla lugar en un corazón ya cautivado por las cosas divinas. La meditación en la Palabra de Dios produce aquella mente espiritual que es exactamente lo opuesto de la mente carnal, y es el secreto de la vida y la paz.

Compare (1 Co. 2:13)

El Dr. A. J. Gordon compara las enseñanzas de la Escritura con un rompe-

² The Expulsive Power of a New Affection.

cabezas cuyas piezas están diseminadas por toda la Palabra, que necesitan ser colocadas juntas, lado a lado, ajustadas y unidas, para que puedan presentar una única y completa visión de la verdad. Al aplicar este método, el estudiante cuidadoso alcanzará, no sólo el más elevado placer, sino también el más alto provecho. Casi toda herejía puede apropiarse de textos aislados de las Escrituras y, así «hasta el mismo diablo puede citar las Escrituras para sus intereses»; pero cuando las cosas espirituales son comparadas con las espirituales ellas se complementan, sustentándose e ilustrándose mutuamente.

Tome, por ejemplo, la «*vida eterna*» como es expuesta en el evangelio de Juan. Comience con la primera mención de vida en el cuarto versículo del primer capítulo y siga el proceso y desarrollo de este gran pensamiento y tema hasta llegar al vigésimo capítulo, versículo treinta y uno, donde todas las enseñanzas de este evangelio sublime están resumidas en una sentencia. Serán descubiertas, en cada etapa, nuevos y bellos aspectos de la verdad completa. Acuérdesse de la historia de Miguel Ángel y del «Cupido adormecido», cuyos varios miembros separados y enterrados, pero posteriormente restaurados, vinieron a formar la bella estatua.

Algunos métodos

Estos son los principios generales sobre los cuales la Palabra de Dios aconseja al lector sincero a proseguir su estudio. Además de esos tres, hay algunos métodos obvios para hojear de forma provechosa el contenido de la Biblia, que deben ser observados cuidadosamente.

Entre todos ellos, ninguno es más importante que descubrir *el propósito exacto y finalidad de cada libro*. Saber quién lo escribió, dónde y cuándo fue

escrito, en qué circunstancias y para qué finalidad, es como lanzar un torrente de luz sobre cada capítulo y versículo. Por lo tanto, el obispo Percy dice que «entender el propósito específico de cada libro es el mejor comentario, y eso convierte cualquiera otro en innecesario». Es comparable al auxilio que un mapa ofrece al viajero.

Habiendo encontrado el significado de cada libro como un todo, estamos preparados para *examinar cada detalle*, examinar cada versículo y determinar su relación con el gran propósito general para el cual el libro fue escrito y las circunstancias en las cuales fue compuesto. Saber que Pablo escribió en Éfeso la primera epístola a los Corintios puede ayudarnos a entender aquel tercer capítulo, donde oro, plata y piedras preciosas de la gran celebridad de Diana son contrastados con la madera, el heno y la hojarasca de las cabañas del pobre despreciable. En la *Epístola a los Hebreos* esperamos encontrar muchas referencias a las maneras, las costumbres, ritos y ceremonias judías; y algunas cosas que en él podrían ser piedras de tropiezo a los lectores gentiles, se tornan marcos para los creyentes hebreos.

No debemos olvidar que cada paso en el estudio bíblico debe ser seguido inteligentemente. No debemos ir más rápido o más allá de lo que comprendemos. «¿Entiendes lo que lees?». De la misma manera que en la alimentación, lo que determina el valor nutritivo no es la cantidad ni siquiera la calidad de la comida sino nuestro poder y capacidad de apropiarla y asimilarla. Así también el provecho del estudio de la Biblia no depende de cuánto leemos, sino de cuánto entendemos, recibimos e incorporamos en nosotros mismos. Un versículo plenamente comprendido, que sea el agente que abrigue un nuevo pensamiento en la

mente, un nuevo gozo en el corazón, un nuevo propósito de vida, vale más que cien capítulos leídos apresuradamente, inconscientemente, que no dejan ninguna marca. Es recompensador hacer todo de manera intensa y profunda, especialmente el estudio bíblico.

Este libro debe ser juzgado por su objetivo. Él es el resultado de la búsqueda del autor de las claves que abran la Palabra de Dios. Palabras-clave y el texto correspondiente son presentados como un índice general para el contenido de cada libro, los aspectos principales aparecen en el primer párrafo, al paso que los detalles menores y divisiones son presentados en párrafos siguientes.³

Antes de concluir esta introducción, llamamos la atención de nuestro lector los *doce símbolos principales* escogidos en la Palabra de Dios para representar su utilidad y amplitud de aplicación en to-

das nuestras necesidades. Nosotros los clasificamos en siete divisiones:

1. El *espejo*, para mostrarnos cómo somos y podemos ser (Stgo. 1:25)

2. El *lavatorio*, para lavar nuestros pecados e impurezas (Ef. 5:26)

3. La *lámpara* y la *luz*, para guiarnos en el camino recto (Sal. 119:105)

4. La *leche*, el *pan*, *alimento sólido* y *miel* – dando sustento y satisfacción al creyente en todas las etapas del desarrollo espiritual (Heb. 5:12-14; Sal. 19:10, etc.)

5. El *oro purificado*, para enriquecernos con tesoros celestiales (Sal. 19:10)

6. El *fuego*, *martillo*, *espada*, para ser usados en el trabajo y batalla de la vida (Jer. 23:29; Heb. 4:12; Ef. 6:17).

7. La *simiente*, para engendrar almas a imagen de Dios y plantar campos para la cosecha de Dios (Stgo. 1:18; 1 P. 1:23; Mt. 13).

*Tomado de
Chaves para o estudo da Palavra.*

³ Esperamos incluir en los próximos números de «Aguas Vivas» los comentarios del autor sobre cada uno de los libros de la Biblia.

j j j

El pecado en el mundo

Con frecuencia he pensado que si no hubiera otros argumentos para probar el pecado original, el ataque de los lobos y de los tigres contra el hombre, el ladrido de un perro contra nosotros es una prueba del pecado original. Los tigres y los leones no se atreverían a atacarnos a menos que se pudiera decir: «Vosotros habéis pecado contra Dios, y nosotros tomamos como nuestra la disputa de nuestro amo».

George Whitefield, en Sermones selectos

Cuando halles una serpiente sin colmillos o un leopardo sin manchas, puedes esperar hallar un mundo malvado sin odio a los santos. Si el mundo aborreció a Cristo, no es de extrañar que nos aborrezca a nosotros. «El mundo me aborreció a mí antes que os aborreciera a vosotros» (Jn. 15: 18). ¿Por qué ha de aborrecer alguien a Cristo? Esta paloma bienaventurada carece de hiel; esta rosa de Sarón exhalaba suave perfume; pero esto muestra la bajeza del mundo, que es un mundo que odia a Cristo y desgarrar a los santos.

Thomas Watson

El Evangelio según Mateo.



Viendo a Cristo como nuestro Rey

Stephen Kaung

Lecturas: Mateo 1:1; 5:3; 11:12; 28:18-20.

Los primeros cuatro libros del Nuevo Testamento son libros históricos. Y aunque ellos narran la historia de la vida de nuestro Señor Jesús, el propósito de Dios no es sólo que conozcamos la historia, sino que realmente veamos a Jesús – «*a fin de conocerle*». Ese es el propósito de la Palabra de Dios.

Hablando cronológicamente, Mateo no fue el primer evangelio en ser escrito. La mayoría de los comentaristas concuerda en que el primer evangelio escrito fue Marcos; sin embargo, de acuerdo con la soberanía de Dios (y creemos que hay soberanía en este caso), cuando usted abre el Nuevo Testamento, el Evangelio según Mateo aparece en primer lugar.

Desde el punto de vista humano, nosotros colocaríamos el Evangelio de Lucas primero, porque ese es el evangelio de la gracia para la remisión de nuestros pecados. Nosotros estamos conscientes de nuestros pecados, sabemos que necesitamos de perdón; necesitamos de la gracia de Dios, y el evangelio de Jesu-

cristo es el evangelio de gracia. Así, desde el punto de vista humano, nosotros diríamos que el Evangelio según Lucas debería ser puesto en primer lugar. Pero desde el punto de vista divino, el Evangelio de Mateo fue colocado en primer lugar. ¿Por qué?

Porque desde el punto de vista de Dios, la primera cosa que necesitamos ver y saber respecto de Cristo es: verlo y conocerlo como nuestro Rey. El evangelio del Reino es el evangelio desde el punto de vista de Dios. El evangelio de la gracia es el evangelio desde nuestro punto de vista. Es claro, el evangelio es ambos, pero generalmente comenzamos por nosotros. Somos tan centrados en nosotros mismos, deseamos la gracia para nosotros, para nuestra satisfacción, y a veces olvidamos que debemos estar centrados en Dios, que necesitamos ver el evangelio desde el punto de vista de Dios. ¿Qué es lo que Dios desea que sepamos acerca del evangelio o acerca del Señor Jesús en primer lugar? Él desea que lo conozcamos como nuestro Rey.

Una de las razones por las cuales la vida de algunos cristianos es tan débil y su testimonio tan ineficaz, es que nosotros recibimos al Señor Jesús como nuestro Salvador, o como nuestro Redentor, pero fallamos en verlo y reconocerlo como nuestro Señor, como nuestro Rey. Recibimos el evangelio para nuestro bien, pero no obedecemos al evangelio para que el propósito de Dios sea cumplido. Por lo tanto, al abrir el Nuevo Testamento, la primera cosa que Dios desea es que veamos a su Hijo, el Señor Jesucristo, como Rey.

La Biblia, como un todo, tiene el propósito de revelar a Cristo, pero la primera cosa que debe ser revelada a nosotros es esa visión del Señor Jesús como Rey. Y esto, vuelvo a repetir, requiere revelación. El Espíritu Santo tiene que revelarnos esto en nuestro espíritu. Está escrito en el Evangelio según Mateo, pero lo que está escrito allí tiene que ser vivificado por el Espíritu Santo en nuestro corazón para que podamos verdaderamente ver a Jesús como Rey.

Hijo de David e Hijo de Abraham

Cuando usted abre el evangelio de Mateo, el primer versículo dice: «*Libro de la genealogía de Jesucristo, Hijo de David, hijo de Abraham*». Hay solamente dos lugares en toda la Biblia donde se encuentra esa misma expresión: «libro de la genealogía». Uno es Génesis 5:1: «el libro de la genealogía de Adán». El otro es en Mateo 1:1: «el libro de la genealogía de Jesucristo». ¿Por qué? Porque hay solamente dos hombres a los ojos de Dios. El primer hombre es Adán y todo aquello que procede de Adán – «en Adán todos morimos». El segundo hombre es Cristo, «en Cristo todos somos vivificados».

¿Cuál es la historia de la genealogía de Jesucristo? «Hijo de David, hijo de

Abraham». En otras palabras, desde el principio del Evangelio, Dios está testificando quién es este Jesucristo y su historia. ¿Quién es el hijo de David? Salomón. Sin embargo, usted va a descubrir que Salomón es sólo una sombra, un tipo de Cristo. El verdadero Hijo de David es Jesucristo. Dios había hablado a David: «*Tu hijo edificará una casa a mi nombre, y yo estableceré para siempre el trono de su reino*».

Nosotros sabemos que Salomón construyó un templo, pero fue apenas un templo físico. Salomón de hecho reinó, pero su trono no permaneció para siempre. Por eso sabemos que Salomón es sólo una sombra, un tipo de Cristo. Existe el verdadero Hijo de David, que es mayor que David, y por él la verdadera casa de David será construida. Él dice: «...y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mt. 16:18b). Es a través de ese Hijo de David que su trono jamás tendrá fin. Él reinará para siempre.

Él es el hijo de Abraham. Sin embargo, ¿quién es el hijo de Abraham? Históricamente es Isaac, pero Dios hizo la siguiente promesa a Abraham en Génesis 22: «*En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra*». Nosotros sabemos que Isaac es apenas un tipo, una sombra. La realidad es Jesucristo, porque verdaderamente es en Jesucristo que todas las naciones de la tierra serán bendecidas. Aquí, exactamente en el comienzo, Dios nos está presentando a Jesús como el Rey. *Él es el Rey prometido*. Él es el prometido Hijo de David, el prometido Hijo de Abraham, en quien todas las naciones serán bendecidas.

Un Rey atípico

A medida que leemos el Evangelio de Mateo descubrimos una cosa intere-

sante. Por un lado, vemos constantemente a Dios testificando acerca de Jesús, su Hijo, como el Rey divinamente escogido. Por otro lado, vemos al mismo tiempo al pueblo constantemente rechazando a Jesús como rey. Vemos un conflicto aquí ¿Por qué? ¿Por qué motivo el pueblo falló en ver a Jesús como Rey?

En verdad, Dios escogió un pueblo entre todas las naciones y a lo largo de un gran período de tiempo preparó a aquel pueblo para que el Mesías saliese de entre ellos. Dios preparó al pueblo de Israel desde el día de Abraham hasta Cristo con un único objetivo: para que en la plenitud del tiempo, el Rey, el Mesías, pudiese venir. Sin embargo, curiosamente, cuando el Mesías, el Rey, llegó, el pueblo de Israel fracasó en reconocerlo como Rey. Ellos lo rechazaron porque el concepto de Rey había sido distorsionado a lo largo de la historia humana. El concepto de un rey de acuerdo con los patrones humanos es tan diferente del concepto de un rey de acuerdo con los patrones divinos. Cuando el Rey finalmente llegó, muy pocos lo reconocieron.

Los judíos de aquella época se decepcionaron de él. Ellos lo estaban esperando como rey y en el principio pensaban que él probablemente fuese el Rey. Estaban esperando que él viniese a derrotar al Imperio Romano, los libertase del yugo de hierro de aquel imperio e hiciese de Israel la cabeza de las naciones. Pero Jesús no hizo eso y ellos se decepcionaron. Él no era un rey según el pensamiento de ellos. Por eso, aunque él mismo declarase ser el Rey y hubiese nacido para ser Rey, ellos lo rechazaron. Él no se adecuaba a su concepto.

Queridos hermanos, solamente unos pocos entre los judíos de aquella época, recibieron a Jesús como Rey. Solamente unos pocos, tales como María, José, Zacarías, Elizabet, Juan Bautista,

Simeón, Ana, algunos pastores y algunos de los discípulos de Juan Bautista lo recibieron. ¿Y cómo? ¡Por revelación!

El concepto humano de Rey está en tal oposición al concepto divino que es necesaria la revelación para ver a Jesús como Rey. Y esto es verdadero no solamente en el primer siglo, cuando el Señor Jesús estuvo aquí en la tierra en un cuerpo humano, sino todavía hoy es verdad. ¿Usted piensa que puede verdaderamente ver a Jesús como Rey sin tener revelación? Cuando nosotros leemos el evangelio según Mateo, probablemente vamos a tener un conflicto en nuestro interior, porque, aunque Jesús sea presentado como Rey, nosotros no vemos mucho de su naturaleza de Rey, ni sus procedimientos como Rey. No vemos mucho de su realeza. Probablemente muchos de nosotros adoptamos la misma posición que los judíos adoptaron en el pasado: «Él no parece un Rey. ¿Qué evidencias él puede darnos?». Es necesaria la revelación.

Nosotros realmente necesitamos que el Espíritu Santo quite el velo que está sobre nuestros corazones a medida que leemos el Evangelio de Mateo. Dios tiene que abrir nuestros ojos para que veamos que Jesús es verdaderamente Rey, pero no un rey de acuerdo con los patrones humanos. Él es un Rey de acuerdo con los patrones de Dios y nosotros debemos recibirlo como tal, como nuestro Rey.

El Rey viene al mundo

En Gálatas, encontramos la expresión «en la plenitud de los tiempos» Jesús nació. Él nació de una mujer que estaba bajo de la ley para que él nos pudiese libertar de la maldición de la ley, para que pudiésemos tener la adopción, esto es, la filiación. Para Dios aquel era el momento correcto para la venida de Jesús como

Rey. Pero si usted leyese la historia de la época, probablemente diría: «Este no es el momento apropiado para su venida» ¿Por qué? Porque, cuando Cristo Jesús nació, Herodes estaba en el trono de la nación de Judá. Ni siquiera era judío, no era hijo de David, sino un edomita el que estaba en el trono del reino de Judá. ¿Y quién estaba en el trono del imperio mundial? César Augusto. Nosotros diríamos que esa no era la ocasión adecuada, sin embargo, desde el punto de vista de Dios, esa era la plenitud del tiempo para que su Hijo viniese como un Rey.

Cuando Cristo nació, no nació en Jerusalén. Nosotros esperaríamos que un rey, un príncipe, naciese en la capital de la nación, pero el Rey no nació allí. Él nació en una pequeña aldea llamada Belén. Cuando él nació, nadie estaba en conocimiento, excepto unos pocos hombres sabios de Oriente – los magos. Ellos miraron las estrellas y vieron una estrella muy brillante y su interpretación fue la siguiente: «Un rey nació». Siendo gentiles, ellos probablemente tenían algún conocimiento de la profecía de Balaam, un profeta gentil que profetizó acerca de la estrella y del cetro. Así, ellos pensaron que debería haber nacido un rey en la región de Judea. Naturalmente, ellos fueron a Jerusalén, porque era allí donde el rey debería estar, pero él no estaba allí. Herodes estaba perturbado porque, siendo él rey, otro rey había nacido. Él llamó a todos los fariseos y escribas para preguntarles dónde el rey debería nacer. Estos fariseos y escribas eran realmente eruditos de la Biblia. Cuando Herodes les preguntó, ellos le dijeron que debería nacer en Belén de Judea. ¿Y cómo sabían ellos? Había una pequeña palabra en uno de los libros de los profetas menores – no en los mayores. En Miqueas, capítulo 5, hay una profecía: «*Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre*

las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad». (v. 2).

Los escribas y fariseos conocían la Palabra de memoria. ¡Oh, ellos realmente tenían conocimiento, ¿pero intentaron buscar al rey? No, ellos quedaron perturbados. Aunque ellos tenían el conocimiento, ellos no tenían al Rey.

Hermanos, lo mismo es verdadero hoy. Intelectualmente, usted puede decir que Jesús es el Rey, pero, espiritualmente, ¿usted intenta buscarlo como su Rey? ¿Usted ya le entregó su vida y permite que él la gobierne? Hay una gran diferencia aquí.

El Rey fue criado en Nazaret, una ciudad localizada en la parte superior de un país montañoso. Él nunca estuvo en una escuela de rabinos. No tenía un título de Doctor en Teología. Allí estuvo él, en un lugar escondido, por cerca de treinta años. Sin embargo, aunque nunca hubiese frecuentado una escuela, él estaba en la escuela de Dios, su Padre.

Cuando llegó el día en que cumplió 30 años de edad, él fue presentado al mundo. ¿Y cómo se presentó a sí mismo? No en un banquete real, sino yendo al río Jordán y siendo bautizado por Juan el Bautista.

El Rey es bautizado

El bautismo de Juan el Bautista es el bautismo de arrepentimiento. Juan, el Bautista, vino y predicó el arrepentimiento: Arrepentíos, cambiad vuestro modo de pensar, cambiad radicalmente. Ustedes parecen ser muy religiosos y estar haciendo todas las cosas correctamente, pero no es así. Por lo tanto, arrepíntanse, cambien de dirección. ¿Por qué? Porque el reino de los cielos se ha acercado, el Rey está viniendo. La religiosidad no va a ayudarlos; ustedes necesitan arrepen-

tirse de la religiosidad y, al mismo tiempo, arrepentirse de la no-religiosidad, porque el Rey está viniendo. Eso es arrepentimiento.

Aquí nosotros vemos al propio Rey viniendo para ser bautizado, aunque él no tenía nada de qué arrepentirse. Nuestro Señor Jesús no tenía nada de qué arrepentirse porque él y el Padre son uno y él siempre agradaba al Padre; sin embargo, al presentarse a la nación, él aceptó el bautismo de Juan. Él se ofreció a sí mismo por los pecados de la nación y del mundo. Es así como él se presenta. Él es el Rey del amor. Él se dio a sí mismo como sacrificio por nosotros. Esa es su credencial; esa es su calificación; esa es la prueba de que él es el Rey. Su realeza no se prueba por la ostentación o la pompa, sino por el sacrificio. Cuando descendió a las aguas para ser bautizado por Juan el Bautista, Jesús se identificó con el mundo pecaminoso, ofreciéndose a sí mismo como un sacrificio. Cuando él salió de las aguas, el Espíritu Santo descendió sobre él; no solamente *sobre* él, sino que habitó *en* él, como está escrito, «como una paloma».

¿Qué representa la paloma? Ella representa la ofrenda de los pobres. Los pobres no tenían los recursos para ofrecer novillos o corderos, todo lo que podían ofrecer era una paloma. Y aquí nosotros vemos que nuestro Señor Jesús se ofreció a sí mismo sin mancha ninguna a Dios, como una paloma – la ofrenda de los pobres. Ese es el modo por medio del cual él se presenta a sí mismo como Rey.

En seguida, él fue conducido por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado por el enemigo por cuarenta días y cuarenta noches. Allí él venció al enemigo. En el jardín del Edén, con todas las circunstancias favorables, el primer hombre, Adán, cayó ante el tentador. Pero ahora, en la peor de las circunstancias,

en el desierto, ayunando por cuarenta días y cuarenta noches, el Señor Jesús venció. Exactamente de la misma manera, el rey David fue presentado a la nación de Israel. La primera vez que él fue presentado fue cuando mató a Goliat, y, por haber matado a Goliat, todos supieron que él era un rey. Aquí, nuestro Señor Jesús, siendo tentado en el desierto por cuarenta días y cuarenta noches, venció al enemigo. El enemigo nada pudo hacerle; él no tenía ningún lugar en Su vida. La victoria de nuestro Señor Jesús sobre el enemigo probó al mundo que él es el Rey.

El Rey llama a sus discípulos

Cuando Juan el Bautista estaba en prisión, el Señor Jesús comenzó a predicar resueltamente. Mientras él andaba por el mar de Galilea, comenzó a llamar discípulos. Él vio a Simón Pedro y Andrés lanzando sus redes al mar y les dijo: «*Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres*». Entonces ellos dejaron todo y siguieron al Señor. Al seguir un poco más adelante, el Señor vio a los dos hijos de Zebedeo remendando las redes, y los llamó diciendo: «*Venid en pos de mí*» (Mateo 4). Ellos dejaron las redes, a su padre, el barco y todas las cosas, y siguieron al Señor. Eso es el llamamiento de los discípulos.

¿Qué significa eso? En este tiempo hemos oído mucho sobre el discipulado. Pero ¿cuál es el significado real del discipulado? El Señor llamó personas para ser *sus* discípulos: «*Venid en pos de mí*». Él está llamando discípulos. Eso significa que aquellas personas que respondieron a su llamado dejaron todas las cosas para estar con él. Ellos se colocaron bajo Su gobierno como Rey y dejaron que él los conformara a Su propia imagen. Ese es el real significado del discipulado. El llamado al discipulado es el llamado del Reino; es el llamado del

Rey. El Rey está llamando a su pueblo para que se coloque bajo su realeza, bajo su soberanía, para que él pueda transformarlos y hacerlos verdaderamente su propio reino. Ese es el llamado al discipulado.

Si ese es el llamado al discipulado, ¿es posible ser discípulo de algún hombre? ¿Hay algún hombre calificado para decir que usted es su discípulo? No. Nosotros sólo somos discípulos de Cristo, de nadie más. Las personas pueden ayudarnos en el discipulado, pero no pueden ser nuestros maestros. Nosotros tenemos solamente un maestro; solamente un Rey. No tenemos dos Reyes; no tenemos al Señor y a César. Tenemos solamente un Rey, el Señor Jesús.

El llamado al discipulado es el llamado del Rey para que entremos en el Reino y seamos sus súbditos. Es el llamado para que nos sometamos totalmente a él. Esa es la razón por la que toda vez que oímos el llamado al discipulado, nuestra respuesta debe ser: «Dejar todo y seguirle». Si usted todavía intentar mirar para atrás y prenderse de alguna cosa, el Señor dice: «No sois dignos de ser mis discípulos». Entregue todo. Entréguese a sí mismo y deje que *él* haga lo que él quiera con su vida. Si usted se apega a sí mismo, el resultado será confusión, pero si usted se entrega y deja que él cuide de usted, él va a hacerle un hijo del Reino. Él lo va a transformar a usted y permitirá que Su carácter de Rey sea formado en usted, y, de esa forma, usted podrá ser verdaderamente rey y sacerdote para Dios. Nosotros no solamente somos lavados por la sangre preciosa, sino también somos hechos reyes y sacerdotes para Dios. ¿Usted sabe que potencialmente usted es un rey? Jesús lo llamó para ser su discípulo, para realmente hacerle un rey.

La humildad del Rey

¿Cuál es el concepto de rey? ¡Oh, cuán diferente es el concepto de Dios del concepto de los hombres! Nosotros podríamos pensar: «Si él me llama para ser rey... bien, yo voy a sentarme y dar órdenes. Que todos me sirvan. Esto es ser rey». Pero no, el Señor Jesús no es ese tipo de Rey. Como ya fue mencionado, su realeza es tan divina, tan diferente. Él nos llama para ser sus discípulos. Pero, a medida que nos allegamos para ser sus discípulos, ¿cómo nos discipula? ¿Como somos disciplinados, entrenados? Pienso que todos conocen el Sermón de la Montaña. Nuestro Señor Jesús reunió sus discípulos, subió al monte y comenzó a hablar. Recuerde que Mateo 5, 6 y 7 no son palabras habladas para el mundo – aunque muchas personas que estaban en las proximidades las hayan oído. Esas palabras iban dirigidas a sus discípulos, que ya habían puesto sus vidas bajo el gobierno del Rey, y permitido que él dirigiese absolutamente sus vidas. El Señor Jesús dijo: «*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*» (Mt. 5:3)

En Mateo 5,6 y 7 tenemos el Sermón del Monte, pero ¿qué es lo que significa realmente? Aquí el Señor Jesús describe cómo es su reino. Su reino no es de este mundo. Nosotros sabemos cómo es el reino de este mundo, pero no sabemos cómo es Su reino. Él nos está describiendo aquí la naturaleza de su reino, mostrándonos cómo es él. En verdad, su reino es exactamente como es Jesús, como su Rey. ¡Y porque él es así, aquellos que están en su reino también son así! No es ley, es gracia. Quiero decir que él es capaz de hacer eso de nosotros.

¿Qué significa la expresión «pobres de espíritu»? No significa que usted es espiritualmente pobre, al contrario, por ser usted espiritualmente rico, usted pue-

de tornarse pobre en espíritu. Piense en el caso del propio Señor. Él es igual a Dios; sin embargo, eso no es algo a lo que él se aferra; eso es lo que él es esencial y eternamente (Fil. 2). Él es igual a Dios, él está en forma de Dios, y la palabra «forma» aquí significa carácter interior. Todo aquello que Dios es, él es. Él es rico; espiritualmente es pleno. Como vemos en la epístola a los Colosenses, toda la plenitud de la deidad habita en él permanentemente. Eso muestra cuán rico es él, cuán pleno es, y por ser tan rico y tan pleno él es capaz de vaciarse a sí mismo. En verdad, nosotros no tenemos mucho de qué vaciarnos porque somos tan vacíos, nada tenemos, pero pensamos que tenemos mucho. Pero el Señor Jesús es rico: «toda la plenitud de la deidad». ¿Usted consigue imaginar lo que es la plenitud de la deidad? Eso es algo que está más allá de nuestro entendimiento. Todo lo que Dios es, y su plenitud, todo habita corporalmente en Cristo. Todo habita permanentemente en él; no sólo un momento, sino permanentemente.

Él se vació a sí mismo. ¡Oh qué gran vaciamiento es este! Es evidente que Jesús no puede vaciarse de su deidad, eso es imposible. Él se vació de todas las cosas relacionadas con la deidad – su gloria, su honra, su adoración. Él tomó la forma de esclavo, no sólo de hombre, sino de esclavo. Interiormente, él se hizo un esclavo, un esclavo de Dios, su Padre, por amor. Él que era igual a Dios, tomó un lugar inferior a Dios a tal punto que se tornó un esclavo, un esclavo de Dios por amor. Esa es la forma que él asumió. Exteriormente, Jesús tomó la forma de hombre, recibió un cuerpo de carne, a semejanza de carne pecaminosa, pero sin pecado. Él tomó forma de hombre, y como hombre se humilló a sí mismo. Esto es, él tomó su lugar como un hombre, como un ser creado delante del Creador.

«*Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*». Eso es ser pobre en espíritu. En otras palabras, pobre en espíritu simplemente significa humilde.

¿Qué es humildad? En Apocalipsis 3 encontramos la iglesia en Laodicea. Ellos se enorgullecían de sí mismos y decían: «Nosotros somos ricos, tenemos todo, nada nos falta». Mas Dios les dice: «Ustedes son pobres, ciegos, y están desnudos». Hermanos, cuán arrogantes somos nosotros; cuán seguros somos de nosotros mismos, cuán autoconfiados y autosuficientes. Nosotros pensamos que lo sabemos todo, que tenemos todo, y que nada nos falta. La Biblia dice: *La soberbia precede a la ruina*. Si usted es orgulloso, usted caerá, pero el hombre a quien Dios mira es al pobre y contrito de espíritu y que tiembla a su palabra (Is. 66:2).

Todos nosotros somos naturalmente orgullosos y arrogantes. Nosotros nos vindicamos a nosotros mismos, somos autosuficientes. Nosotros pensamos que es vergüenza necesitar consultar a otras personas. Eso es lo que naturalmente somos, pero cuando nos allegamos para ser discípulos del Cristo, cuando respondemos al llamado para el reino de los cielos, la primera cualidad de Su propio carácter que el Rey va a operar en nuestras vidas es la humildad. Él tiene que transformar este modo de pensar: «Yo soy alguien, yo tengo todo, yo puedo hacer todo por mí mismo» por este otro: «Yo nada soy, yo nada poseo, yo nada tengo: por eso él tiene que ser todo para mí». Esa es la primera cualidad de un rey según el concepto divino.

De acuerdo con el concepto humano, la última cualidad de un rey es la humildad. Si usted es rey, usted no puede darse el lujo de ser humilde; usted tiene que autoafirmarse, tiene que ser autoritario y orgulloso. Exactamente como Luis

XV dijo: «El Estado soy yo». ¡Oh, no! El Rey, en el sentido divino, es muy distinto. La primera cualidad de un rey según el patrón divino es la humildad. ¿Es usted un rey de acuerdo al pensamiento de Dios? ¿Tiene usted esa cualidad de rey en usted? ¿Tiene usted aquella humildad? Si hay humildad en usted, entonces, hermano, la Biblia dice que Dios lo mira a usted.

Jesús tuvo solamente 12 discípulos y ellos no venían de origen noble. Eran pescadores, publicanos, etc., pero aún así podemos ver una cosa entre ellos: discutían, disputaban y luchaban entre sí mientras seguían al Señor. ¡Piense en eso! Ellos están siguiendo al Señor, son sus discípulos, van a ser transformados por él, pero todavía hay una cosa en ellos que parece incomodarlos, y que los importuna hasta el final. ¿Qué es eso?: «¿Quién es el mayor?». Todo el concepto que ellos tienen de un rey es un concepto mundano. Cada uno intenta sentarse en un lugar más alto. Si él puede alcanzar aquella posición, mirará a los otros hacia abajo, y los otros tendrán que servirlo. Ese concepto estaba muy arraigado en los discípulos, y vez tras vez el Señor tenía que enseñarles.

En Mateo 18, ellos estaban otra vez luchando y disputando, y diciendo: ¿Quién es el mayor? El Señor entonces toma un niño y les dice: «*Si no os volvéis y os hacéis como niños, de ningún modo entraréis en el Reino de los cielos*». ¿Quién es el mayor en el reino? Aquel que es humilde como un niño, él es mayor en el Reino de los cielos, porque un niño nada tiene, nada sabe y tiene que mirar hacia arriba para ser ayudado. Ese es el espíritu de un niño.

Sin embargo, en Mateo 20, cuando el Señor estaba yendo a Jerusalén por última vez, los discípulos pensaban que esa sería la ocasión en que el Rey sería

coronado y ellos se sentarían a su derecha y a su izquierda. Entonces los hijos de Zebedeo, vinieron con su madre a Jesús. Sabemos que su madre, humanamente hablando, era tía de nuestro Señor Jesús, y sabemos también que la palabra de una tía tiene peso. La madre, que parece no estar interesada en sí misma, nada desea para sí, sino para sus hijos. Ella vino al Señor Jesús y le dice: «Nosotros queremos pedirte algo, prométenos que nos lo vas a conceder». Ellos no dijeron lo que deseaban, tal vez estaban muy avergonzados. Ellos sabían que no era algo muy correcto, por lo tanto, simplemente presentaron al Señor un cheque en blanco y le dijeron: «Firma esto para nosotros». Pero sabemos que el Señor nunca firma un cheque en blanco, así que les dice: «¿Qué es lo que desean? Veamos, sean honestos, sean francos». Entonces la madre dejó escapar impulsivamente: «*Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda*». Ese es el concepto mundano de un reino. Entonces el Señor Jesús dice: «¿Podéis vosotros beber la copa que yo he de beber? ¿Podéis vosotros recibir el bautismo con que soy bautizado?».

Los dos hijos de Zebedeo, (los Truenos) no sabían, en verdad, lo que era la copa o cuál era el significado del bautismo, pero ellos deseaban tanto sentarse a la derecha y a la izquierda que harían cualquier cosa que se les pidiera. Por lo tanto, ellos dijeron: «Podemos», y el Señor dijo: «*De mi vaso beberéis, pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre*». En otras palabras, el reinado no está en una posición, sino en beber del vaso y recibir el bautismo. Es en eso que se revela el carácter del rey.

¿Qué es el vaso?

¿Y qué es el vaso? El vaso en este pasaje se refiere a la voluntad de Dios. En el Huerto del Getsemaní, el Señor dice: «Si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú». Y finalmente el Señor dice: «Este es el vaso que mi Padre me dio – la voluntad de Dios». Que la voluntad de Dios sea amarga o dulce, no importa. *Es la voluntad de Dios.*

El bautismo es la cruz con la cual el Señor sería bautizado. Es al hacer la voluntad de Dios y tomar la cruz que la naturaleza del rey, el carácter real, el poder y la energía del rey, son liberados. El Señor dice: «*Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo.*»

Queridos hermanos, aquí descubrimos que nuestro Señor Jesús es verdaderamente el Rey, pero ¿qué tipo de rey es él? ¿Cuál es su carácter de Rey? ¿Cómo podemos saber que él es Rey? No podemos juzgarlo según los patrones humanos. Si lo hiciéramos, quedaríamos decepcionados. Tenemos que verlo desde el punto de vista divino. Oh, vea su humildad, su mansedumbre, su pureza, su bondad, su sumisión; vea cómo él hizo la voluntad de Dios, cómo él va a la cruz. Es en todas esas cosas que él se revela como el Rey.

Cuando nuestro Señor Jesús fue crucificado en la cruz, Pilato, en verdad, quería burlarse de Jesús. Por eso escribió sobre la cruz la sentencia, el crimen cometido, y el crimen era. «El Rey de los judíos». Él usó eso para burlarse de los judíos. Eso fue escrito en tres idiomas: Latín, Griego y Hebreo, para que todo el

mundo lo supiese. Sin embargo, sin querer, él estaba haciendo la voluntad de Dios, porque allá en la cruz fue proclamado a todo el mundo que Cristo es el verdadero Rey. En ningún otro lugar es más evidente Su realeza que en la crucifixión. Queridos hermanos, miren a la cruz y ustedes verán al Rey. Cuán diferente es él del mundo.

La marca de la cruz identifica al Rey

¿Usted ve la cruz? Si usted ve la cruz, ¿es posible no ver a Cristo Jesús como su Rey? ¿No le conquistó él con su amor? ¿No fue usted constreñido por el amor de Cristo? Pensando que si uno murió por todos, todos murieron, por tanto, ¿vive usted ahora para aquel que murió y vive por usted? ¿Puede usted continuar viviendo para sí mismo? ¿Usted no reconoce al Rey? Si usted recibe la cruz, ¿puede rechazar al Rey? Si usted recibe la cruz usted tiene que reconocer a Aquel que fue crucificado sobre la cruz como su Rey. *Él tiene derecho sobre usted.* Él lo compró a usted por un precio; usted le pertenece a él. Él va a transformarlo, va a hacer de usted un rey porque él es el Rey de reyes. Él va a construir Su propio carácter en su vida, el carácter del rey: humildad, mansedumbre, pureza de corazón, sumisión, dulzura, generosidad. *Niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme,* dice el Señor.

«*Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia*» (Mt. 11:12 a). A nosotros no nos gusta la palabra ‘violencia’ porque, hoy en día, tiene una mala connotación; sin embargo, en verdad, la palabra en sí misma, es neutra. La palabra ‘violencia’, simplemente, significa ‘fuerza’. El Reino es tomado por la fuerza y solamente los fuertes se apoderan de él. ¿Qué significa esto? No significa que usted hace violencia contra otras personas, sino con-

tra sí mismo. Usted se niega a sí mismo, toma la cruz y sigue al Señor.

Hermanos, siempre que vemos la marca de la cruz en una persona nosotros sabemos que esa persona es un rey. Acuérdesse de Pablo. Él dijo a los galatas: «*Nadie me moleste, porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús*». Era la marca de la cruz en su vida. ¿Usted tiene la marca de la cruz en su vida? ¿Qué es la marca de la cruz? Ella crucifica el «yo» para que Cristo pueda ser todo en nuestra vida. Esa es la marca del Rey.

Finalmente, usted va a descubrir que nuestro Señor Jesús resucitó de entre los muertos y apareció a los discípulos durante 40 días. Antes de partir, él dijo: «*Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra*». ¿Cómo él recibió todo ese poder? Él lo recibió a través de la cruz, al vaciarse de sí mismo. Él probó ser verdaderamente un Rey. Por eso él está preparado, él está calificado para usar todo el poder en el cielo y en la tierra. Hermanos, si nosotros recibiésemos un poco de poder hoy, ¿sabríamos usarlo? Se ha abusado del poder y la autoridad, se han utilizado mal en este mundo porque las personas simplemente no están preparadas o calificadas para usarlos. Pero todo el poder le fue dado al Señor Jesús, porque él demostró que puede usarlo.

Y él dijo: «*Id, pues, y haced discipu-*

los entre todas las naciones» (V. M.). Recuerden, hermanos, la gran comisión no es evangelizar a todas las naciones; es más que eso. Es claro que evangelizar está incluido. La gran comisión es: «*Haced discípulos entre todas las naciones*». Nosotros no solamente debemos traerlos a Cristo para que sean salvos, sino traerlos a Cristo para que puedan someter sus vidas a él. Ellos deben aceptarlo no solamente como su Salvador, sino también como su Rey. Esta es la gran comisión: disciplinar entre todas las naciones, traer todas las naciones a Cristo para que el reino de este mundo venga un día a ser el reino de nuestro Dios y de Su Cristo.

¿Y qué tiene que hacer usted? «*Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*». ¿Para qué nosotros los bautizamos? El bautismo es simplemente un testimonio externo de una realidad interna: todo nuestro pasado está muerto y enterrado; de ahora en adelante todo es nuevo, todo es Cristo.

«*Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado*». Esto es, edificándolos. Y el Señor dice: «*Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo*». Este es el evangelio según Mateo.

Tomado de:

Vendo Cristo no Novo Testamento, Vol. I.

j j j

Como la arena a orillas del mar

El misionero se estaba esforzando en hacer comprender a los nativos de aquella aldea africana cómo la sangre de Jesús basta para limpiarnos de todos nuestros pecados, sin necesidad de dogmas ni ceremonias. Al terminar, una mujer se acercó a él, y con tristeza le confesó: «Señor, mis pecados son tantos como la arena a orillas del mar. ¿Puede Jesús borrarlos todos?». El misionero contestó: «Vaya, pues, a la orilla del agua, y levante un montón de granitos de arena. Luego siéntese cerca y espere. Verá lo que sucede». La mujer quedó pensando un momento y, por fin, exclamó: «¡Ya lo veo! ¡Ya lo veo!».

Alfredo Lerin, 500 ilustraciones

Estudios sobre el libro de Éxodo

Las salidas de Dios



J. Alec Motyer

1. EL DIOS PERSEVERANTE (1:1 a 7:7).

En su cuidado por nuestro bienestar espiritual, la Biblia trata con situaciones reales. Una forma más exacta de decir esto es señalar que nuestro Dios amoroso escribió la Biblia para nosotros de modo que a través de su Santa Palabra él pudiera ejercer su propio cuidado pastoral sobre su iglesia aquí en la tierra. Nos recuerda que el pueblo de Dios está en este mundo: «*Estos... entraron en Egipto*» (1:1).

Los dos capítulos iniciales del libro tratan del matrimonio, nacimiento y muerte; porque el pueblo de Dios tiene que enfrentar las realidades de la vida aquí. Hay hostilidad: Faraón que incita a sus sirvientes y a todo su pueblo contra el pueblo de Dios. Hay también buena fortuna: Moisés es llevado inesperada-

mente a casa del rey, para ser presentado como hijo de la hija de Faraón. Y hay también fracaso: Moisés, buscando aprovechar las oportunidades propias de su situación especial, se equivoca rotundamente. Todo esto se encuentra en dos capítulos.

También notamos que el pueblo de Dios es presentado en su globalidad y su individualidad. Empezamos con los nombres de cada hombre que vino con Jacob y entonces se dice que: «*todas las personas que le nacieron a Jacob fueron setenta*». El pueblo de Dios, tanto en un sentido global como individual, es visto profundamente envuelto en los asuntos mundiales, afectado por sus políticas, preocupado con sus cuidados, duramente golpeado por hostilidades, sujeto a diferentes grados de fortuna, y por sobre

todo siendo considerados por Dios.

Ustedes se preguntarán cómo puedo sugerir que Dios fuera capaz de olvidarse, pero las palabras son: «*Dios oyó el gemido de ellos, y se acordó...*» (2:24). Es parte del atractivo de la Santa Escritura su forma deliciosamente humana de hablar sobre Dios. Podemos entender este revivir súbito de la memoria sólo contra un fondo de olvido. Cuando Moisés escribió el relato, miró hacia atrás y vio este punto en la línea de tiempo de la historia del pueblo de Dios: este fue el día cuando Dios empezó a actuar. En retrospectiva, esto le pareció a él tan dramático que, para denotar un cambio en los sentimientos de Dios, sólo podía describirlo diciendo: «Ese fue el día cuando Dios nos recordó». No obstante, cuando él escribía todo lo que había pasado antes de esa fecha, tenía que llamar la atención del pueblo al hecho de que Dios nunca se había olvidado de ellos. Esto, entonces, es la primera lección de estos capítulos iniciales de Éxodo, a saber, los perseverantes caminos de Dios con su pueblo escogido.

Los caminos de Dios con su pueblo

La sola cantidad numérica del pueblo de Dios produjo el terror en los gobernantes egipcios. Ellos sentían que había un peligro dentro de sus fronteras y que debían tomar medidas para contenerlo. El nuevo Faraón, que no había conocido a José, no estaba ligado por ninguna obligación al pueblo de Dios, así que tomó medidas para tratar con lo que él sentía era una amenaza a su reino. Entonces empezó a descubrir que este es un pueblo que no puede ser destruido. La narración de 1:1 a 2:22 nos muestra:

1. Cuidado providencial

Hablando humanamente, todo estaba dispuesto para su destrucción. «*Pero*

cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían» (1:12). Esto está de acuerdo con muchas expresiones en las Escrituras que se resumen para nosotros en las palabras del Señor Jesús: «*...nadie las arrebatará de mi mano*». Faraón era grande, y sus capataces muchos y fuertes, pero ningún esfuerzo de ellos podría competir con el cuidado providencial de Dios hacia su pueblo escogido. Es interesante contrastar las dos frases similares: «*para que no se multiplique*» (v. 10) y «*tanto más se multiplicaban*» (v. 12). El rey del mundo puede haber estado decidido a destruir, pero el Rey del Cielo señoreaba con su preservación sobrenatural.

2. Socorro oportuno

Aquí aprendemos lo que se dice en un pasaje del Nuevo Testamento: «*...a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados*». Faraón tenía un segundo plan. Si él no podía aplastar al pueblo por medio de la opresión general, llamaría a las parteras en su ayuda e intentaría impedir que naciesen los varones de Israel. Sin embargo, su política de infanticidio fue anulada por Dios, que en su maravillosa sabiduría hizo que el plan se encomendara a las mismas personas que deberían frustrarlo: «*Pero las parteras temieron a Dios y no hicieron como les mandó el rey de Egipto*». Así que ellas estuvieron bajo la bendición de Dios (v. 20) y en lugar de perecer, «*el pueblo se multiplicó y se fortaleció en gran manera*». El Dios Soberano vino con su auxilio oportuno y se enfrentó al enemigo de una forma que éste nunca esperó y con la cual no podía enfrentarse.

Lo que es verdad de la globalidad del pueblo de Dios es igualmente verdad para los individuos. El individuo está bajo el

cuidado de Dios, como vemos al encontrarnos por primera vez a Moisés, el hombre que protagoniza el resto de los primeros cinco libros de la Biblia. Aquí, sin embargo, él no se nos presenta en la luz de su subsiguiente grandeza, sino simplemente como una lección objetiva de cómo Dios cuida a todo individuo de su pueblo. En el caso de Moisés, había un cuidado especial en relación al propósito divino, pero esto no se menciona aquí. Sólo vemos que el mismo Dios que guarda a todo su pueblo con providencial cuidado es también cuidadoso para albergar a cada individuo bajo su gracia preservante.

Dios guardó celosamente a Moisés de cada amenaza. Sus padres se casaron y el niño nació en los mismos días en que el decreto real ordenaba que debía ser arrojado al río. A su debido tiempo, él fue llevado al río, pero el río no podía reclamar a este niño. Cuando él fue dejado allí, bajo la mirada amorosa de Miriam, quien habría de venir no era sino la hija de Faraón. No era ninguna egipcia corriente, sino una princesa de la casa real.

La disputa fue llevada a un punto particular: fue la misma casa real que decretó el infanticidio la que intervino para salvar al infante. La princesa pidió que la arquilla que estaba flotando en el río le fuese traída, y cuando la caja fue abierta, el niño empezó a llorar. En un notable acto de providencia, Dios inspiró ternura en el corazón de la princesa de esa salvaje casa real. Desde el palacio que no dudó en asesinar infantes en gran escala, vino una muchacha cuyo corazón fue conmovido por el llanto de un bebé. Por la diestra intervención de Miriam, él fue devuelto a sus padres para ser criado. Justo allí, en medio del pueblo cuyo rey había decretado su destrucción, el niño creció sin que nadie se atreviese a tocar-

lo. «*Lleva a este niño y créamelo*», había dicho la princesa.

La providencia conservadora de Dios había rodeado de tal manera la vida de este niño que no importa cuánta hostilidad sentían los egipcios y cuánto detestaban a los hebreos, no pudieron y no se atrevieron a tocarlo. Nuestro Dios es un Dios de socorro oportuno.

3. *Cuidado con propósito*

Pronto vemos que el cuidado providencial de Dios es también un cuidado con un propósito. La próxima cosa que se nos dice sobre este hombre muestra cuán consciente era él de su vocación. Vio a un egipcio golpear a un hebreo, y no pudo quitar sus manos del agresor. Había eso en Moisés, porque súbitamente reaccionó en forma violenta contra la indefensión y la injusticia. Él fue más bien como su madre real adoptiva, que había asumido su causa en su infancia. Moisés necesitó ese tipo de corazón, porque esto era parte de la preparación de Dios para el hombre que iba a sufrir por el resto de su vida con personas malhumoradas e ingratas sin perder la entrañable compasión por ellas.

Vemos el propósito pleno de Dios con Moisés desde el principio mismo: tal como empezó con este hombre iba seguir con él a través de su larga vida de servicio.

Un incidente posterior en la vida de Moisés lo muestra de nuevo así, saltando en defensa del desvalido: «*Los pastores vinieron y las echaron de allí* (a las hijas de Jetro), *entonces Moisés se levantó y las defendió*» (2:17). Esta participación en la casa de Jetro significó que Moisés se estableciera allí y pasara cuarenta años cuidando las ovejas de otro hombre. Esta es una historia de evidente fracaso, pero ni aun el fracaso pudo apartar a Moisés de los propósitos de Dios, que

soberanamente presidió todo para llevarlos a cabo. Así, por cuarenta años Moisés cuidó las ovejas de otro hombre hasta que vino el día cuando Dios estuvo listo para decir: «Yo guiaré a mis ovejas, a mi pueblo, como un rebaño, por mano de Moisés».

4. El recurso de la oración

Si el capítulo 1 muestra que el pueblo de Dios no puede ser destruido por agente humano alguno, el capítulo 2 deja en claro que ellos tampoco pueden ser librados por un simple agente humano. Si Faraón no puede destruirlos, tampoco Moisés puede librarlos. «*Las armas de nuestra milicia no son carnales*», era una lección aprendida hacía tiempo en tierra de Egipto. A pesar de toda su capacidad y toda su autoridad, Moisés no podía ser el libertador del pueblo de Dios. Ellos no podrían ser destruidos por el hombre y no podrían ser salvados por el hombre.

Sin embargo, misericordiosamente, el pueblo poseyó un recurso espiritual, como aprendemos en los versículos finales de este capítulo. «*Aconteció que después de muchos días... los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron*» (2:23). El alivio no se encontró con el paso del tiempo, sino pasados muchos días. El cristiano nunca dice que el tiempo es el gran sanador. No, el paso del tiempo no trajo alivio; sólo trajo continua esclavitud. Lo que trajo alivio fue el lugar y la práctica de la oración; «*y subió a Dios el clamor de ellos con motivo de su servidumbre*».

La repetición de esta última frase muestra que su clamor a Dios fue originado por un profundo sentimiento de necesidad, y es también la explicación de la respuesta de Dios: «*y subió a Dios el clamor de ellos con motivo de su servidumbre*». El motivo para el lamento desde la tierra era la esclavitud y el motivo

por el cual la oración fue oída en el cielo fue también la esclavitud. Nuestras verdaderas necesidades son en sí mismas una apelación a Dios, y una garantía de que él nos oirá.

Los próximos dos versículos dan una cuádruple explicación de por qué tal oración es eficaz. Primero, es porque Dios *oye*. Luego, porque Dios *recuerda*. Él recuerda su pacto, que significa simplemente que Dios había hecho una promesa solemne. Él había dicho que él sería un Dios para Abraham y su descendencia, y juró efectivamente a ese efecto. Faraón lo desafió, diciendo: «Ellos son mi pueblo, y yo los destruiré», pero Dios no podía permitir esto, porque ellos eran pueblo suyo y él se había comprometido con ellos. Dios siempre recuerda sus promesas y nunca las abandona.

Se nos dice entonces que Dios *miró*. Debemos notar que, aunque el pacto estaba asociado con Jacob, Dios los vio como Israel. Él siempre mira a su pueblo a la luz de lo que él ha hecho por ellos a través de su gracia. Él no los ve en relación con su herencia pecadora en Jacob, sino en relación con su herencia de gracia en Israel. Dios siempre ve a su pueblo a través del prisma de la gracia.

En cuarto lugar, dice que Dios *los reconoció*. Esto significa que él lo supo todo. Él inclinó su mirada a la situación de ellos y la asumió; no sólo tuvo información acerca de ella, sino que él sentía profundamente sus agonías. Las necesidades del pueblo de Dios y sus circunstancias impactaban directo a su corazón. Por aquellos israelitas, había Uno en el trono alcanzado con las punzadas de sus sufrimientos, y fue por eso que la oración tuvo eficacia.

Volvamos ahora a las medidas que Dios tomó para contestar estas oraciones agonizantes, y a medida que pasamos al capítulo 3, dejamos la consideración de

los caminos perseverantes de Dios con la totalidad de su pueblo, para abocarnos a un hombre y lo que Dios hizo por él.

Los caminos de Dios con su siervo

Toda la sección de 3:1 a 7:7 opera según un modelo. Primeramente, hay una secuencia de visión, certeza y fracaso. El mismo modelo que se repite luego con una diferencia significativa es: visión, certeza y éxito. Tales sucesiones nos llevan a indagar cuál es el significado de la visión y qué es aquello que torna el fracaso en éxito.

La respuesta a esta primera pregunta es que la preparación esencial de un individuo para el servicio consiste en conocer a Dios en el lugar secreto, a través de los tratos entre Dios y su alma. Esto se muestra claramente en las ocasiones cuando Dios vino a Moisés como individuo solitario y habló con él en secreto. La preparación de Moisés para el servicio tuvo su punto de origen y sus lecciones más eficaces allí en el lugar secreto, donde él llegó a conocer Dios a través de su acción reveladora. No era cuestión de la destreza de Moisés, sino de la acción reveladora de Dios. Dios quitó el velo y se mostró a Moisés; ahí es donde empieza el servicio.

La segunda pregunta se relaciona con la diferencia entre el rotundo fracaso de la primera vez y el éxito al final del segundo modelo. ¿Qué fue lo que hizo la gran diferencia? La visión era la misma; la confianza era la misma; pero en el primer caso Moisés falló, en tanto que en el segundo triunfó. Investiguemos más allá.

El modelo empieza con la visión, y comenzamos en el capítulo 3 viendo a Moisés en el camino de la revelación, cuando él atiende diligentemente asuntos rutinarios. ¿No dijo el Señor Jesús que cuando somos fieles en cosas muy pequeñas, entonces se nos dará mayor au-

toridad? Moisés es una lección objetiva de esta verdad: él era fiel guardando las ovejas de otro hombre en un lugar desierto, y Dios le asignó una gran autoridad. Aquí le fue dada una triple revelación, una revelación de Dios, de la necesidad de su pueblo y de su propia vocación en la satisfacción de esa necesidad.

«Y se le apareció el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y el miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía» (v. 2). Este es llamado a menudo ‘el pasaje de la zarza ardiente’; sin embargo, el arbusto no se estaba quemando, sino que Dios mismo era la llama de fuego. De esta forma, Dios estaba diciendo a Moisés: «Yo soy el Dios Viviente – viviente en el sentido más absoluto». ¿Vio usted alguna vez un fuego que no necesitara combustible? Todo fuego se alimenta con combustible. Aquí, sin embargo, era una llama eterna que no requería combustible. Y, maravilla de maravillas, este Dios viviente lleno de gracia se ha reducido a habitar en la cosa más ordinaria y la ha hecho resplandecer con su propio fulgor. Era la visión de la llama eterna de Dios en un pobre arbusto del desierto.

La visión enfatizaba la santidad de Dios. Donde está Dios, está la santidad. Y significa que Dios se reveló como el Dios fiel → *Yo soy el Dios de tu padre,*

Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob». Él es el Dios que va fiel y pacientemente con su pueblo escogido. Es más, él es un Dios guardador y liberador (vv. 7 y 8). Esto, entonces, fue la primera revelación, la visión del Dios santo, fiel y guardador, presentándose ante un pecador. Y en base a esto, Dios abrió los ojos de Moisés a una necesidad y a un llamamiento. Moisés, sin embargo, era reacio a oír ese llamado y necesitó una larga sesión con Dios sobre eso. Así, pasamos a la materia de la certeza.

Moisés presentó cinco excusas diferentes; pero antes de mirarlas, debemos registrar que Dios no las aceptó, sino que se empeñó en remediar las quejas de su siervo. Aquí están:

1. Insuficiencia. «¿Quién soy yo?» (v. 11). A esto, Dios contestó: «Pero Moisés, ¡yo nunca dije que tú eras alguien! ¡No eres tú quien importa, soy yo! Yo estaré contigo con todo mi poder, toda mi santidad, toda mi fidelidad y toda mi determinación a ser un Libertador».

2. Ignorancia. La excusa de ignorancia de lo que él debería decir cuando se reuniera con los hijos de Israel. «¿Qué les responderé?» (v.13). Inmediatamente Dios lo tranquilizó diciéndole que, si la ignorancia era el problema, entonces él no podría venir a un lugar mejor para ser remediado. Moisés sólo quería saber una cosa, pero Dios le dijo tres. Él quería saber lo que debía decir acerca de Dios, y el Señor no sólo le habló sobre sí mismo, sino sobre sus planes (vv. 16-18) sobre el curso de los acontecimientos (vv. 19-21), e incluso sobre el resultado final (v. 22). Él cargó a Moisés con información. Si usted es ignorante, entonces el Señor es el único que le pondrá al día. ¡Cuán ampliamente cubre él nuestras necesidades y nuestras excusas!

El punto central sobre la revelación de Dios se contiene en las palabras: «Yo

soy el que soy» (v. 14). Hace muchos años, yo estaba presente en un encuentro de mujeres, no para hablar sino oyendo a una hermana. Para mi deleite, ella escogió hablar sobre Éxodo 3:14, así que me acomodé en el asiento con avidez, listo para aprender más sobre este versículo en el que me había ejercitado a menudo. La sustancia de la dirección fue así: «Estimados amigos, ¿qué necesidades tienen ustedes?». Entonces, ella empezó a perfilar lo que podrían ser las necesidades de una típica reunión de mujeres en una tarde de lunes. Y continuó: «Ahora, miren esas necesidades. Aquí están: una, dos, tres, cuatro, cinco... Nombren cada una de sus necesidades y entonces con respeto a cada una de ellas, escuchen a Dios que dice: «¡Yo soy eso! ¡Yo soy!».

Esto pudiera parecer risible, pero aun así transmite el sentido de lo que Dios dijo. Cual sea la necesidad, él es la respuesta. ¿Hay una necesidad? Entonces él afirma: «¡Yo soy eso! ¡Yo soy!». Este es el mensaje y la teología que Dios envió a Moisés que declarara en Egipto. El pueblo necesitaba salvación, así que el Señor mismo sería su Salvador. En cualquier necesidad, el gran Yahvé se ofrece a sí mismo como la respuesta. «¡Yo soy eso! ¡Yo soy!».

3. Ineficacia. Moisés prosiguió alegando ineficacia: «Ellos no me creerán» (4:1). Esto es contestado a través de tres señales. «¿Ineficacia respecto a los recursos? ¿Qué has conseguido tú? Pero si arrojas delante de mí lo que tienes en tu mano, se volverá una cosa poderosa». Así que Dios contestó a la ineficacia de Moisés señalándose a sí mismo como el Dios de poder transformador. «¿Ineficacia de tu persona? Tienes razón sobre eso. Pon tu mano en tu pecho y siente latir tu propio corazón. Ahora saca tu mano y mírala. Tiene el contagio de la lepra de tu co-

razón. En tu hombre interior estás absolutamente mal. Ahora repite la acción y verás que la lepra ha desaparecido». Dios es el único que puede quitar toda corrupción interior y transformar a su siervo en un nuevo hombre. «¿Ineficacia ante el enemigo? Anda y recoge agua del Nilo. Anda al lugar mismo donde la vida de Egipto está latiendo, aquello que ellos adoran como un dios. ¡Ve y toma agua de ese río y mírame convertir su vida en muerte!». Él es el Dios de poder victorioso que puede enfrentar al enemigo y reducir todo su poder a nada. ¡La objeción no se sostuvo!

4. Incapacidad. «Ay, Señor, yo soy torpe de lengua» (4:10). A esta objeción, el Señor dio la respuesta que aplicaría en principio a cualquier incapacidad que nosotros pudiéramos clamar: «¿Quién hizo ese órgano, esa capacidad que tú te quejas es tan inadecuada para el propósito? ¿No soy yo su Creador que hizo tu boca? ¿Cómo puedo yo entonces dejarte sin una palabra que hablar? Yo, el que hizo tu boca, estaré con esa boca y te enseñaré lo que has de hablar».

5. Incredulidad. Esta fue la última de las objeciones de Moisés e hizo a Dios enojarse contra él. «Ay, Señor, envía, te ruego, por medio del que debes enviar» (4:13). ¡Cómo aborrece el Señor la incredulidad! Pensar que él había dado tantas certezas a Moisés y todavía el hombre no confiaba en él. Pero sobre el enojo del Señor prevaleció su gracia: «Bueno, Moisés, debes ir, porque yo insisto en ello; pero si sientes que no puedes ir solo, yo arreglaré que Aarón vaya contigo».

Con esta certeza de la gracia, Moisés fue. La próxima sección del capítulo lo evidencia: Dios fue con él. Dios no es como un arrendador de botes en las riberas de un lago, que asigna a alguien para el bote N° 9, lo empuja al agua y lo deja

seguir solo. Ese no es el concepto bíblico del llamamiento. Es Dios quien determina lo que se hará, Dios escoge al siervo, y Dios va con él.

Vemos que hubo tres vías en las que Dios ejerció esta supervisión pastoral sobre su siervo. Primeramente, le enseñó una lección concerniente a la dirección divina. Moisés regresó a pedir el permiso de su suegro y aún estaba en eso cuando Dios interrumpió la conversación rudamente, diciendo: «Perdona, Moisés, pero soy yo, no Jetro, el que te está enviando: Vé y vuélvete a Egipto» (v. 19). Dios debe permanecer a cargo de su propia obra.

La segunda lección, relativa a la justicia divina: «*Jehová le salió al encuentro, y quiso matarlo*» (v. 24). ¡Qué asombroso incidente! ¡El Señor luchando contra su siervo escogido! Debemos escudriñar en esto. El Señor estaba luchando contra él porque su hijo Gersón no había sido circuncidado. Esta es la clara lección del pasaje. Luego que el muchacho fue circuncidado, el Señor dejó ir a Moisés (v. 26). Es peligroso andar en los negocios de Dios en un estado de desobediencia. Moisés iba al pueblo del pacto para hablarles en el nombre del Dios del pacto y comprometerlos en las promesas del pacto, y él aún andaba en desobediencia al pacto. Por consiguiente, no podía continuar; Moisés no podría poner un pie en Egipto o asumir la obra de Dios, hasta haber hecho justicia.

Ahora, ¿qué pasó con Séfora? Bueno, temo que todos nosotros hemos sido descaminados por esa traducción infortunada de las palabras: «un esposo de sangre». Hemos llegado a considerar esto como si fuera un término de reproche e incluso de abuso. ¡No es así! Séfora supo la causa del enojo de Dios, y como su marido estaba incapacitado, ella tomó el cuchillo, circuncidó el muchacho y tocó

a Moisés con la sangre de la circuncisión¹, asociándolo con este acto de obediencia. Tan pronto como él fue tocado por esta sangre, fue restaurado a su esposa desde su lecho de muerte. ¡Ella lloró de alegría: «He aquí, nuestro matrimonio ha vuelto a empezar de nuevo! ¡Tú eres de nuevo mi novio, restaurado a mí por la sangre derramada». ¡Qué indicación de su amor por Moisés y la felicidad de su hogar juntos: Él es su novio, restaurado a la vida, restaurado de la muerte, porque ella lo trajo al lugar de la obediencia!

La tercera lección que Dios dio a Moisés en esta sesión final de información y cuidado pastoral concerniente a la gracia divina fue: «*Y Jehová dijo a Aarón: Vé a recibir a Moisés al desierto. Y él fue, y lo encontró*». (v. 27). ¡Qué emocionante debe haber sido para Moisés! Por esos días no había correo, ni teléfono, ni medios de comunicación; y Aarón vino a la cita así como Dios lo había prometido. La gracia había ido adelante, la gracia había provisto una bienvenida humana para demostrar que Dios estaba a su lado.

¿Qué más podía un hombre desear? «Moisés, permíteme ser tu Guiador. Moisés, sobre todas las cosas guardadas, sé recto conmigo en la obediencia. Moisés, yo estoy contigo en la gracia». Con ese trasfondo, Moisés arribó a la tierra de Egipto, ¡sólo para encontrarse con un fracaso total y desconsolador! «*Entonces Moisés se volvió a Jehová y dijo: Señor, ¿por qué afliges a este pueblo? ¿Para qué me enviaste? Porque desde que yo vine a Faraón para hablarle en tu nom-*

bre, has afligido a este pueblo; y tú no has librado a tu pueblo» (5:22-23). ¡Un absoluto fracaso!

Los caminos de Dios con sus fracasos

La razón para el fracaso de Moisés fue su obediencia parcial. Dios le dio instrucciones muy precisas y él las ignoró o las cambió. Se le dijo que llevara una delegación de los ancianos (3:18) y él sólo trajo a Aarón (5:1). Se le dijo que viniera diplomáticamente, y vino como un explosivo viento oriental. Se le encomendó que dijera: «Jehová el Dios de los hebreos nos ha encontrado» y él dijo: «Jehová el Dios de Israel dice así». Se le dijo que hiciera una demanda provisional para una jornada de tres días en el desierto, y él hizo una demanda absoluta de liberación. En un sentido, hizo lo que Dios le dijo que hiciera, pero en otro sentido falló absolutamente en materia de obediencia. Como resultado, Faraón endureció la servidumbre del pueblo y sus ancianos vinieron y maldijeron a Moisés.

La obediencia parcial de un hombre dio al enemigo la victoria sobre todo el pueblo de Dios. Puso al pueblo —no a Moisés, sino al pueblo— bajo severo juicio y privación, y fragmentó el compañerismo a tal grado que los ancianos vinieron a Moisés y le dijeron que ellos no querían ver nada más con él. La sola obediencia a medias de un hombre hizo todo esto. Siempre lo hace. Le da poder al enemigo, trae sufrimiento a la Iglesia y quebranta el compañerismo. A pesar de la visión y la certeza, Moisés termina esta fase en completo fracaso.

Ahora veremos el modelo durante el segundo tiempo con la visión más extensa, la certeza más amplia y luego el éxito.

Veamos lo que Moisés hizo en su desesperación: se volvió al Señor (5:22).

¹ La Versión Reina-Valera es oscura en este pasaje. La Nueva Versión Internacional en español (NVI), traduce así el versículo 25 de Éxodo: «*Pero Séfora, tomando un cuchillo de pedernal, le cortó el prepucio a su hijo; luego tocó los pies de Moisés con el prepucio y le dijo: No hay duda. Tú eres para mí un esposo de sangre*» (Nota del traductor).

Esa es la forma de tratar con el fracaso. Satanás siempre nos hará refugiarnos en nuestro fracaso, replegándonos, ocultándonos y sucumbiendo a un sentimiento de condenación. El ejemplo de Moisés nos dice que no hagamos así, sino que traigamos nuestro fracaso a la luz, a la presencia de Dios. Volverse al Señor y decirle todo a él. Expresar en palabras la calamidad. «*Tú no has librado a tu pueblo*». Es lo que Moisés hizo con su fracaso; ahora veamos lo que Dios hizo con ello. Esto es simplemente hermoso: «*Ahora verás lo que yo haré*». Lo que es más, Dios apuntó a sí mismo, abriendo los ojos de Moisés a una nueva revelación, una revelación salvadora: «*Yo soy JEHOVÁ*» (v. 2).

Dios enfrentó a Moisés con una esperanza firme. Le dijo: «Ahora que te tengo en el lugar de la desesperación absoluta, yo puedo realmente mostrarte mi poder. Por fin, ahora, te tengo donde yo quiero, y hay un terreno amplio para la esperanza segura».

La visión renovada consistió en la declaración más maravillosa del significado del nombre divino (6:2-8). Este pasaje empieza y termina con la aserción majestuosa: «*Yo soy Jehová*», y contiene siete verbos por los cuales Dios se compromete a la acción. «*Yo os sacaré... os libraré... os redimiré...*». En base a su gran nombre de Salvador, el Señor hace tronar su «Yo...» una y otra vez, dando a Moisés una visión renovada de sí mismo, con todo su poder viviente como el eterno Salvador. Es en este pasaje que el verbo «redimir» se usa por primera vez en su sentido bíblico característico.

La visión es seguida por la certeza. Moisés todavía estaba consciente de su debilidad e insuficiencia, y enfatizó de nuevo su debilidad como orador (v. 12). Él había diagnosticado acertadamente

este punto central en cuanto a su debilidad; era en la facultad del habla que él se sentía tan incompetente, y de hecho parece que cuando él fue a Faraón, dijo todas las cosas mal. Entonces, cuando se volvió a Dios, preguntó: «¿Qué puedes hacer tú con un hombre de labios incircuncisos?». Y Dios le dijo que él —el Señor— podría hacerlo, y no se lo dijo una, sino dos veces: «*Jehová habló a Moisés y a Aarón y les dio mandamiento*» (v. 13), y el Señor dijo: «*Mira, yo te he constituido dios para Faraón, y tu hermano Aarón será tu profeta*» (7:1). Dios le dio a Moisés una doble certeza allí donde él estaba muy consciente de su debilidad. Él preparó para Moisés un completo sistema de comunicación para ponerlo en este lugar de necesidad fundamental.

Y, ¿qué pasó entonces? ¡Ya no hubo más fracasos! Moisés va a tener una sólida carrera de éxito y nunca fallará de nuevo hasta esa última acción infortunada de golpear la roca con violencia dos veces. La razón se encuentra en la respuesta a esta renovada visión y certeza: «*E hizo Moisés y Aarón como Jehová les mandó; así lo hicieron*» (7:6). Las palabras resuenan en un estribillo constante desde ahora en adelante: «Como Jehová mandó a Moisés». Por fin, el fracasado había encontrado el secreto del éxito.

En el capítulo 2, Moisés aprendió que era imposible ir como un libertador con sus propios recursos. En el capítulo 5, vio que era inadecuado aun ir al llamado de Dios para ser un libertador. Pero en el capítulo 7, él había aprendido por fin la lección de que la victoria y el éxito salen al camino del hombre que es obediente. «*Como Jehová les mandó; así lo hicieron*». Ésa era la llave de la empresa completa del éxodo. (*Continuará*).

De «Toward the Mark» Nov-Dic., 1977.

Los nombres de Cristo.



El Hijo de Dios

Harry Foster

Si por casualidad pudiéramos oír a un santo en sus devociones privadas, de seguro le oíríamos confesar sus limitaciones, y cuanto mayor fuese el santo probablemente mayores serían sus expresiones de indignidad personal. Jesucristo aventajó a todos en santidad, mucho más en su expresión de auto humillación. Su oración en la víspera de la crucifixión respira una atmósfera de callada confianza y perfecto compañerismo con el Padre en un amor y gloria que no tienen principio ni fin (Juan 17:5, 24). Él se dirigió al eterno Padre sabiéndose a sí mismo el Hijo eterno: y esto es lo que él es; el compañero del Padre, el muy amado camarada y colega del Padre.

Cristo compartió la planificación de la creación de hombre; y en el principio del tiempo él mismo fue quien ejecutó este plan (Colosenses 1:16). Más aún, compartió la planificación de la redención del hombre, y en la plenitud de los tiempos descendió personalmente a la tierra para llevar a cabo este plan expiatorio (1 Juan 4:14). Así el bebé de María, nacido en Belén de madre humana y destinado a vivir como un Hombre entre los

hombres, y a morir en la cruz como un Hombre por los hombres, era de hecho el Hijo de Dios. La propia María supo esto –nadie mejor– y comprendió que sólo una intervención milagrosa en su vida por el Espíritu Santo podía posibilitar que el Hijo eterno de Dios llegara a ser un miembro de la raza humana (Lucas 1:35).

El propio Satanás reconoció esta filiación, y en las tentaciones del desierto trató de usar el hecho como un argumento para inducir a Cristo a actuar de manera que contradijera su dependencia absoluta de Dios. Los otros demonios también lo reconocieron, y aun cuando era para su propia confusión, se vieron obligados a reconocerlo como el santo Hijo de Dios, aunque él no tenía ningún deseo de ser reconocido (Lucas 4:41).

Los dirigentes judíos conocieron suficientemente bien que Jesús afirmaba ser el Hijo único de Dios, pero en lugar de investigar humildemente esta posibilidad, ellos lo rechazaron y aun decretaron su muerte bajo este mismo cargo (Juan 19:7). En las últimas horas de su terrible agonía en la cruz, Cristo fue tentado acerca de si él realmente era el Hijo de Dios

(Mt. 27:40). Los irreflexivos escarneadores pueden genuinamente haber dudado de su filiación, como aun sus discípulos parecen haber hecho.

Sin embargo, los espíritus satánicos que incitaron crueles sonrisas de desprecio no tenían duda alguna sobre eso, pero de hecho estaban haciendo un esfuerzo final para conseguir que él rompiera con el Padre y abandonara la obra de redención del hombre. Él rehusó bajar de la cruz, aunque fácilmente pudiera haberlo hecho, y por su negación hizo no sólo el sacrificio perfecto por el pecado sino que estableció con claridad que él realmente es el Hijo de Dios (Mateo 27:54).

La resurrección lo puso aun más en evidencia. Expuso la necedad y futilidad del crimen de los líderes judíos, porque el poderoso milagro de la resurrección en el tercer día fue la total y final autenticación de la filiación de Cristo (Romanos 1:4). Después de su ascensión, él retomó la gloria que había disfrutado antes que el mundo fuese, y que había dejado temporalmente por causa nuestra. Es para enorme consuelo nuestro que la reasumió, con la calidad agregada de comprensiva compasión que él había ganado aquí en tierra (Hebreos 4:14-15).

Nunca permitamos que la simple belleza de la humanidad de Cristo opaque el hecho vital de su filiación eterna. Es verdad que en su encarnación él se despojó a sí mismo de las evidencias exteriores de su gloria (Filipenses 2:7), pero él no lo hizo y no podía desposeerse de ese lugar esencial en la Deidad que le permitía declarar: «Yo y el Padre uno somos» (Juan 10:30). Era comprensible que, en el momento cuando el Padre estaba en cielo y él estaba en tierra, Jesús reconociese que el Padre era mayor que él (Juan 14:24), pero eso significaba mayor en posición; nunca él admite que había algo menos que igualdad entre él y el Padre.

Todo padre sabio anhela el tiempo cuando su hijo será bastante maduro para ser su igual, con la sola diferencia entre ellos de antigüedad en años. No puede haber tal antigüedad en la Deidad, donde no existe relación de tiempo, para que este Uno, el Hijo del Padre, sea su compañero perfecto en un indescriptible y maravilloso compañerismo de amor y vida.

Un asunto que no es fácil entender es lo que puede implicar la revelación del hecho que cuando las actividades de su reino se completan el Hijo se sujetará (1 Corintios 15:28). Él ciertamente no será reemplazado ni degradado de su realeza. El significado puede más bien ser que esto marcará el cumplimiento de su comisión dentro de la Deidad de restaurar la armonía perfecta del universo, marcando un punto en el tiempo, o al final del tiempo, cuando la bienaventuranza eterna de la supremacía de Dios será indiscutible, y los hombres honrarán al Hijo como honran al Padre (Juan 5:23).

La aceptación de Jesucristo como el verdadero Hijo de Dios no es optativa sino esencial. Este conocimiento trae la certeza de la vida eterna (1 Juan 5:13); es la base de nuestra personal experiencia del Espíritu Santo (Gálatas 4:6); y es el único secreto seguro de la vida cristiana victoriosa (1 Juan 5:5). Dios viene a vivir en el corazón de quienes de verdad reciben a Jesús como el Hijo de Dios (1 Juan 4:15).

En un deplorable estado de ignorancia, un hombre llamado Agur una vez exigió saber la identidad de nuestro Creador. «¿Cuál es su nombre» clamó, «y cuál es el nombre de su hijo; si sabes?» (Proverbios 30:4). Felizmente, el Nuevo Testamento puede decirlo a todo aquel que desea saber, porque revela el nombre y la naturaleza de Dios testificando de Jesucristo, su Hijo eterno.

De «Toward the Mark» Ene-Feb.1972.



Bosquejos

ESTE DIOS ES NUESTRO DIOS

- El Dios de paz - Fil.4:9.
- El Dios de amor - 2 Co.13:11.
- El Dios de perdón - Neh. 9:17.
- El Dios de esperanza - Rom. 15:13.
- El Dios de paciencia y consolación - Rom. 15:5.
- El Dios de toda consolación - 2 Co.1:3.
- El Dios de toda gracia - 1 P. 5:10.
- El Dios de la gloria - Hch. 7:2.

CINCO CORONAS

1. La corona de vida - Stg. 1:12; Ap. 2:10.
2. La corona de justicia - 2 Tim. 4:8.
3. La corona de gozo - 1 Tes.2:19.
4. La corona de gloria - 1 P. 5:4.
5. La corona incorruptible del galardón - 1 Co.9:25.

SIETE EJEMPLOS DEL RECHAZO A CRISTO

1. Su propio MUNDO - Jn.1:10.
2. Su propia NACIÓN - Jn.1:11.
3. Su propio PAÍS - Mr.6:4.
4. Su propia CIUDAD - Lc.4:29.
5. Sus propios PARIENTES - Jn.7:5.
6. Sus líderes ANCIANOS, SUMOS SACERDOTES Y ESCRIBAS - Lc.9:22.
7. Sus DISCÍPULOS - Mr.14:71.

LA ESTIMACIÓN DE PABLO

- Año 59 DC: «el más pequeño de los apóstoles» (1 Co.15:9).
- Año 64 DC: «menos que el más pequeño de todos los santos» (Ef. 3:8).
- Año 65 DC: «el primero de los pecadores» (1 Tim.1:15).

MARÍA A LOS PIES DE JESÚS

- El PROFETA que le enseña - Lc.10:39.
- El SACERDOTE que la consuela - Jn.11:32.
- El REY que ella ungió - Jn.12:3.

APLICAD VUESTRO CORAZÓN...

- A la sabiduría - Sal. 90:12.
- A la prudencia - Pr. 2:2.
- A la enseñanza - Pr.23:12.

CRISTO Y LOS SUYOS

- El PASTOR y las ovejas - Jn.10:11.
- La VID y los pámpanos - Jn.15:5.
- El EDIFICADOR y el edificio - 1 P. 2:4-5.
- La CABEZA y el cuerpo - Ef.1:22-23.

ALGUNOS FIELES SIERVOS DE DIOS

- «*Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida*» (Ap.2:10).
- * MOISÉS, fiel en toda la casa de Dios - Nm. 12:7; Heb. 3:5.
- * PABLO, Cristo Jesús me tuvo por fiel - 1 Tim.1:12.
- * TÍQUICO, amado hermano y fiel ministro - Col.4:7; Ef.6:21.
- * ONÉSIMO, amado y fiel hermano - Col.4:9.
- * EPAFRAS, fiel ministro de Cristo - Col.1:7
- * TIMOTEO, hijo amado y fiel en el Señor - 1 Co.4:17.
- * SILVANO, hermano fiel - 1 P.5:12.
- * DANIEL, era fiel - Dn. 6:4.
- * ANTIPAS, testigo fiel - Ap.2:13.

«À Maturidade».

El número 7

Christian Chen

El siete se menciona 737 veces en la Biblia. «Siete veces» es mencionado 6 veces, el *séptimo* se encuentra 119 veces. Cierta día, Pedro vino a Jesús y le dijo: «Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?». Para Pedro, perdonar hasta siete veces ya era alcanzar el máximo de su espiritualidad. Él quedó sin duda impresionado por el mandamiento del Señor en el monte: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mt. 5:48). Probablemente, en la mente de Pedro perdonar siete veces significaba alcanzar la perfección. Nuestro Señor lo sorprendió con la respuesta: «No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete» (Mt. 18:22). Es la perfección sobre la perfección.

«Siete» es el número de la perfección, generalmente con un énfasis espiritual. En Hebreos, la palabra «siete» es «chevah». Viene de la raíz «Sabah», *lleno o satisfecho, tener suficiente*. Por lo tanto, el significado de la palabra «siete» es denominado por esta raíz, pues, en el séptimo día, Dios descansó del trabajo de la Creación. Estaba pleno y completo, bueno y perfecto. Nada podía agregarse o quitarse de él sin perjudicarlo. Siete veces Dios hizo el comentario sobre sus obras: «Es bueno». Él estaba satisfecho y entonces descansó. El siete, por lo tanto, sella con perfección y cabalidad aquello en relación a lo cual es usado.

El primer patrón de una vida completa después de la caída del hombre fue dado en Génesis 5:24: «Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó con Dios». Enoc era el séptimo desde Adán y el primer hombre que no experimentó la muerte.

El segundo hombre después de Adán que caminó con Dios fue Noé (Gn. 6:9). Noé llevó los animales limpios para el arca de siete en siete (Gn. 7:2). Siete días después que Noé entrara en el arca, vino el diluvio (Gn. 7:9-10). El arca descansó el séptimo mes sobre las montañas del monte Ararat (Gn. 8:4).

El esclavo hebreo debería servir durante seis años, que era el límite legal (Ex. 21:2). El amor hizo que Jacob deseara servir a su tío Labán durante siete años por Raquel. Solamente el amor puede ir más allá del límite legal y puede abarcar la extensión total de tiempo para servir. (Gn. 29:20).

Después de la Pascua, el pueblo de Israel debería comer panes sin levadura durante siete días. Deberían quitar la levadura de sus casas. No deberían tocar levadura «desde el primer día hasta el séptimo» (Ex. 12:15). Aquí, es claro, es destacada para nosotros la santidad implícita en todo esto. La levadura significa corrupción y real separación de Dios. Después de haber sido salvados, nosotros debemos vivir apartados de la levadura nuestros «siete días», que representan nuestra vida entera.

El candelero de oro del Tabernáculo

tenía seis brazos que salían de un soporte central, sumando un total de siete, dando énfasis y en armonía con el hecho de que la luz era la luz del pueblo de Dios en el mundo, pero que su fuente era divina. En correspondencia con los siete brazos fueron hechas también siete lámparas. (Ex. 25-32, 37).

Antes que Aarón y sus hijos dieran inicio a su servicio sacerdotal, ellos fueron consagrados durante siete días (Lv. 8:31-36). El hijo de Aarón que tomara su lugar como sacerdote debería colocarse las vestiduras sagradas de Aarón por siete días. (Ex. 29:2, 30). Estas son descripciones de una vida completamente consagrada al servicio del Señor.

En el día de la expiación, el sumo sacerdote esparcía la sangre del becerro sobre el propiciatorio, y siete veces delante del propiciatorio (Lv. 16:14). Esto retrata la perfección de la obra redentora de Cristo. «...por su propia sangre entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención» (Heb. 9:12).

Había 7 días de fiesta de nuestro Señor: Pascua, Panes sin levadura, Primicias, Pentecostés, Expiación, Trompetas y Tabernáculos (Lv. 23:1-44). Aquí hay un tipo perfecto de Cristo como nuestro deleite, nuestra alegría y nuestro descanso.

Cuando Israel tomó la ciudad de Jericó, Dios les ordenó que marchasen alrededor de la ciudad siete veces. Entonces, en el séptimo día, cuando ya habían marchado siete veces alrededor de ella, completaron su marcha de fe. Esta marcha fue completada con los siete sacerdotes llevando las siete bocinas de cuero de carnero delante del arca (Jos. 6:1-12).

A Salomón le tomó siete años construir el templo de Dios (1 R. 6:38). Salomón y todo el pueblo dedicaron la casa de Dios. «Entonces hizo Salomón fiesta siete días...» (2 Cr. 7:8) y «habían

hecho la dedicación del altar en siete días» (2 Cr. 7:9).

Dos milagros de Eliseo fueron sellados con el número 7: el niño que él resucitó de la muerte estornudó siete veces antes de abrir los ojos (2 R. 4:35). Naamán, jefe del ejército del rey de Siria «se zambulló siete veces en el Jordán» antes de ser sanado de la lepra (2 R. 5:14).

La sabiduría del libro de Proverbios es personificada y siempre habla de Cristo. «La sabiduría edificó su casa, labró sus siete columnas» (9:1). No son solamente las siete columnas que son configuradas en la Roca eterna, en ella se encuentran también siete ojos, según Zacarías 3:9. «Porque los que menospreciaron el día de las pequeñeces se alegrarán, y verán la plomada en la mano de Zorobabel. Estos siete son los ojos de Jehová, que recorren toda la tierra» (Zac. 4:10) Los siete ojos en la piedra que está en Sion hablan de la perfecta inteligencia de Dios. Ellos deben alegrarse cuando ven la plomada en la mano de Zorobabel, o sea, la casa de la habitación del Señor enteramente terminada.

Tener siete hijos tipifica una bendición en toda su medida, aunque, como nos recuerda Jeremías, el costo sea el más alto de todos para la madre: «Languideció la que dio a luz siete; se llenó de dolor su alma, su sol se puso siendo aún de día...» (Jer. 15:9). ¿No es un cuadro de nuestro Señor en la cruz? A fin de 'llevar muchos hijos a la gloria' (Heb. 2:10), él expiró en la cruz y el sol se oscureció al mediodía. Bebió también la copa amarga para que la copa de la bendición se derramase sobre nosotros. Fue maldecido y muerto sobre el madero para que fuésemos bendecidos con todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo (Ef. 1:3).

En Daniel 9 leemos que están determinadas setenta semanas sobre el pue-

blo y la ciudad de Dios. El enfoque de este programa determinado está en el fin de (70-1) x 7 cuando «se quitará la vida al Mesías» (Dn. 9:26). En relación al pueblo y al testimonio de Dios, Cristo y él, crucificado, debe estar al frente.

El candelero en la visión de Zacarías tenía 7 brazos para 7 lámparas o 7 brazos para cada una de las 7 lámparas en medio de dos olivos. Qué abundante suministro del Espíritu Santo en esta figura para sustentar el testimonio del Señor. Esta es una de las mejores ilustraciones para el famoso verso: «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Zac. 4:6).

Siete fueron los nombres mencionados en los títulos como autores de los Salmos: David, los hijos de Coré, Asaf, Hemán ezraíta, Etán ezraíta, Moisés y Salomón.

Hay siete «hombres de Dios», así llamados en el Antiguo Testamento: Moisés (Dt. 12:22), David (2 Cr. 8:14), Samuel (1 Sam. 9:6), Semaías (1 R. 12:22), Eliseo (2 R. 4:7), Elías, Igdalfás (Jer. 35:4). Y uno en el Nuevo Testamento, Timoteo, completando ocho.

Hay siete cosas débiles en Jueces, utilizadas por Dios como instrumentos de liberación, que marcan y sellan la perfección espiritual de Su obra: 1. Un hombre zurdo (3:21), Aod, libertando de la opresión de Moab. 2. Una aguijada de bueyes (3:31) en la mano de Samgar, libertando a Israel de los filisteos. 3. Una mujer (4:4) y 4. Una estaca de tienda en la mano de Jael, libertando de Jabín, rey de Canaán. (4:21). 5. Un pedazo de una rueda de molino (9:53), libertando al pueblo de la usurpación de Abimelec. 6. Los cántaros y las trompetas de los 300 hombres de Gedeón (7:20) libertando de los ejércitos de Madián. 7. Una quijada de asno (15:16), con la cual Sansón libtó a Israel de los filisteos.

Dios de hecho escogió «lo débil del mundo para avergonzar a lo fuerte» (1 Co. 1:27), «a fin de que nadie se jacte en su presencia» (1 Co. 1:29).

Siete peticiones constan en la Oración del Señor; tres referentes al cielo, con la palabra «tu»; cuatro referentes a la tierra con la palabra «nuestro» (nuestros, as). En Mateo 13, hay siete parábolas del Reino.

Siete fueron las palabras de Jesús en la Cruz – Oro del Gólgota. Gólgota es el foco de la revelación, de la historia y de la experiencia. Dios hizo allí lo mejor y el hombre lo peor. Todo en el Calvario es significativo, pero de manera especial las siete palabras del Salvador, habladas de lo más profundo de Su sufrimiento vicario, lo interpretaron para la humanidad. Él habló siete veces – una completa interpretación. Ninguna palabra de más, ni una de menos.

Siete son los dones en Romanos 12:6-8; siete las unidades en Efesios 4:4-6; siete las características de la sabiduría, Santiago 3:17; siete las «mejores» cosas en hebreos: Pacto (7:22), Promesas (8:6), Bienes (10:34), Esperanza (7:19), Sacrificios (9:23), Patria (11:14) y Ciudad (11:16); siete gracias en 2 Pedro 1:5-7, siete pasos en la humillación de Jesús y siete en su exaltación en Filipenses 2.

Siete hombres de buena reputación fueron escogidos para administrar la benevolencia de la iglesia en Hechos 6:1-7.

El Libro de la Vida se menciona siete veces en la Biblia.

El libro de Apocalipsis es un libro de siete. El «7» es usado 54 veces en este libro. Tenemos 7 iglesias, 7 candeleros, 7 estrellas, 7 espíritus de Dios, 7 sellos, 7 ojos, 7 ángeles, 7 trompetas, 7 truenos, 7 cabezas, 7 últimas plagas, 7 bandejas de oro, 7 montañas, 7 reyes, etc.

Extractado de «Os números na Bíblia».

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Cómo puede alguien reconciliar las órdenes de Dios sobre la matanza de los cananeos (Dt. 20:16-17; Dt. 20:10-15) con la verdad enseñada tan claramente en el Nuevo Testamento de que «Dios es amor»?

Es mucho más fácil responder a esta pregunta hoy que hace cincuenta años atrás, debido a las notables contribuciones recientes de la arqueología en cuanto al conocimiento del carácter y la religión de los cananeos. Los registros confirman plenamente las afirmaciones bíblicas de su depravación y demuestran toda la culpa de ese antiguo pueblo, y al mismo tiempo justifican la justicia divina al ordenar su ejecución y el mérito humano en exterminarlos.

¿Qué clase de pueblo eran esos cananeos a la luz de la arqueología? Ellos tenían una de las culturas más avanzadas del mundo antiguo. Situados en una enrucijada de las grandes rutas del comercio, en un espacio de tierra entre Asia y África, ellos fueron los intermediarios de la historia, controlando su comercio. Eran también grandes marineros entre los antiguos. Usted puede acordarse de ellos por la historia de los fenicios, pues era ese el nombre que los griegos les daban. Como

resultado de su comercio y contacto con muchas culturas, ellos fueron enriquecidos con toda la magnificencia del mundo conocido.

Los cananeos eran también un pueblo educado y culto. Una de sus grandes contribuciones a la humanidad fue el desarrollo de la escritura. Ellos eran ciertamente más cultos que los hebreos nómades que los conquistaron. Una comparación de los restos arqueológicos de sus grandes ciudades amuralladas (Dt. 1:28;6:10), con las toscas aldeas de la primera generación de israelitas, prueba esto.

El Antiguo Testamento nos dice que ellos ya tenían dentro de sí las semillas de su propia destrucción (Gn.15:16; Lv. 18:25-28; Dt. 9:4-5). Levítico 18, que registra los pecados de ellos en detalle, no siendo una lectura agradable, debería convencer a cualquier persona que tenga al menos un poco de fe, de que su destrucción no fue un asunto de injusticia o de capricho de Jehová, ni un simple favoritismo en beneficio de su pueblo escogido. Algunos de los antiguos historiadores griegos también describen la corrupción de ellos, en su adoración de los dioses y diosas de la fertilidad.

Pero fue el caballo de un labrador, al caer en un hoyo, que descubrió para nosotros las primeras pistas que trajeron luz a la luz los elementos de la vida diaria y las actividades de los antiguos cananeos. Si usted nunca leyó la historia de las excavaciones ugaríticas en Ras Shamra, haría bien en hacerlo. El carácter de la religión cananea como es descrito en la religión ugarítica provee bases amplias



para ilustrar la verdad de las afirmaciones bíblicas sobre el asunto en su caracterización de la completa degeneración moral y religiosa de los habitantes de Canaán. Su religión se concentraba en el sexo, sus dioses se asemejaban a lo peor que hay en el hombre. Sus diosas representaban el sexo y la guerra – el primero, principalmente en su aspecto sensual, lujurioso; y la guerra en sus aspectos de violencia y muerte. Lo que nos sorprende es que una de sus diosas hubiese recibido el nombre de «virgen» y de «santa» en su papel de prostituta sagrada – otra ilustración de la completa aberración e indignidad moral de la religión cananea. Prostitutas profesionales, tanto hombres como mujeres, eran siempre parte de los templos. Muchas de sus orgías eran realizadas como actos de adoración de los dioses y diosas.

Fuimos consultados muchas veces por qué en medio de una lista de pecados sexuales, como en Levítico 18, fue insertada la prohibición de quemar niños en sacrificio a Moloc (v. 21). La respuesta se vuelve clara cuando vemos que el elemento de unión de todos esos pecados es el hecho de que eran realizados como parte del ritual de adoración a los dioses cananeos.

El culto cananeo era bárbaro y extremadamente licencioso, por tratarse de un politeísmo de un tipo excesivamente bajo. Él tuvo inevitablemente un efecto grave y debilitante en todas las fases de la vida cultural y comunitaria de los cananeos.

Era también inevitable que las personas descendiesen hasta el nivel moral de los dioses sórdidos a quienes servían. «Tales dioses, tales sacerdotes; tales sacerdotes, tal pueblo». Es lo que expresa una ley que opera inevitablemente.

Debemos recordar ahora que los cananeos se hallaban en la encrucijada del mundo antiguo y que sus enseñanzas y manera de vivir se esparcían a través de las caravanas. ¿Por cuánto tiempo un Dios de amor debería soportar que tal corrupción se extendiese por la tierra, contaminando toda la humanidad? Ese cáncer debía ser extirpado por completo si el cuerpo debía ser salvo. La extirpación de un área cancerosa es una operación terrible, que todo médico de buen corazón quisiera evitar, pero gran parte de las veces la remoción del cáncer es la cosa más bondadosa que el cirujano puede hacer en vista de las circunstancias. La cosa más bondadosa que Dios podía hacer por la raza humana era extirpar aquel cáncer, con todas sus raíces y fibras. En el caso de los cananeos, en lugar de hacer uso de las fuerzas de la naturaleza para realizar su justicia punitiva, Dios empleó a los israelitas como instrumentos de ella. (Jos. 5:13-14).

A la luz de todo este cuadro, el exterminio de los cananeos por los israelitas fue justo y el uso de éstos con ese propósito fue correcto. Era una cuestión de destruir o ser destruido, de separarse o ser contaminado y consumido.

«À *Maturidade*».

j j j

La muerte vencida

Cuando los niños juegan en la playa, cavan pozos en la arena, que luego son llenados por el agua al subir la marea. Cuando avanzan las olas, el agujero desaparece cubierto por el océano. De la misma manera, el cristiano ve la muerte, pero es sumergido en el amor y la gracia de Dios. La muerte es un incidente y no un fin.

Billy Graham, en La juventud, el sexo y la Biblia

¿CUÁNTO SABE DE LA BIBLIA?

En las páginas de la Biblia hay una hidrografía muy rica, con mares, lagos, pozos, torrentes, y especialmente ríos de renombre, por estar ligados a personajes y hechos muchas veces portentosos. ¿Quién podría olvidar el nombre del mar que se abrió para que pasara Israel en seco, o el río en que fue bautizado el Señor, o aquel otro junto al cual Ezequiel recibió maravillosas revelaciones de Dios?

Le invitamos a probar sus conocimientos acerca de este interesante tema. Conteste sin buscar ayuda. En la página 111 hallará las respuestas correctas.



1. Río egipcio, considerado una deidad por los egipcios.
 - a) Zoan
 - b) Pitón
 - c) Nilo
 - d) Ramesés
2. Río de Mesopotamia.
 - a) Tigris
 - b) Harán
 - c) Ur
 - d) Sumer
3. Mar que huyó ante la vara de Moisés.
 - a) Adriático
 - b) Salado
 - c) Rojo
 - d) Grande
4. Principal río de Israel.
 - a) Galaad
 - b) Jericó
 - c) Caná
 - d) Jordán
5. Uno de los ríos elogiados por Naamán.
 - a) Abana
 - b) Damasco
 - c) Éufrates
 - d) Hidekel
6. Río de las visiones de Ezequiel.
 - a) Babilonia
 - b) Quebar
 - c) Tigris
 - d) Halis
7. Mar en que el Señor realizó varios milagros.
 - a) Genesaret
 - b) Galilea
 - c) Tiberias
 - d) Todas las anteriores
8. Los cuatro ríos del Edén son:
 - a) Pisón, Jordán, Hidekel, Tigris
 - b) Gihón, Hidekel, Éufrates, Tigris
 - c) Pisón, Gihón, Hidekel, Éufrates
 - d) Pisón, Havila, Cus, Asiria
9. ¿Cuál es el Mar de Egipto en las Escrituras?
 - a) Rojo
 - b) Mediterráneo
 - c) Negro
 - d) Muerto

10. ¿Cuál es el Mar Grande en la Biblia?
 a) Mar de los filisteos
 b) Egeo
 c) Mar occidental
 d) a y c
11. La aventura marítima de Pablo al final de Hechos ocurrió en el Mar
 a) Negro b) Adriático
 c) Egeo d) Rojo
12. La guerra de los cuatro reyes contra cinco ocurrió junto al Mar...
 a) Salado b) Cineret
 c) Galilea d) Occidental
13. El pozo de Jacob, donde el Señor conversó con la mujer samaritana, se ubica:
 a) junto al río Jordán
 b) en Samaria
 c) cerca de Jericó
 d) en Betania
14. Las victorias de Débora y Barac ocurrieron en las cercanías del río:
 a) Arnón b) Caná
 c) Cisón d) Jaboc
15. El torrente de Cedrón estaba ubicado:
 a) junto a Jerusalén
 b) junto al monte Gerizim
 c) en el valle de Meguido
 d) al otro lado del Jordán
16. ¿Qué aguas deseó beber David ardentemente, y que sus valientes le obtuvieron a riesgo de sus vidas?
 a) del estanque de Siloé
 b) del pozo de Belén
 c) del estanque de Betesda
 d) del pozo de Jacob
17. Farfar es un río ubicado en:
 a) Antioquía b) Judea
 c) Damasco d) Fenicia
18. Río bíblico donde había buen oro.
 a) Hulé
 b) Hidekel
 c) Gozán
 d) Pisón
19. ¿Qué son Ezek y Sitna?
 a) los ríos elogiados por Naamán
 b) Pozos de Gerar disputados
 c) ríos de Decápolis
 d) dos afluentes del Nilo
20. ¿Qué nombre recibieron las aguas amargas que encontró Israel en el desierto?
 a) Elim
 b) Sinaí
 c) Cades-Barnea
 d) Mara
21. Esdras publicó ayuno junto al río:
 a) Ahava b) Gaas
 c) Ulai d) Tigris

j j j

¿Por qué tantos nombres?

Unos nativos en el Congo preguntaron al misionero E. A. Ruskin por qué Jesucristo tenía tantos nombres: «Admirable, consejero, Príncipe de Paz, etc.» El misionero les dijo que era por razón de su plenitud de gracia y poder.

Para hacérselo comprender, les dijo: «Es como un diamante perfecto. Se dice que una de estas piedras preciosas tiene 32 facetas, y cada una su propio, particular, valor. Así sucede con Jesucristo, mirándole atentamente con nuestros ojos de fe».

Sobre la necesidad de instruir al niño en su camino, pero esperando en la gracia de Dios.

Instruyendo

con temor



César Albino

«Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Prov. 22:6). «Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican» (Salmo 127:1a).

En el Nuevo Testamento, en 2ª Timoteo 1:5, y 3:14-16, se nos habla de un joven llamado Timoteo, quien desde pequeño fue instruido en los caminos del Señor. Este muchacho llegó a ser un siervo muy útil en la obra del Señor. Se dice de él que llegó a hacer la obra de la misma manera que el apóstol Pablo (1ª Corintios 16:10).

Curiosamente, vemos que no fue instruido por su padre, sino por otras personas: su abuela Loida y su madre, Eunice. Timoteo no tuvo el ejemplo paterno para seguir sus pisadas en el servicio, pero

tuvo a su madre y a su abuela, quienes le instruyeron en los caminos de Dios.

Quando los hijos aman al mundo

Este es un precioso testimonio de cómo una buena educación espiritual desde niño produce un hermoso resultado. Sin embargo, no siempre una buena crianza da los frutos esperados.

En 1 Samuel 3:19-20, la Escritura da un muy buen testimonio de Samuel: *«Jehová estaba con él y no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras. Y todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, conoció que Samuel era fiel profeta de Jehová»*. Pero

en 1 Samuel 8:1-5 se dice que los hijos de Samuel —nótese, no dice *su* hijo, sino *los* hijos de Samuel— «*no anduvieron ... por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho*». Aquí vemos a un padre que sirve a Dios, que tiene una preciosa responsabilidad en la casa del Señor, como sacerdote y juez de Israel, pero cuyos hijos actúan impíamente.

De igual manera, en 2 Reyes 22:1-2 se dice de Josías que «*hizo lo recto ante los ojos de Jehová, y anduvo en todo el camino de David su padre, sin apartarse a derecha ni izquierda*». Sin embargo, de su hijo Joacaz, se dice que «*hizo lo malo ante los ojos de Jehová*» (2 Reyes 28-32).

Muchos padres creyentes están viendo hoy esta misma situación. Ellos se han consagrado para servir al Señor, pero tienen hijos amadores del mundo. Ellos se preguntan: ¿Por qué mi hijo es así, si siempre le hemos guiado por el buen camino, le hemos enseñado el temor del Señor, le instruimos, amonestamos, disciplinamos y le amamos? Ellos no tienen respuesta. Ellos han procurado evitar caer en el error del sacerdote Elí, quien no estorbó a sus hijos en su conducta impía, a causa de lo cual vino el juicio sobre su familia. (1 Samuel 2:12-36). Sin embargo, no tienen respuesta.

La confusión se hace mayor para ellos cuando ven el reverso de esta moneda, es decir, padres que no son consagrados, pero cuyos hijos son hermosos en el Señor, que sostienen santifican al Señor en sus hogares.

Las causas pudieran ser muchas y variadas, pero tal vez algunas de éstas pudieran ayudar a explicarlo.

Hay padres que, en su anhelo de ser buenos padres, miman excesivamente a sus hijos desde pequeños y nunca los dis-

El Señor quiere mostrarnos que no es por nuestra fidelidad que nuestros hijos son fieles, sino sólo porque él es Dios bueno, misericordioso y fiel.

ciplinan; piensan que basta con hablar con ellos, y son ambíguos. Los muchachos lo perciben y se aprovechan de esto. Tal vez nunca les inculcaron la responsabilidad, el respeto; no se les enseñó a pedir perdón cuando se equivocaban. Siempre conseguían con sutilezas lo que querían.

También ellos deben nacer de nuevo

Pero sea que los mimemos en demasía, o que seamos severos con ellos, lo primero que hemos de asegurarnos es de si ellos han nacido de nuevo. Hemos de procurar que tempranamente entreguen su corazón al Señor. Si esto no ha ocurrido, si no es una experiencia auténtica, todos los esfuerzos por producir cambios serán inútiles.

Si esto aún no ha ocurrido, hemos de comenzar ahora mismo a orar, pidiéndole a Dios que nuestros hijos tengan un encuentro personal con el Señor. Ellos tienen que sentir en algún momento convicción de pecado y la necesidad de arrepentirse, independientemente de si están siendo instruidos en los caminos del Señor.

No creamos que nuestros hijos son convertidos tan sólo porque nos acompañan a las reuniones y aprenden lecciones bíblicas. Aunque ellos le pertenecen al Señor por causa de Su promesa; sin embargo, es necesario que tengan un encuentro personal con el Señor, si no queremos que lleguen al Señor demasiado

tarde, luego de dar una gran vuelta por el mundo. Tenemos que orar por ellos. Nosotros no podemos generar el nuevo nacimiento en ellos. Sólo el Espíritu Santo puede revelarles a Cristo.

Heridas causadas a los hijos

Pero aún siendo nacidos de nuevo, a veces sucede que los hijos tienen dificultades para caminar en los caminos del Señor porque hay heridas en sus corazones, ya sea por causa de los padres o los pastores de la iglesia. Padres que han disciplinado a los hijos en forma injusta. A veces somos demasiado rápidos para actuar, y en esto no hay sabiduría. Todos los padres están expuestos a corregir a sus hijos equivocadamente, y cuando esto sucede, provoca heridas en el corazón. También puede ser que no tienen la gracia y la paz para hablar con ellos, sino que rápidamente se alteran y alzan la voz autoritaria, y los hijos sólo han de guardar silencio.

Asimismo, es probable que los padres no les hayan brindado su atención, su tiempo, su cariño, cuando los pequeños más lo necesitaban. No se preocuparon, o no se dieron cuenta, cuando ellos estaban sufriendo de temores, complejos, soledad, etc.

También es posible que sean intolerantes cuando los hijos solicitan algún permiso, y les prohíban *innecesariamente* algo que a ellos les gusta mucho. También se puede herir el corazón siendo legalistas en cuanto a lo espiritual, y saturándolos de textos bíblicos, enseñanzas y obligaciones, que muchas veces ni los mismos padres pueden cumplir. Y ellos miran en sus mayores una conducta inconsecuente con lo que demandan.

Es común que los padres no se atrevan a pedir perdón a sus hijos cuando se han equivocado en algo, y sólo exigen sujeción y obediencia ciega.

Padres, estamos viviendo días de aflicciones en la familia. Se hace necesario que los padres se vuelvan a los hijos para que luego ellos se vuelvan a sus padres. El mensaje profético de Elías o Juan el bautista tiene que encontrar su lugar en las familias (Lucas 1:17).

Restaurando el corazón

Si atendemos al mensaje profético de Elías, veremos que son los padres quienes primeramente han de volver el corazón a sus hijos. Ellos tienen que tomar la iniciativa, provocar las instancias de comunión, pedirles perdón, sintiendo de verdad en su corazón que los han ofendido. Decir, por ejemplo: «Hijo, yo sé que te he ofendido, y estoy arrepentido. Hijo, te pido perdón». Para restaurar lo dañado es imprescindible humillarse, arrepentirse primero delante del Señor, y pedir la gracia para enfrentar la situación. Muchas veces, esta actitud de un padre es suficiente para sanar el corazón de un hijo.

Los padres necesitan de la gracia

Dada nuestra humana debilidad, es frecuente que los padres tengan mucha confianza en lo que ellos pueden hacer en la crianza de los hijos: en sus enseñanzas, en sus oraciones, en la amonestación y la disciplina, en los cultos familiares y textos bíblicos. Esto, sin duda es muy útil. Pero pudiera ser que, a causa de esto, tengamos una justicia propia muy grande, y lleguemos a pensar que por hacer nosotros todas estas cosas, nuestros hijos debieran ser los mejores, los más espirituales.

Sin embargo, todavía necesitamos de la gracia de Dios. Él, en su soberanía a veces permite que nosotros vivamos situaciones adversas con nuestros hijos, porque quiere limpiarnos de nuestra justicia y nuestra autoconfianza. Él quiere

mostrarnos que sin él no somos nada, que no es por nuestra fidelidad como padres que nuestros hijos son fieles, sino sólo porque él es Dios bueno, misericordioso y fiel.

El Señor edifica la casa

«Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; si Jehová no guardare la ciudad, en vano vela la guardia. Por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar, y que comáis pan de dolores; pues que a su amado dará Dios el sueño» (Salmo 127:1-2). Si el Señor no trabaja con nuestros hijos y con nosotros como familia, por demás estarán los sacrificios bien intencionados.

Pero en este mismo Salmo, en el verso 3, hay una promesa alentadora: *«He aquí, herencia de Jehová son los hijos...»*. Afirmémonos en esto, hermanos y hermanas. Está en su mano el hacer misericordia y preservar a nuestros hijos. Alegrémonos, pues ellos le pertenecen al Señor: *«Porque para vosotros es la promesa, y*

para vuestros hijos...» (Hechos 2:39).

Hermanos y hermanas, cualquiera sea nuestra realidad con los hijos, esperemos sólo en Su misericordia y Su fidelidad. Los padres que tienen hijos consagrados, manténganse humildes y agradecidos del Señor, sabiendo que no es sólo por nuestra dedicación, sino porque Dios es bueno y para siempre es su misericordia. Y los padres que estamos padeciendo, encomendemos la causa al Señor, no perdiendo la fe ni la esperanza en él, con una oración humilde y sincera.

Aprendamos del corazón de David en 2 Samuel 16:12: *«Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien...»*, y de la oración de Ana en 1 Samuel 1:11: *«Jehová de los ejércitos, si te dignares mirar a la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvides de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida»*.

Quizá el Señor tenga misericordia de nosotros y nos devuelva el afecto de nuestros hijos.

j j j

De niños

Pese a conocernos

Una maestra preguntaba a sus niñas para conocer el concepto que éstas tenían formado de Cristo. La respuesta que más llamó su atención por su originalidad y certeza fue ésta: *«Cristo es Uno que conoce todo acerca de nosotros y sin embargo nos ama»*.

Las lámparas de Dios

La madre estaba de pie junto a la ventana, mirando con algo de miedo la tempestad que se avecinaba. En la cama, estaba su niño de cinco años, mirando cómo los relámpagos jugueteaban alrededor de su cama. De pronto, el niño se volvió hacia ella, y mirándola con sus hermosos ojos, le dijo: *«¿Verdad que es magnífico, mamá? ¡Dios está encendiendo sus lámparas!*

El corazón de ella se enterneció, y el temor la abandonó. La confianza de su hijito había reprendido sus temores.

LA FE DE UNA NIÑA AFRICANA

Una maravillosa historia real.

Helen Roseveare
Misionera británica en África



Una noche, en África, habíamos trabajado arduamente para ayudar a una madre en su labor de parto; sin embargo, pese a todos nuestros esfuerzos, ella murió, dejándonos con un diminuto bebé prematuro y una hija llorosa de dos años. Teníamos dificultades en mantener al bebé con vida, pues no había incubadora (carecíamos de energía eléctrica). Tampoco teníamos ningún medio de alimentación especial.

Aunque vivíamos en la zona del ecuador, las noches eran a menudo muy frías. Una estudiante de obstetricia fue por la caja que teníamos para tales casos y puso allí al bebé, envuelto en algodón. Otra fue a atizar el fuego y a llenar una botella de agua caliente. De pronto, regresó muy afligida, para decirme que la botella ha-

bía estallado al llenarla. El caucho parece fácilmente en los climas tropicales. ¡Y era nuestra última botella de agua caliente!

En África Central, como en Occidente, las botellas de agua no crecen en los árboles, y no hay ninguna farmacia en los senderos del bosque. «Bueno», le dije, «pon al bebé tan seguramente cerca del fuego como puedas, y duerme entre él y la puerta para protegerlo de las corrientes. Debemos mantenerlo bien temperado».

Una oración audaz

Al mediodía siguiente, tal como hacíamos a diario, fui a orar con algunos de los niños del orfanato que se reunían conmigo. Les compartí varios motivos de oración y les conté sobre el pequeño bebé. Les expliqué nuestro problema para mantener al bebé lo suficientemente temperado, mencionando la botella de agua caliente. El bebé podía morir fácilmente si se enfriaba. También les hablé de la hermana de dos años, que lloraba porque su madre había muerto.

Durante el tiempo de oración, una muchacha de diez años, Ruth, oró con la concisión habitual de los niños africanos: «Por favor, Dios, envíanos una botella de agua. No servirá mañana, porque el bebé estará muerto, así que, por favor,

hazlo esta tarde». Yo estaba asombrada por la audacia de su oración. Y entonces agregó a modo de corolario: «Y mientras te encargas de eso, por favor, ¿podrías enviar una muñeca para la niña, para que ella sepa que tú realmente la amas?».

Como sucedía a menudo con las oraciones de los niños, me puse en guardia. ¿Podría yo decir honestamente: «Amén?». Sinceramente, no creí que Dios pudiera hacer esto. Oh, sí, yo sé que él todo lo puede. La Biblia lo dice. Pero hay límites, ¿o no? La única manera en que Dios podría contestar esa particular oración sería enviándome un paquete desde mi patria. En ese tiempo, yo llevaba en África casi cuatro años, y nunca había recibido un paquete de casa. Sin embargo, si alguien me lo enviara, ¿pondría en él una botella de agua caliente? ¡Yo vivía en el Ecuador!

La respuesta antes de la petición

A media tarde, mientras yo estaba enseñando en la escuela de entrenamiento para enfermeras, me avisaron que había un automóvil delante de mi cabaña. Cuando llegué, el vehículo se había ido, pero allí, en la galería, había un gran paquete de diez kilos de peso. Las lágrimas asomaron a mis ojos. No pude abrir el paquete sola, así que envié por los niños del orfanato. Juntos quitamos las cuerdas, deshaciendo pausadamente cada nudo. Plegamos el papel, cuidando de no rasgarlo. La excitación iba en aumento.

Unos treinta o cuarenta pares de ojos se enfocaron sobre la gran caja de cartón.

Encima, vi suéteres tejidos de brillantes colores. Los ojos chispearon cuando los repartí. Luego, vimos vendas para los pacientes de la lepra, y los niños parecían un poco aburridos. Después extrajimos una caja de pasas que servirían para hacer bizcochos durante el fin de semana.

Entonces, cuando introduje mi mano de nuevo, sentí... (¿podría ser realmente?), yo tomé, ¡sí!, una botella de agua caliente de caucho, nueva. Lloré. Yo no le había pedido a Dios que la enviara; no había creído de verdad que él pudiera hacerlo.

Ruth estaba en la fila delantera de los niños. Avanzó apresurada, exclamando: «Si Dios ha enviado la botella, ¡él debe de haber enviado la muñeca también!». Hurgando en el fondo de la caja, tomé una pequeña muñeca, hermosamente vestida. ¡Sus ojos brillaron! Ella nunca había dudado. Buscándome, preguntó: «¿Puedo ir contigo, mami, y darle esta muñeca a esa niña, para que ella sepa que Jesús realmente la ama?».

Ese paquete había viajado a África durante cinco meses, preparado por mi antigua clase de escuela dominical, cuya líder había oído y había obedecido la sugerencia de Dios de enviar una botella de agua caliente al Ecuador. Y una de las chicas había puesto una muñeca para una niña africana —cinco meses antes!— en respuesta a la ferviente oración de una niña de diez años para traerla «esa tarde».

«Antes que clamen, responderé yo» (Isaías 65:24).

j j j

Respuestas de «¿Cuánto sabe de la Biblia?»

1C, 2A, 3C, 4D, 5A (2R.5:12), 6B (Ez.1:1), 7D (Los tres nombres identifican al mismo mar), 8C, 9A (Is.11:15), 10D (Jos.15:12; Ex.23:31; Dt.11:24), 11B (Hch.27:27), 12A (Gn.14:3), 13B, 14C (Jue.5:21), 15A (Jos.18:1), 16B (1Cr.11:17-18), 17C (2R.5:12), 18D (Gn.2:11-12), 19B (Gn.26:20-21), 20D (Éx.15:23), 21A (Esd.8:21).

CARTAS

Heraldo cristiano

Ustedes son la buena herramienta con la que el Señor se acuerda de mí tras mis oraciones. Visito frecuentemente la web «Aguas Vivas». La revista es un heraldo cristiano que conlleva un aldabonazo divino en la puerta de los corazones. Después, procuraré que la lean personas que me consta necesitan un buen empuje hacia la fe. Mis felicitaciones por el buen enfoque. Dios los bendiga grandemente, y que la fe de nuestro Señor Jesucristo les siga ayudando a trabajar en la restauración de las iglesias cristianas.

*Antonio Barceló Roldán,
Málaga (España)*

Internet

He seguido con vivo interés vuestra página en Internet, ya sea los mensajes en audio, la música edificante en MP3, la rica información a partir de la palabra del Señor. He sido confortado y consolado en el Dios y Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Juan Emilio Pino

Alabanza y adoración

Es para mí un inmenso placer haber podido navegar en su página. Ha sido de gran bendición. Soy de Costa Rica pero resido desde un año en Alemania junto con mi esposa y nuestros tres hijos. Me he tomado la libertad de bajar toda su música de alabanza y adoración. Quiero expresar mi más profunda admiración y gozo por el amor, el espíritu y la verdad que han puesto los hermanos y hermanas que tocaron y cantaron.

Jörg Tegethoff, Alemania.

Para Japón

Estou muito agradecido pelo envio de sua revista, que está com um conteúdo e apresentação muito boa. Que Deus continue os abençoando. Gostaria também de publicar algumas matérias em nossa revista aqui no Japão para o publico espanol, colocando a fonte da qual foi tirada (Aguas Vivas) inclusive colocando o endereço do seu site. Agradeço pela sua gentileza. No amor de Cristo.

*Laelso da Silva Santos,
Missão Apoio, Japão.*

aguas vivas

UNA REVISTA PARA TODO CRISTIANO / Año 6 · Nº 31 · Enero - Febrero 2005

Equipo Redactor: Eliseo Aablaza, Roberto Sáez, Gonzalo Sepúlveda, Claudio Ramírez.

Además en esta edición: Stephen Kaung, Christian Chen, De Vern Fromke, Gino Iafrancesco, Rubén Chacón.

Diseño y diagramación: Mario Contreras.

Traducciones: Andrés Webb, Mario Contreras.

Distribución y Finanzas: Jorge Geisse D.

Cta. Cte. 74-0078945-7 del Banco Santander, a nombre de Jorge Geisse & Mario Quidequeo.

Fono/Fax 45-642904. Cas. 3045, Temuco, Chile.

E-Mail: webmaster@aguasvivas.cl

Suscripciones Año 2005 (Sólo Chile):

\$ 9.480 anual, 6 ejemplares (Incluye franqueo).

Encargado: Jorge Geisse jgeissed@hotmail.com

Contactos en EE. UU, Canadá y Puerto Rico:

James Huskey · Spanish Publishing Mission

P. O. Box 1339, Guthrie, OK, (73044) USA.

Email: pieshermosos@yahoo.com

Contactos en México:

Samuel González E. · Apartado Postal N° 639

C. P. 80000, Culiacán, Sinaloa, México.

Email: sammyglez@yahoo.com